

3

Emancipación humana: ¿principio o fin de la izquierda guatemalteca?

12

El Frente Político y Social de las Izquierdas de Guatemala: Un horizonte difuso

21

Izquierdas y reforma política en Guatemala

32

**PRIMERA PARTE
Hacia la construcción de izquierdas democráticas.**

Suscríbase!

Puede pedir información o enviar sus datos al teléfono:

5554-3757

de 8:30a.m. a 12:30 p.m.

o bien a las direcciones electrónicas:

ide@idegt.org

elobservador@aselobs.org

Las Izquierdas en Guatemala



**FDNG, URNG,
ANN, UNID, EG,
FPSI, MAIZ**

¿Hacia dónde?

Esta publicación forma parte del proyecto: **Análisis Alternativo e Independiente para la Construcción de una Sociedad Democrática**, con el cual se pretende contribuir en el proceso de construcción de una sociedad más justa y democrática, a través de fortalecer la capacidad para el debate y discusión, el planteamiento, la propuesta y la incidencia política de actores del movimiento social, organizaciones de la sociedad civil, medios comunicación alternativos y todas aquellas personas que actúan en diferentes niveles (local, regional y nacional). Paralelamente se realizan otras actividades coordinadas con organizaciones de sociedad civil, que permiten ampliar la información en otros espacios, tales como: foros públicos, mesas de discusión y análisis, talleres y charlas. Se cuenta con el soporte institucional de CEIBA y la colaboración del Consejo de Instituciones de Desarrollo (COINDE).

Consejo Editorial

Fernando Solís, Iván Castillo, Luis Solano, Marco Fonseca

Coordinación de información, análisis y edición:

Fernando Solís.

Diagramación:

joannecarolina@gmail.com

Con el apoyo financiero de:

Fondo de Gobernabilidad de la Embajada de los Países Bajos:



Este glifo representa a Kej, que tiene un significado de Liderazgo, fuerza, inteligencia

2a. calle 4-50 Barrio
Moderno zona 2.
www.aselobs.org

Editorial

Una oportunidad para las izquierdas guatemaltecas

Los magros resultados obtenidos por la izquierda partidaria guatemalteca en las elecciones generales recién pasadas, han servido para que desde diversos ámbitos se señale la derrota estrepitosa de la izquierda guatemalteca en general, y se ponga en evidencia la marginalidad de su presencia e influencia en el tinglado político nacional. La derecha en sus diversas manifestaciones –desde la partidaria, pasando por la derecha académica y técnica, hasta la derecha económica y militar que se ha aglutinado en los grupos corporativos- no se hacen más que regocijarse porque se terminó de confirmar que no tienen rival político ni ideológico.

A nuestro juicio, las cifras electorales obtenidas por la izquierda partidaria constituyen el resultado de una falta de discusión ideológica y política de fondo que la izquierda en su conjunto –partidaria y no partidaria, orgánica y no orgánica- ha venido obviando desde tiempo atrás, que tuviera como consecuencia un proyecto y una estrategia políticas para el país. La concreción de esta empresa comenzaba con una discusión que debió darse hace once años –sino es que más-, justamente cuando se firmaron los Acuerdos de Paz, alrededor de aspectos centrales y estratégicos, entre otros: el carácter del momento político y de la nueva etapa abierta con la firma de esos compromisos; el carácter de la democracia guatemalteca y qué implicaciones tenía entrar a jugar al sistema político-electoral ya establecido? ¿Cuál era el papel a asumir por parte de la izquierda orgánica y no orgánica en ese contexto? ¿Por qué y para que alcanzar el poder político? ¿Cuáles son los ejes centrales de un proyecto político de izquierda hoy?

Si bien no se trata de buscar responsables porque no estamos para eso, sí hay que decir que una buena parte de la responsabilidad de lo que está sucediendo con la izquierda guatemalteca recae en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y su ligereza por convertirse en partido político después de 1996, pues no solo obvió en su interior estas discusiones necesarias y profundas sino optó por seguir autodenominándose vanguardia y asumiéndose como la única izquierda posible. URNG desechó y desestimó el hecho que otras expresiones de izquierda iban aglutinándose fuera de su membresía, al mismo tiempo que las diferentes expresiones sociales que antes habían estado bajo su égida, adquirirían su propia dinámica escapando al formalismo del sistema político-electoral y obligaba a una relación distinta a la de los tiempos de la guerra. Por el contrario, ya como partido político URNG fue anquilosándose y perdiendo el norte del proyecto político de la izquierda guatemalteca, en un contexto en donde en su seno afloraron nuevamente las viejas pugnas por cuotas de poder entre los principales dirigentes de las cuatro organizaciones que la conformaron.

Pero el problema fue que esas otras expresiones de izquierda partidaria que fueron surgiendo, también fueron reproduciendo esas dinámicas de poder en su seno, obviando la discusión estratégica y convirtiendo el mantenimiento de sus respectivas membresías en su principal objetivo, desvinculadas de la gente y olvidando sus demandas básicas. Esto fue lo que sucedió con la oportunidad de conformar el Frente Político-Social de Izquierdas (FPSI) pues, un proyecto que se perfilaba como un proceso necesario para aglutinar fuerzas de izquierda, progresistas y democráticas en el buen sentido de la palabra para el largo plazo, se subsumió al objetivo cortoplacista de participar en las últimas elecciones y evitar la desaparición de URNG como partido político.

Sin embargo, la necesidad de hilvanar un proyecto político y una propuesta estratégica de la largo plazo desde la izquierda sigue teniendo validez, y esto solo es posible en el momento presente si se inicia un proceso serio de discusión y reflexión profunda y autocrítica, en principio sobre lo que la izquierda ha hecho hasta ahora, cómo lo ha hecho, dónde se encuentra y hacia dónde avanzar. Hay que tener en cuenta que los partidos sólo constituyen instrumentos y no objetivos en sí mismos, y que lo político-electoral sólo es uno de los ámbitos de acción que tiene como base fundamental el trabajo organizativo con la gente.

Emancipación humana: *¿principio o fin de la izquierda guatemalteca?*

"...no se comprendió el verdadero significado de la emancipación. Se pensó que todo lo que se necesitaba era la independencia contra las tiranías externas; y las tiranías internas, mucho más dañinas a la vida y a sus progresos –las convenciones éticas y sociales– se las dejó estar, para que se cuidaran a sí mismas, y ahora están muy bien cuidadas".

Emma Goldman, 1917¹

**Por María
Dolores
Marroquín**

Socióloga, feminista, integrante de varias organizaciones de mujeres y feministas: Voces de Mujeres, Consejo Editorial de La Cuerda, Sector de Mujeres y Colectiva de Mujeres Feministas de Izquierda.

Presentación

Pensar en estos momentos en un proyecto de izquierda, por fuerza lleva inmediatamente a pensar en la necesidad de la articulación y la unidad de las diversas expresiones de movimiento social, partidario y aquellos esfuerzos liderados por personas en lo individual, que tienen el objetivo de luchar contra un monstruo de sistema que cada día nos empobrece más en términos materiales, pero también en términos sociales y espirituales.

Pensar en un proyecto de izquierda, en Guatemala, hace por fuerza, pensar en un proceso incluyente impulsado con y desde los Pueblos Indígenas, ejemplo de resistencia y lucha colectiva, por mantener una identidad cultural y que históricamente ha soportado los embates de la represión al movilizarse por la defensa del territorio, de los derechos humanos y de la vida.

Pero pensar en la izquierda, no por fuerza es pensar en las mujeres. Lamentablemente, todavía en el imaginario de la "dirigencia" y de "las bases" de las expresiones de izquierda, las mujeres seguimos siendo ese "grupo social manipulable y altamente femenino", asumido así desde el precepto tradicional de ser mujer: ser del espacio privado, limitada en sus análisis y por supuesto desprovista de la calidad de ciudadana plena y, por lo tanto, invisible como sujeta política.

Es importante releer a Andrea D'Atri, quien en su texto "Feminismo y Marxismo: más de 30 años de controversias", nos describe como el marxismo y los consiguientes movimientos socialistas y comunistas se distancian de la lucha del movimiento feminista, en tanto no logran construir un posicionamiento claro del origen de la opresión y subordinación que el sistema patriarcal construye en las mujeres.

En este texto, la autora describe con mucha precisión los aportes y debates que al interior del mismo movimiento feminista se ha tenido en cuanto a la relación con el marxismo y los movimientos revolucionarios. Las feministas, en su gran mayoría provenientes de las izquierdas, se han distanciado de los movimientos emancipatorios populares al no encontrar en ellos esa lucha social que tienda también a la erradicación de la subordinación de las mujeres y, sobre todo, al vivir cotidianamente las prácticas excluyentes que refuerzan el autoritarismo, herencia directa del patriarcado y sus dinámicas jerárquicas y excluyentes, como precepto del orden social.

Mónica de Martino Bermúdez en su documento "Género y clases sociales. Debates feministas en torno a E. P. Thompson", reconoce la histórica preocupación y análisis que la subordinación de las mujeres ha tenido en los movimientos socialistas. Nos da cuenta de las reflexiones laxas, teóricas y abstractas que se han hecho desde diferentes pensadores y líderes socialistas, pero también nos ilustra sobre la falta de concreción de criterios, preceptos y prácticas emancipatorias dentro de los mismos movimientos sociales que lideran.

Todo esto tiene su expresión concreta también en la izquierda guatemalteca, la cual cada día avanza en términos de discurso pero en lo concreto todavía adolece de una perspectiva de inclusión de visiones políticas y prácticas democráticas que generen la inclusión de las mujeres en particular.

En este ensayo estaremos presentando algunos insumos, para la discusión por supuesto, que pretenden sistematizar una experiencia concreta: el surgimiento y desarrollo de una expresión organizativa dentro del Movimiento Amplio de Izquierdas (MAIZ): hablamos de la Colectiva de Mujeres Feministas de Izquierda, cuyo surgimiento responde a una necesidad de explicitar posiciones político ideológicas en un espacio que requería de este debate.

1. Del Frente Político Social de Izquierdas al Movimiento Amplio de Izquierdas: una mirada feminista

El Frente Amplio y Social de Izquierdas (FPSI) fue un esfuerzo impulsado desde la necesidad de la amplia auto convocatoria a las fuerzas progresistas, democráticas y claramente identificadas con el proyecto de izquierda, que por diversas razones se distanciaron en el proceso de la lucha revolucionaria y posteriormente a la firma de la paz.

Se veía y sigue vigente la visión de la necesidad de una amplia articulación de la izquierda para posicionar un proyecto, una visión de país, una propuesta ética frente a la vida, el poder y las relaciones con la naturaleza. Desde esa perspectiva muchas personas, organizaciones y movimientos respondieron a la invitación a la articulación.

Con miedos y desconfianzas pero con esperanza, muchas mujeres respondimos al llamado del Frente Político y Social de Izquierdas (FPSI). Pronto se pasó a la identidad de Movimiento Amplio de Izquierdas (MAIZ), en una intención de nombrar el esfuerzo político que se iniciaba a construir y cualificar de alguna manera, el objetivo del proceso que se impulsaría. De tal cuenta se propusieron dos nombres: RAIZ y MAIZ, decidiéndose por el segundo.

Desde la primera asamblea de MAIZ se designó la representación de "sectores" tales como Mujeres, Pueblos Indígenas, Juventud, en la integración de la Coordinadora Provisional del Movimiento Amplio de Izquierdas (MAIZ), y que posteriormente dirigió o avaló los destinos del esfuerzo MAIZ.

Importante es decir que la construcción de MAIZ está todavía hoy vista desde dos perspectivas, que yo personalmente ubico.

Una que ve el proyecto como una construcción colectiva, que debe partir de la necesaria renovación de los planteamientos, métodos de trabajo e incluso de cuadros políticos y dirigencia de la izquierda, pasando por la construcción de una identidad de izquierda que no precisamente está siendo planteada por los partidos de izquierda existentes, pues hasta el momento son los movimientos sociales los que cumplen el papel de oposición y enarbolan las luchas revolucionarias y contra cultura que la izquierda debiera impulsar.

Por otro lado está la visión de que el proyecto MAIZ sirvió como oxígeno a la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG). Incluso, muchas personas ven el proyecto como URNG – MAIZ, es decir, visualizan la articulación por un lado, a un esfuerzo meramente electoral, y por otro no ven a URNG como una instancia más que participa, sino alrededor de la cual giran las otras expresiones participantes.

Y no es injustificada esta última visión, pues las fuerzas de izquierda que se asumen como tal en este momento, son expresiones pequeñas, con altos niveles de formación y posicionamiento político, pero que carecen de bases que puedan disputar el poder por la vía electoral. Sin embargo, es importante mencionar que en estas expresiones que se han mantenido al margen de lo electoral participan muchas personas que tienen mucha influencia o participan en movimientos sociales² de que van en crecimiento cuantitativo y cualitativo, en tanto ideologización y construcción de cuadros políticos.

Por eso, cuando la exigencia es hacia cuánta gente forma parte de las expresiones en función de la representatividad porque es el elemento que da legitimidad, es necesario cuestionar bajo qué premisas se analiza la perspectiva de crecimiento y desarrollo de un movimiento de izquierda. Para muchos y muchas, esto es la justificación de contar con colectivos pequeños, aunque altamente productivos en la construcción de ideas y pensamiento crítico.

2. Entre los sectores en donde estos cuadros participan están: el movimiento de mujeres, magisterial, de Pueblos Indígenas y juventud, entre otros.

En el debate y la construcción de estrategias políticas, esta visión de que las mujeres no son sujetas sociales y políticas, la perspectiva que se expresa tiende a ser minimizada o excluida de los análisis más objetivos que otros hacen. De tal cuenta, cuando las mujeres de MAIZ -que era el nombre que inicialmente tenía el espacio conformado por mujeres- se posiciona sobre la estrategia electoral y da sus aportes, abriendo el debate a la membresía o simpatizantes del proceso iniciado, la avalancha de la crítica destructiva, quizá el miedo a la expresión de la diferencia o el supuesto irrespeto a las decisiones de las mayorías, genera una posición de descrédito a los planteamientos, llegando a catalogarlos de “caprichos”, que es la forma en que se califica a las opiniones de las mujeres.

Es este el punto en que identifica la necesidad de la autoafirmación y la explicitación de una visión política e ideológica que rompiera con el paradigma de la democracia representativa, que es la base, al final de cuentas, en la forma de construir los instrumentos político – electorales. Se supone que la lógica de funcionamiento del sistema electoral es jerárquico, excluyente y antidemocrático, y lamentablemente no hay tiempo para entrar a revisar la práctica cotidiana, si se quiere participar en él.

Oportuno es decir que en la construcción del esfuerzo de MAIZ, no todas las mujeres se asumen feministas, incluso, la construcción de la Colectiva de Mujeres Feministas de Izquierda generó la creación de otra expresión de mujeres dentro de MAIZ que se autodenominó Mujeres Revolucionarias, quienes circularon su posición en términos de la preeminencia económica o posicionamiento de la lucha de clases en la lucha revolucionaria, y la división que genera el feminismo dentro de la izquierda o los movimientos revolucionarios.

Esto explicita entonces, la necesidad del debate profundo pero no solo entre mujeres y varones, sino que entre mujeres, ya que existen diversas miradas y posiciones en la construcción de un movimiento emancipatorio de la humanidad, no solo de algunos sectores de la población.

En este sentido, la perspectiva de largo plazo que el FPSI se planteó quedó entonces de lado, frente a la premura de la participación en las elecciones. Las divisiones entre militantes de las ex organizaciones guerrilleras, la existencia del partido Alianza Nueva Nación (ANN), URNG, Encuentro por Guatemala (EG) y posteriormente WINAQ, generan un ambiente tenso en el que luchar contra el sistema se vuelve difícil, en tanto no logramos aplicar un sistema de participación diferente, pues los vicios del caciquismo, caudillismo y exclusión, hacen que muchas personas, organizaciones y movimientos, se retiren o se sientan invitados a retirarse del proceso y verlos desde lejos.

Desde esta perspectiva, la pregunta es ¿cuál es la apuesta que podemos articular desde la izquierda? ¿Tratar de sacar algunos puntos para meter uno o dos diputados, en el marco del proceso electoral, debiera ser la forma de tratar de reconstruir el país? O ¿debiéramos impulsar una estrategia diferente para la consolidación de un movimiento social y una ciudadanía informada, conciente y con criterio para que los gobiernos locales vayan resolviendo los problemas más apremiantes de la población?

La Colectiva de Mujeres Feministas de Izquierda surge frente a la falta de consolidación de espacios y articulación de mujeres dentro de este espacio de izquierdas para tener una voz propia desde la perspectiva feminista, y así lograr espacios y construir estrategias para apoyo a candidaturas de mujeres, en el marco del Movimiento Amplio de Izquierdas (MAIZ).

La construcción del sujeto político mujeres pasa entonces por un reconocimiento de la lucha contra el sistema ideológico y de poder que se expresa en todos los ámbitos, incluyendo la lucha social por la refundación del Estado guatemalteco que se explicitó en el llamamiento del FPSI.

La apuesta desde un espacio amplio a la deconstrucción del sistema patriarcal neoliberal pareciera ser un reto, en tanto se expresa y recrea en la cotidianidad de las relaciones entre las personas, organizadas o no.

Esperar que esta perspectiva esté clara -tanto a nivel de la vida individual como organizativa- es complejo, en tanto no hay una revisión de lo personal y de lo íntimo por parte de mujeres y varones, de manera conjunta en los procesos emancipatorios de la sociedad.

Por tanto, incluir la perspectiva feminista dentro del proceso fue y es un reto importante para las mujeres feministas que se incorporan a esfuerzos sociales, desde la perspectiva de que este proyecto de izquierda incluya de manera coherente con la práctica cotidiana una lucha, que tiene que ver con la propia existencia e historia.

2. MAIZ para las mujeres...

Las alianzas generalmente parten de la puesta en común de objetivos. El llamamiento del FPSI planteó claramente que:

El llamado hace énfasis en los derechos de los jóvenes (...) y especial atención dedica a la equidad, con una visión de género que permita a las mujeres acceder cada día más, a espacios de poder y mayor protagonismo político.

En la concreta vemos -solo en el caso de las candidaturas- imágenes importantes de cómo se expresó este principio.

La candidata vicepresidencial, feminista, académica y militante del movimiento de mujeres, recoge en su imagen la lucha de las mujeres. Sin embargo, se pudo observar en la campaña electoral que recién concluyó su bajo perfil, frente a la preeminencia del candidato presidencial, incluso en las entrevistas conjuntas, en la explicitación de las capacidades complementarias que presentaba el binomio, y poco se potenció la propuesta de las mujeres que dignamente podía haber jugado Walda Barrios.

Detalle importante de mencionar es la campaña publicitaria, particularmente los pendones en donde aparecía el candidato presidencial, Miguel Angel Sandoval, y a un ladito, más pequeña y como si fuera un duendecito que le hablaba al oído, estaba la compañera Walda Barrios, candidata vicepresidencial.

La pregunta que sale de esto es si hubiera sido un hombre el que ocupara esta casilla, el comando de campaña ¿Le hubiera colocado en esa posición? O fue porque era mujer..

La campaña electoral se hizo sobre criterios de propaganda tradicional, con elementos nuevos de discurso, importantes en el posicionamiento de la izquierda. Sin embargo, la falta de potenciación de la lucha de las mujeres, de los Pueblos Indígenas y de la juventud, entre otros, así como de la apuesta del proyecto contra el patriarcado, poco fue desarrollada.

Hubo poca capacidad de desarrollar una estrategia nacional e internacional que consolidara una base de apoyo para la campaña electoral, lo cual se tradujo en una campaña pobre, no necesariamente en recursos económicos sino de formas y métodos creativos que permitieran un acercamiento con la gente. Hay suficientes experiencias electorales cercanas con organizaciones partidarias de izquierda como el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) o el Polo Democrático en Colombia, que pudieron contribuir con ideas e intercambios. Lo poco que se logró conseguir en cuanto a recursos (pendones), fue selectivo y privilegiado.

El programa de gobierno, desarrollado por la Colectiva de Mujeres Feministas de Izquierda, fue incluido en su totalidad dentro del programa de MAIZ, lo cual representa un inicio importante. Sin embargo, la falta de apropiación de los preceptos allí vertidos tales como la eliminación de la violencia contra las mujeres, la sexual, laboral, doméstica, infantil, etc., no fue utilizada como una propuesta importante en el discurso y en la propaganda, que pretendió competir con las grandes inversiones mediáticas de los partidos de derecha.

También oportuno es mencionar que el programa elaborado por la Colectiva fue incluido en el plan de gobierno que presentó la ANN para estas elecciones, que reconoció la autoría en un pie de página. Lo cual significa que ambos proyectos reconocieron al menos la importancia de plasmar la inclusión de la propuesta política desde el feminismo de izquierda.

Todo esto nos hace reflexionar sobre ¿Cómo hacer campaña desde el Pueblo? ¿Cómo hacer que el proyecto electoral sea visto como instrumento de lucha de la población organizada y no al revés? Son preguntas importantes y que debieran llevarnos a la reflexión sobre las experiencias en la construcción de los partidos políticos.

La gran crítica al sistema partidario parte de la falta de legitimidad que tienen los partidos políticos en tanto no representan los intereses del Pueblo, sino fundamentalmente responden a intereses de elites oligarcas, militares y ahora de mafias.

La construcción de partidos políticos desde la izquierda ¿No debiera ser en sentido contrario? Contar con instrumentos que sean la consolidación de alianzas que no impongan estrategias, que no

Mujeres indígenas que participaron como candidatas a cargos de elección popular por URNG-MAIZ en las pasadas elecciones generales 2007, muestran los afiches que como propaganda divulgaron con esfuerzo.



anulen la creatividad y que no limiten el debate ideológico. La premura nos mata, la inmediatez nos vacía de contenido, la rapidez desmotiva.

Sin embargo es importante pensar en la necesidad de cambiar la correlación de fuerzas en el Estado, para transformarlo y refundarlo. El reto de la inclusión de la izquierda en el sistema electoral debe ser asumido con seriedad, en tanto las reglas están impuestas y sucede que la lógica es la del mercadeo, la de la compra y venta de votos y voluntades, la de la repartición del hueso y el tener las mejores posiciones. El deseo de poder a veces nos obnubila y perdemos de vista los objetivos de largo plazo.

Quizás la construcción de alianzas entre iguales, no partidos, solo movimiento social, pueda ayudarnos a la negociación con mesa limpia. O tal vez construyendo diversos partidos podamos vernos entre iguales. ¿Cuál podría ser la alternativa para la negociación transparente?

Todavía nos falta la profundización de la construcción del sujeto político, a las mujeres que participamos en los espacios mixtos y a nuestros compañeros varones. Aun se esgrimen los argumentos de la división de la lucha que el planteamiento feminista genera. Todavía algunas y algunos nos dicen que lo prioritario es la clase, argumentando el determinismo económico como explicación a todos los problemas sociales.

Todo esto provoca un ambiente que no facilita la discusión y el análisis colectivo de la necesaria construcción del sujeto político y la lucha se convierte en exclusiva de las mujeres, en tanto somos las sujetas de opresión y discriminación con mayores implicaciones que los hombres, quienes también son sujetos de opresiones patriarcales.

Ahora, acá quiero retomar el planteamiento ausente de la campaña. Todos aquellos problemas que el feminismo ha develado debieran ser de una preocupación general. Sin temor a confundirme, creo que las feministas esperamos el día en que mujeres y varones recuperemos la capacidad de indignación frente a la violación, al abuso infantil, a la infidelidad y doble moral, frente al acoso y el hostigamiento sexual. Pero sobretodo, que junto con esa indignación realicemos acciones para que no queden impunes, independientemente de si se trata de hechos en nuestras casas, en la colonia, en nuestro trabajo o en el partido o la organización.

Por eso es importante resaltar que junto con un proyecto partidario, la construcción de un posicionamiento ético y político respecto a la vida cotidiana es uno de los bastiones que la izquierda debe construir para la construcción de fuerza ciudadana y social crítica, conciente y sobre todo actuante en el cambio de las estructuras que mantienen a más de la mayoría de la población relegada a un papel de subordinación.

Para muchas y muchos, estas últimas afirmaciones podrán sonar panfleteras o vacías, o bien discursos cansados, porque no se logran vincular con las políticas macroeconómicas y las “cosas importantes y complejas” que son vitales en la política. Pero si nos atrevemos a escudriñar y ver que toda esta opresión hacia las mujeres es parte de una estrategia económica, para que el trabajo doméstico, desvalorizado, no reconocido y mucho menos pagado, sea el que subsidia al gran capital, a través de garantizar la fuerza de trabajo ampliada, ¿qué dirían ustedes?

Si vemos que la apropiación del cuerpo de las mujeres y su sexualidad es la herramienta del patriarcado y del neoliberalismo para el lucro, al constituirse en la base para las empresas más ricas del mundo (empresa de la belleza, cosméticos, farmacéuticas, moda, prostitución, etc.) y que lo hace a través de garantizar la sujeción ideológica de las mujeres y su ubicación como fuerza de trabajo barata, no calificada e intercambiable por el mercado, procurando la flexibilidad laboral, ¿qué opinarían ustedes?

Si vemos cómo la deshumanización llega a tal punto que los cuerpos se vacían de contenido y solamente se les ve como objetos disponibles para la satisfacción masculina, tiene el objetivo de minimizar a mujeres, niñas y niños, para colocarles en una posición de ciudadanas y ciudadanos de segunda categoría, que no deberían pretender ser sujetas y sujetos, para no pretender soñar con una vida diferente.

¿Creen que vale la pena hacer el esfuerzo? Hacer el esfuerzo por entender que la problemática de las mujeres no solo le atañe a las mujeres sino a la humanidad entera, que el uso y manipulación física, sexual, psicológica y vital de la infancia es problema de la humanidad y no de niñas y niños.

Y si logramos ver que toda esta deshumanización privilegia el mercado y el lucro, la preeminencia de las empresas y el capital frente a la vida misma, ¿No es contra eso por lo que luchan las izquierdas en el mundo?

Retomar entonces esta visión del mundo, la capacidad de indignación, la capacidad de soñar, pero desde lo cotidiano, desde la vida misma, desde la militancia de vida, desde la coherencia orgánica, es lo que requerimos de un proyecto de articulación de las izquierdas.

3. ¿Y qué pasó con MAIZ después de las elecciones?

Walda Barrios, candidata a la Vicepresidencia de la República por URNG-MAIZ en las elecciones generales de 2007. En muchos mítines que realizó URNG-MAIZ, apareció singularmente el candidato presidencial, Miguel Ángel Sandoval, y miembros de la dirigencia de URNG, no así ella como candidata a la Vicepresidencia. En el afiche distintivo propagandístico del binomio presidencial que URNG-MAIZ postuló para las recientes elecciones, destacó en éste la imagen reducida de Walda Barrios.



www.geocities.com

Muchas y muchos participaron en este proyecto por la apuesta que se expresaba en el llamamiento del FPSI, que concretaba muchos sueños y elaboraciones realizadas desde hace años. Sin embargo, todo el proceso de construcción de la alianza giró en torno a la respuesta inmediata. Se planteó en diversos momentos la necesidad de hacer la discusión de que se haría en el después, pero se aplazó por inercia y por los intereses electoreros que al final fueron los que prevalecieron.

La lucha por las cuotas de poder desgastaron confianzas y provocaron que salieran los viejos males de las prácticas de exclusión, mayoriteos y sobretudo la falta de claridad del objetivo político: construcción, articulación y acumulación de fuerza social y política que provocara un cambio en la correlación de fuerzas en el país.

Prácticas viejas con discursos nuevos ya no motivan y, por supuesto, no promueven una amplia y decidida participación. De tal cuenta se pudo observar una pobre participación desde las instancias que constituyen MAIZ. El Movimiento Político y Social de Izquierdas (MPSI) acordó que el trabajo en campaña era decisión personal y la Colectiva apoyó limitadamente a las mujeres candidatas en la publicación de afiches para visibilizarlas en sus comunidades.

Y es importante mencionar cómo se expresaron estas candidaturas:

**Guatemala: Proporción de las candidaturas de URNG-MAIZ por sexo, respecto de las diputaciones presentadas en el listado nacional y distrital, así como en las alcaldías
Elecciones generales del 9 de noviembre de 2007**

Cargos a elección popular	Candidaturas de mujeres		Candidaturas de hombres		Total de candidaturas
	Cantidad	%	Cantidad	%	
Diputaciones listado nacional	2	33	4	67	6
Diputaciones distritales	20	27	53	73	73
Alcaldesas y Alcaldes	5	5	94	95	99
Total / promedio	27	15	151	85	178

Fuente: Elaboración propia con base en datos del TSE.

Las candidatas a diputadas impulsadas por URNG – MAIZ, en la mayoría de los casos fue en lugares que difícilmente entrarían. Las candidatas por listado nacional iban en tercero y sexto lugar.

En el caso de las diputaciones distritales, solamente dos de las 15 planillas distritales presentadas ante el TSE fueron encabezadas por mujeres y en cuatro de ellas iban mujeres en un segundo lugar. De las 99 candidaturas para alcaldes solamente 5 fueron mujeres.

Esto nos da como resultado que solamente el 15% de candidaturas fue ocupado por mujeres y con posibilidad de ganar solamente el 4%.

Si confrontamos estos resultados con el llamamiento que invita a que las mujeres accedan a espacios de poder y protagonismo político, se observan ciertas incoherencias.

Un dato importante de mencionar es que de las mujeres que participaron en este proceso electoral como candidatas, muy pocas se asumen feministas o impulsan una lucha permanente a favor de la vida de las mujeres. Entre ellas podemos mencionar a Wendy Mendez, candidata por el listado nacional; a la candidata a alcaldesa por Villa Nueva, Ada Valenzuela, y en los listados de corporaciones municipales hubo compañeras que desde lo local dan la batalla por lograr espacios para las mujeres. Sin embargo, la proporción entre mujeres con conciencia de mujer y las mujeres con una perspectiva gremial o sectorial es desfavorable a la lucha por la emancipación de las mujeres.

Algunas personas podrían decir que la falta de preparación de las mujeres, su débil liderazgo local, su bajo deseo de poder o protagonismo, su miedo a la esfera pública y cualquier otra razón, muy bien fundamentada en los efectos del patriarcado en las mujeres, puede ser la causa de este bajo nivel de oportunidad y participación.

Sin embargo, eso ya no es vigente hoy dentro de las expresiones de izquierda. Las mujeres nos hemos decidido, queremos ser protagonistas y participar en lugares ganadores, queremos ser sujetas y voceras de nuestras causas y de las de la humanidad. Es decir, que aunque existan mujeres con las características tradicionales del ser mujer dentro de la izquierda, hoy hay muchas que tienen las capacidades, conocimientos, experiencia e interés de participar de manera decisiva en los procesos.

Pensar en las cuotas, para muchas y muchos, es una cuestión que no tiene sentido, en tanto que las mujeres obtendrían espacios sin haberlos luchado y ganado a pulso. Yo me pregunto ¿por qué no? Pero tampoco es un cheque en blanco. Las mujeres requerimos de mujeres con conciencia social y comprometidas con la eliminación de todas las formas de opresión, subordinación y discriminación hacia las mujeres.

Mientras las guatemaltecas peleamos por estas cuotas, óigase incluso en la izquierda, las mexicanas en el Partido de la Revolución Democrática (PRD) ganan la paridad y la trenza. El año recién pasado, el PRD aprobó en su seno esta medida para garantizar la plena participación de las mujeres.

Aunque las mujeres ocuparon algún lugar, los resultados electorales reflejan el sistema patriarcal. Ahora vemos como se amplió la representación de mujeres en el Congreso de la República: de 13 elevamos el número a 18, pero que significa el 11% del total de las diputaciones que integran este Poder del Estado; y de estas mujeres ninguna es feminista, aunque algunas se plantean inconsistentemente como de izquierda. También vemos como de ocho alcaldesas que hay ahora, ganaron solamente seis en esta elección.

A manera de reflexiones finales sobre lo que fue el resultado electoral para MAIZ, es importante decir que MAIZ no era un esfuerzo electorero, por lo tanto, no fue MAIZ quien perdió las elecciones ni quien sacó esa cantidad de votos que, pese a lo magros que resultan, mantienen viva una institución como URNG que aún a costa de los esfuerzos internos por democratizarla, miembros de su dirigencia tienen un poder que no permite la construcción de una real democracia en su interior, y llevan esta perspectiva en todos los espacios en donde participa.

Parte de los vicios resultantes del proceso de conformación del Frente Político Social de Izquierdas fue que en el momento inicial del llamamiento para su articulación, solamente se aprovechó de la voluntad de articulación de la gente, y en el camino se omitió la voluntad de las personas en lo individual. Había urgencia por entrarle a lo electoral y se llegó, incluso, en diversos departamentos del país a un posicionamiento desde las estructuras de URNG que expresaron que en esos lugares no había MAIZ solo URNG, y que MAIZ era para el futuro.

Ahora nos encontramos con la inscripción de MAIZ como asociación política sin fines partidarios en el Tribunal Supremo Electoral (TSE), hecho que, justificado desde quiénes se hizo, ha respondido a una lógica de defensa frente a los intentos ocultos de fuerzas secretas, de aprovecharse del nombre construido y posicionado en el medio político; lo que implica que la voluntad y el esfuerzo decidido por varias agrupaciones y personas en lo individual, de construir un frente político y social de izquierdas, quedó reducido a dicha asociación política bajo el control de unas pocas personas.

Nuevamente se negaron y se impusieron mecanismos. No se habla de tales temas. Algunas personas miembros de URNG decidieron sobre las y los demás, asemejándose a la práctica de no realizar Asamblea Nacional de MAIZ antes de nombrar el binomio y las candidaturas de listado nacional bajo el argumento de que no habían condiciones.

Estas prácticas no solo reflejan la inexistencia de referentes democráticos, también expresan el racismo, autoritarismo, machismo y corta visión sobre liderazgos de mujeres, al no hacer el esfuerzo por incorporar la perspectiva de las mujeres tal como no se hace con la de las comunidades y de los Pueblos Indígenas, precisamente porque como partido, por un lado, no se ha profundizado sobre el racismo y el machismo en la izquierda, ya que las y los líderes de los partidos de izquierda no han acompañado los procesos de las mujeres ni de los Pueblos Indígenas de manera permanente y sistemática.

4. La experiencia de la conformación de la Colectiva de Mujeres y perspectivas

Entonces ¿Qué pasa con la participación de las mujeres feministas dentro de MAIZ?. Cuando se crea el espacio se hace desde la perspectiva de la necesaria acumulación de fuerzas, del mandato inminente de construir en esta situación tan problemática, de la necesidad inminente de construir las condiciones de la concepción de fuerza política y social, aún dentro de condiciones adversas, pero que requiere de explicitar lo que sucede y dar la lucha política. Esto, por supuesto requirió, al mismo tiempo, elevar la discusión desde el debate ideológico, abrazando la ética, la moral feminista y revolucionaria, explicitando y evidenciando lo que estaba ocurriendo.

La Colectiva de alguna manera refrenda lo que dice Marta Monasterio, quien expresa que:

Un movimiento de emancipación que cuestione los valores y la estructura de una sociedad determinada y que actúe para corregirlos o transformarlos, es un movimiento que navega, irremediablemente, por aguas de lo político y de lo ético. El feminismo, como concepto, como fenómeno, como ideario, como movimiento social y político -independientemente de sus múltiples y diferentes perspectivas y estrategias- ha supuesto desde incluso antes de que fuera conceptualizado, un movimiento que se enfrentaba- y se enfrenta- al patriarcado, el sistema de dominación más

antiguo de la historia de la humanidad y posiblemente, al más sutil y difícil de identificar en algunos momentos. En este sentido, las mujeres que desafían al patriarcado se convierten en sujetos políticos que cuestionan las estructuras de poder y de opresión, a la vez que libran una batalla moral, o ética, porque su propia existencia plantea una crítica a los valores establecidos. La doble dimensión político-ética del feminismo también se fundamenta en los objetivos que éste persigue⁴.

De tal cuenta, uno de los retos fundamentales de la Colectiva es precisamente definir si continúa, los cómo y cuál sería su papel dentro del MAIZ., lo que nos llevará a definir el posicionamiento político, y si se vislumbra como un espacio que puede potencializarse, en tanto la acumulación de fuerza política y social conciente, partiendo de que MAIZ ahora no es el espacio concebido por distintas personas y fuerzas, es decir, nos preguntamos si existe MAIZ como esa posibilidad de articular y acumular fuerza política y social.

Una ganancia de este proceso es el fortalecimiento de alianzas entre fuerzas como el Movimiento Político y Social de Izquierda (MPSI), el Bloque Antiimperialista, Tzukim Pop y la Colectiva de Mujeres Feministas de Izquierda, quiénes en sus planteamientos coinciden en la revisión y cuestionamiento de los poderes fácticos externos e internos.

Vislumbrar un horizonte común hacia un país diferente nos toca y nos ha tocado toda la vida. Concretar la lucha en un esfuerzo colectivo es el sueño. Enfrentar al monstruo del neoliberalismo y el patriarcado el camino por recorrer y el que las mujeres feministas estamos dispuestas a asumir.

Conclusiones pertinentes

- El proyecto político alternativo a lo que este sistema capitalista neoliberal, racista, patriarcal, homofóbico y lesbofóbico, excluyente y discriminador nos ofrece, debe, precisamente, considerar las múltiples opresiones sociales. En el discurso muchas veces se hace alusión al valor e importancia de la participación de las mujeres, sin embargo, es bajo el nivel de aceptación de lo que las que las feministas proponemos: la emancipación integral de las mujeres, no solamente su incorporación en las condiciones actuales en los espacios. Esto nos lleva a la necesidad de comprender la situación, condición y posición de las mujeres y las relaciones de poder que existen en el ámbito social, político y econ la emancipación de la humanidad, su felicidad y desarrollo, sin importar su condición de clase, género o etnia.
- La experiencia en los diversos esfuerzos de articulación de las izquierdas, desde el Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG); la experiencia de la ANN –primero como coalición en 1999, y después ya como partido político en 2003-, y el actual proceso de MAIZ, nos da cuenta de que la lucha de las mujeres se realiza desde el prejuicio y crítica permanente de los otros. En todos esos esfuerzos se considera que las mujeres deben resolver o proponer soluciones a lo que históricamente se ha construido: un patriarcado excluyente que hace que las mujeres no sean consideradas sujetas válidas para la interlocución, pero sí para el activismo político. Todo esto implica cambiar la visión de que los problemas de las mujeres no son sociales y no valen la pena, como para incorporarlos dentro de una propuesta ética y un proyecto de nación. ¡Es uno de los retos más importantes!
- La Colectiva de Mujeres Feministas de Izquierda es un espacio crítico, de construcción y en construcción, que en los diversos momentos de MAIZ visibilizó los nudos: autoritarismo y falta de democracia, jugando un papel simbólico el cual cobró respaldo de otros colectivos, visibilizando de esta manera, la necesidad de hacer las cosas diferentes y el descontento generalizado desde una posición crítica y propositiva.
- Uno de los retos es profundizar sobre la comprensión de la identidad de izquierda y feministas, en tanto identidades diferenciadas pero complementarias en la lucha política emancipatoria.
- MAIZ y las instancias que le integran, particularmente URNG, deben hacer una lectura profunda del surgimiento de la Colectiva sobre la base de la necesidad de levantar un posicionamiento feminista que complemente las luchas libradas hasta el momento.
- Aunque difícil, en tanto el feminismo plantea la revisión de los esquemas de poder mentales y que se expresan en lo íntimo, lo privado y lo público, se requiere de un debate teórico, político y ético del modelo de nación que deseamos construir, y en ese debate, considerar el modelo de relaciones de poder que parten desde el ámbito privado para la emancipación de la humanidad en general y de las mujeres en lo particular.

4. Monasterio, Marta. ¿Es el feminismo una teoría política o una ética?, en Rebelión.org

El Frente Político y Social de las Izquierdas en Guatemala: Un horizonte difuso

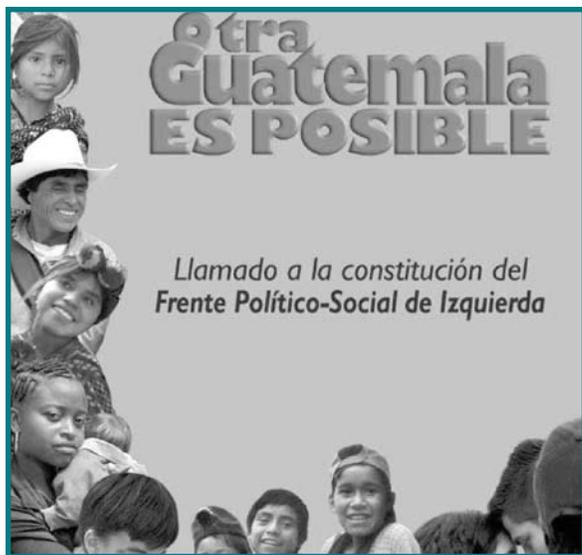
Por Jorge
Mario Salazar
Monzón

Activista social. Fundador de la Mesa Global de Guatemala, del Movimiento Político Social de Izquierda (MPSI) y hasta ahora miembro de la Coordinadora del Movimiento Amplio de Izquierda (MAIZ).

El costal lleno

El 10 de septiembre de 2006 se reunieron unas quinientas personas para la conformación del Frente Político y Social de las Izquierdas (FPSI) en una casa para eventos en la zona 9 de la capital. Bajo el lema "Otra Guatemala es Posible", representantes de organizaciones políticas y del movimiento social, personalidades de la historia revolucionaria del país y simpatizantes de la izquierda guatemalteca, dieron lectura a su llamamiento para la conformación de una fuerza política con identidad transformadora que le hiciera frente a la crisis que vive el país, después de medio siglo de dominación de regímenes de derecha.

El acontecimiento despertó el interés de los medios de comunicación y de otras organizaciones políticas. Los organizadores evaluaron el acto como un éxito y la efervescencia de afiliaciones y adherencias al documento se prolongó el resto de ese mes. Para el mes de noviembre ya se empezaba a discutir acerca de la participación electoral del FPSI, a pesar de las diversas opiniones que rechazaban la idea de ir tan prematuramente a una contienda electoral, que de por sí había arrancado un año antes de la convocatoria oficial. Durante ese mes ya se le había puesto nombre propio: Movimiento Amplio de Izquierda (MAIZ), ofreciendo el partido Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) su ficha partidaria como cobertura para la participación de este colectivo.



Carátula del documento inicial que llamaba a la conformación del FPSI en septiembre de 2006, y que fuera firmado por más de cien personas.

Para ese momento ya se estaba trabajando un documento de procedimientos para la selección de candidatos y candidatas. En los meses de enero a mayo de 2007 se llevaron a cabo intensas reuniones para definir una campaña electoral, en medio de conflictos entre las organizaciones acerca de los listados para diputaciones. El 6 de mayo se realizó la asamblea nacional de URNG para proclamar al binomio presidencial y ratificar todo lo actuado por las asambleas departamentales y municipales de la URNG, en donde también se honraron los acuerdos entre este partido con las organizaciones del MAIZ.

En los comicios generales que tuvieron lugar el 9 de septiembre del presente año, URNG-MAIZ obtuvo modestos resultados: dos diputados y siete alcaldías, además de una sensación de rompimiento de lo poco que quedaba del frente.

Unos pocos días después de terminar los balances electorales, un grupo de miembros de URNG inscribió en el Registro de Organizaciones Políticas del Tribunal Supremo Electoral (TSE) a la Asociación con fines políticos Movimiento Amplio de Izquierda o Movimiento Alternativo de Izquierda, que en cualquiera de los casos se denomina MAIZ, bajo el argumento de que por todos lados había quienes se trataban de robar el nombre. La reacción del Movimiento Político Social de Izquierda (MPSI), La Colectiva Femenista de Mujeres de Izquierda y el Bloque Antiimperialista, tres de las cuatro organizaciones que han conformado MAIZ –la otra que lo integró fue URNG–, fue de condena y el rompimiento es inminente. Ni siquiera habrá ampulosas declaraciones ni despedidas lacrimógenas. La desconfianza se impuso toda vez que remanecen vicios del pasado: autoritarismo, falta de transparencia y una actitud conspirativa. ¡Con toda seguridad: el país se quedó sin maíz!

¿Cómo fue que llegamos a este punto?

No habría mucho que escribir si releemos las críticas a los procesos similares ocurridos en otros momentos de la izquierda guatemalteca partidaria tales como la experiencia del Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG) en 1995; el de la Alianza Nueva Nación (ANN) cuando Álvaro Colom fue el candidato presidencial de esa coalición electoral en 1999; o el frustrado intento de coalición de la ANN ya como partido con Pablo Monsanto a la cabeza, con el partido en formación Unidad de izquierda Democrática (UNID), el comité cívico Xel-jú, y el agrupamiento inicial de lo que después sería el partido Centro de Acción Social (CASA), en el contexto de la campaña electoral de 2003. Son otros contextos, otros actores y otras circunstancias y, sin embargo, pareciera que camináramos buscando pisar nuestras propias huellas. Como en un círculo interminable se volvieron a cometer los mismos errores que en otras ocasiones. El principal: construir una alianza para satisfacer la necesidad de participación electoral de una organización en contra de las prioridades de las otras.

Esta vez puede ser que existiera un infundado estado de ánimo en el cual se creía que las cosas no podían ir por otro rumbo. A inicios del proceso de conformación del FPSI existían razones de sobra para trabajar en torno a la unidad de las izquierdas ante la flagrante unidad para el despojo que las derechas guatemaltecas han concretado en el país. Además, un ascenso en el continente, de coaliciones diversas donde las izquierdas tienen un peso importante, ha puesto en perspectiva la ilusión de que los tiempos están cambiando y que la sensatez empieza a vencer al racionalismo del mercado; los programas de la derecha y el consenso de Washington han fracasado estrepitosamente, incrementando la pobreza y han ensanchado de manera brutal la brecha entre ricos y pobres; es creciente el sentimiento anti neoliberal del público votante, no porque se discuta la filosofía sino porque siente en carne propia cómo, a cada día, las empresas y los negocios adquieren la protección del Estado en lugar de las personas, y se atienden las necesidades del sector financiero sacrificando los pocos años de mala vida que le quedan a los viejos.

Otro factor que suma a la decisión del FPSI: el mercado electoral no ofrece más que lo mismo de siempre, es decir, candidatos especializados en sonrisas falsas y besos a los niños, estribillos fetichistas y campos pagados plagados de ridiculeces; y para culminar, en nuestro caso, el espacio de la izquierda se queda libre, sólo para nosotros, los ungidos, porque aquellos representantes de la izquierda revolucionaria histórica y combativa se van con los militares a sus casas de veraneo a celebrar la venta de sus últimos activos éticos; y qué decir de las otras izquierdas renovadas, Nineth Montenegro y Rigoberta Menchú, que han renegado de su pasado de militancias argumentando que fueron propios de la juventud.

Esta vez, organizaciones sociales sin historia partidaria se tomaron la delantera considerando que la iniciativa de promover la unidad de acción para el momento electoral era valedera, y que la tentativa podría tener éxito al conformar una plataforma política que cambiara la correlación de fuerzas antes, durante y después del proceso electoral.

La siembra

El proceso del FPSI comenzó durante las jornadas populares en contra de la ratificación en el Congreso de la República, del Tratado de Libre Comercio entre Centro América y la República Dominicana con Estados Unidos (DR-CAFTA, por sus siglas en inglés). La coordinación de acciones de protesta que se desarrollaban en la calle y el cabildeo que se hacía en el Legislativo para lograr más votos en contra del tratado, fue reuniendo a dirigentes de los movimientos sociales con algunos dirigentes políticos y algunos diputados. No hay que olvidar que desde el año 2000, organizaciones sociales de todo tipo iniciaron otro proceso para posicionarse frente a la ola neoliberal que dejó implantado el gobierno de Álvaro Arzú, y que el gobierno de Alfonso Portillo retomó para congraciarse con EE. UU. Las luchas y las jornadas contra el Plan Puebla Panamá (PPP) y los TLC crearon grandes espacios para el intercambio y la acción conjunta. Durante cuatro años, una capa importante de dirigentes de los movimientos sociales se fueron conociendo, compartiendo y discutiendo, construyendo de esa manera una conciencia distinta acerca de la política y lo político.

En esas jornadas se empezó a vislumbrar la necesidad de acortar distancias entre los movimientos y los partidos para poder hacer una oposición más fuerte a las imposiciones del régimen en materia de

políticas, así como ir trabajando agendas comunes en el mediano y largo plazo. Dos de las organizaciones que participaron en esos encuentros decidieron mantener la comunicación e ir retomando el espacio de contacto para impulsar un debate y acciones entre las izquierdas: social y política.

Estas dos organizaciones: el Colectivo de Organizaciones Sociales (COS), dedicado a la incidencia de movimiento social sobre temas como el fiscal, Derechos Humanos y otros temas especializados; y el Movimiento Político Social de Izquierda (MPSI), colectivo de individuos, hombres y mujeres con una vocación de izquierda, interesados e interesadas en promover un debate para la acción política desde las izquierdas, conjuntamente definieron una estrategia para iniciar un debate con los partidos URNG, ANN y con el comité pro partido Encuentro por Guatemala (EG).

De acuerdo con una ruta de trabajo, una vez se vencieran las resistencias de estos partidos para sentarse en una misma mesa, habría que continuar con las organizaciones sectoriales para ir sumando poco a poco a todos y todas los y las actores (as) posibles en una especie de frente amplio de carácter político. Se trataba de construir un espacio de articulación de lo diverso con una vocación para la acción conjunta. Por supuesto que la coyuntura electoral se empezaba a abrir, dado el inicio prematuro de campaña por parte del Partido Patriota (PP) y los reacomodos que ya tenían lugar dentro del partido gobernante Gran Alianza Nacional (GANA). No obstante, no era esa coyuntura la razón principal para el llamado de construcción de un frente.

Como parte de la estrategia también se observó que no deberían ser las organizaciones portadoras de la idea quienes hicieran el llamamiento público. Esto para eliminar percepciones de que una u otra adscripción partidaria estuviera haciéndolo con fines de ganar posicionamientos. Es decir, hasta ese momento se cuidaba de que la idea no generara anticuerpos innecesariamente.

Así las cosas, se hicieron los primeros contactos con los partidos. Ambos accedieron a participar en una reunión a finales de julio de 2006 para recibir los insumos que las organizaciones sociales les iban a presentar y discutir la pertinencia o no de la propuesta. Se preparó un borrador para la discusión y ambos partidos acordaron continuar la discusión para ir agotando todos los puntos que allí se planteaban, que básicamente eran:

- 1) Razones objetivas para confluir;
- 2) Reconocimiento de los errores cometidos anteriormente y momentum de sinergias y encuentros;
- 3) Propuesta de una ruta de trabajo que permitiera ir agotando los contactos hasta conformar un frente político y social;
- 4) Identidad de frente (confluencia amplia y equitativa de organizaciones diversas);
- 5) El frente debería reunir una síntesis de las luchas y reivindicaciones de los sectores pobres y marginados; visión estratégica de largo plazo y garantía de la más amplia participación democrática de sus miembros;
- 6) Base programática centrada en ocho puntos;
- 7) Ejes de trabajo; y,
- 8) Cronograma.

Este proceso debía darse dentro de normas parlamentarias de respeto mutuo y mesa limpia, entendiendo ésta como que no habrían puntos de agenda preconcebidos en alguna de las organizaciones participantes.

Se programó una nueva reunión y dentro de las aclaraciones que cada partido hizo, la ANN planteó dos puntos que no podrían ser temas de negociación o debate colectivo: la pre candidatura de su Secretario General, Pablo Monsanto, y la inclusión de algunos militares retirados a las filas de esa agrupación política. Hasta allí, la pretensión de un frente que incluyera a todos los partidos llamados de izquierda empezó a hacer aguas.

Era muy complicado exigir mesa limpia contraponiendo una candidatura presidencial, e intransitable exigir alianzas éticamente fundamentadas metiendo militares retirados -lo que significa de alta en tiempos del conflicto armado interno- al mismo cotarro con organismos formados con excombatientes, defensores de los derechos humanos, religiosos y religiosas y, en general, personas con fuertes sentimientos antimilitares.

En ese momento se consideró que con su planteamiento, ANN estaba rechazando continuar en el proceso y así fue. El balance preliminar de esa decisión se atribuyó a que ANN hizo cálculos matemáti-

cos de poder reunir fondos provenientes de los ex oficiales, algunos empresarios y de la cooperación de partidos amigos en países del sur, recursos con los que no contaría la URNG. En el informe financiero final de esta agrupación se lee que gastaron más de nueve millones de quetzales.

Las otras organizaciones llamadas del Frente siguieron contactando personas y organizaciones con resultados positivos y negativos. Entre los positivos: más de cien personas aceptaron convertirse en llamadores del proceso. Respuestas negativas: EG planteó que su prioridad era la formación de su partido y que después vería la posibilidad; organizaciones campesinas plantearon que no era el momento para ellas, en tanto que algunas centrales sindicales dijeron: no, si solamente hay un partido.

Pero otras organizaciones sí mostraron interés, entre otras: la Asamblea Consultiva de la Población Desarraigada, el Frente Nacional de Lucha (FNL), el Bloque Antiimperialista, algunas organizaciones locales y el Sector de Mujeres. Así se llegó al 10 de septiembre de 2006 y el salón de casa Ariana se llenó de punta a punta para la lectura del llamamiento y el acto protocolar de apertura del FPSI. Fue notable la presencia de los jóvenes en general, y particularmente la presencia de un bloque de la Juventud de la ANN (JUANN), que renunciaron colectivamente al partido debido a las posiciones de su entonces Secretario General, Pablo Monsanto.

A partir de ese momento, el FPSI se conformó como una mesa de coordinación con dos personas por cada organización, y dos en representación de los no organizados. Se conformaron comisiones ad-hoc para resolver asuntos de comunicación, finanzas, programa y los debates que se darían al interior.

Con esa estructura mínima, el FPSI inició su vida pública que duró muy poco tiempo pues a finales de noviembre de 2006, ya se le denominaba MAIZ y se priorizaba la agenda electoral.

Muchas personas se sintieron decepcionadas y algunas se retiraron sin decir adiós.

Abonando el terreno

El FPSI se construyó en tres fases. La primera fue la pre negociación para que los invitados e invitadas tuvieran claridad de lo que se pretendía hacer y de la ruta de trabajo. La segunda etapa fue la del llamamiento y la conformación; la tercera fase sería la de construcción de su estructura y crecimiento. La fecha que se acordó para la publicación del llamamiento fue el 10 de septiembre y durante dos semanas un documento mártir estuvo circulando por entre un centenar de personas que le agregaban y le cortaban partes del texto.

Antes del 10 de septiembre de 2006, Alfonso Bauer Paiz hizo en su columna del vespertino La Hora, un comentario del llamamiento a conformar el FPSI, siendo, a mi juicio, la mejor síntesis que he leído del mismo. A continuación un fragmento:

He leído el llamado y, en su mayor parte estoy de acuerdo con sus planteamientos, tales como: a) considerar el legado de la Revolución del 20 de Octubre de 1944 como la mejor plataforma política de la izquierda, la cual ha de recuperarse, incluida la Reforma Agraria; b) ampliar los derechos de las mujeres y de los Pueblos Indígenas; c) opinar, que aun cuando el conflicto armado terminó al suscribirse los Acuerdos de Paz, ésta no se ha logrado por la violencia creciente, la militarización la impunidad y los abusos de poder; d) afirmar que el Estado ha sido diezmado por las redes de corrupción de los grandes negocios y seguir con relaciones de muerte; e) inculpar a la oligarquía y a sus socios capitalistas transnacionales de la persistencia de usurpar el Estado para preservar sus privilegios; f) denunciar el desmantelamiento del Estado por las alianzas mafiosas que ejercen control sobre áreas extensas del territorio nacional; g) reclamar la falta de justicia que se esperaba después de la firma de los Acuerdos de Paz; h) reclamar, también, la participación política de todas las fuerzas y personas que respetan los más altos valores y derechos humanos, porque una democracia sin participación ciudadana, no es democracia; i) hacer autocrítica, porque los autores del llamado se sienten corresponsales de lo que pasa en Guatemala; j) proponer que hombres, mujeres, organizaciones y pueblos constituyen una fuerza política en pro de los valores democráticos; j) proponer

que las izquierdas sigan siendo, como lo han sido, abanderadas de la lucha por la justicia y la equidad, y rechazar componendas con quienes concentran privilegios, violan derechos, reprimen, discriminan, explotan y saquean; k) confesar que las izquierdas no tienen la propiedad de la verdad y, por ello, hacer un llamamiento a otras expresiones democráticas y progresistas para concertar alianzas éticamente fundamentadas, para reconstruir Guatemala; l) urgir la formación de una fuerza política que esté dispuesta a defender reformas profundas, para lo cual es indispensable la unidad de las izquierdas y de los sectores democráticos para romper privilegios de minorías, y que el Estado promueva una economía distributiva; m) convocar a la constitución de una alianza político social de largo aliento, participar en el proceso electoral, pero con un programa político a favor del cambio, y pasar de la resistencia y la protesta a la ofensiva política.

Efectivamente, fuera de algunos problemas gramaticales o de énfasis, el documento recogía el conjunto más amplio de buenas razones para unir a, tirios y troyanos, en una misma empresa emancipadora con un contenido asombroso de autocrítica, modestia, flexibilidad, profundidad y decencia.

El llamado a la conformación del frente cumplió con el objetivo de que ninguna persona con un poquito de izquierdismo en sus venas pudiera rechazarlo o censurarlo.

El comentario de Adrián Zapata desde su columna en el diario elPeriódico enfatizó en ello:

El llamado tiene muchas virtudes pero también serios desafíos; está el reconocimiento de la existencia de izquierdas, lo que permite rebasar las visiones vanguardistas de quienes tradicionalmente han asumido el monopolio de tal denominación ideológica; también es meritorio que se admita que las izquierdas no tienen la propiedad de la verdad, lo cual supera los mesianismos tradicionales. Es positivo llamar a todas las expresiones democráticas y progresistas, personales, institucionales o partidarias, para la construcción de alianzas éticamente fundamentadas, así como que se identifiquen los objetivos de mediano y largo plazo que debe tener un Frente de la naturaleza indicada, con relación a la participación en las elecciones y la necesidad de trascender procesos electorales¹.

También otros columnistas destacaron lo acertado del documento y la pertinencia del Frente, al señalar que el reto fundamental era:

La construcción de un poder político y social de tales dimensiones que pueda ser capaz de negociar con la clase dominante en mejores condiciones, una refundación del sistema de representación política. La viabilidad de su programa dependerá de la correlación de fuerzas que logre. El otro gran reto es al interior de las fuerzas de izquierda: renovarse, transformarse y buscar la inclusión de todas las expresiones democráticas y progresistas².

Rompimientos y reacomodos

En el mes de diciembre de 2006 se propuso una asamblea para discutir sobre los procedimientos para la elección de candidatos de la coalición URNG-MAIZ. Un documento que presentaba muchas fallas que ocasionaron diferencias entre las organizaciones. La primera, fundamental, fue la de presentar nombres de precandidatos sin haber agotado mecanismos para hacer sostenibles dichas propuestas. No se había consensuado el procedimiento y ya había candidatos. La prisa por tener una candidatura referente para la casilla número 1, causó malestar entre el colectivo. El encanto del momento del encuentro rápidamente empezó a deteriorarse.

Segundo problema: el documento se firmaba como URNG-MAIZ y todavía no se había aprobado por asamblea dicha fusión de símbolos. Es más, se corría el riesgo de que la discusión de ese sólo punto pudiera hacer fracasar la asamblea. De parte de personas fuera del partido se insistió en que

1. Centro de Informaciones sobre Guatemala. "El Frente Político Social de Izquierda: Aportes para la consolidación de la democracia", 4 de septiembre 2006.

2. Ferrigno, Víctor. La semana política. Radio Universidad, 26 de septiembre 2006.

la situación oportunista de otras veces se iba a repetir, en tanto que por parte de algunas personas de URNG no se comprendía tanta desconfianza. Viejos pleitos ocuparon la palabra y quienes dirigían la mesa se vieron en apuros para resolver una salida airosa.

Tercer problema: en el nombre MAIZ se regresaba al uso de izquierda en lugar de izquierdas. Además, no se había discutido a profundidad si se participaba o no en las elecciones generales 2007, o si se participaba con un binomio a la Presidencia y Vicepresidencia de la República, o simplemente se trabajaba en un esquema parlamentario. Es decir, había muchos temas pendientes que solamente se deberían resolver en asambleas, ya que al interior de las organizaciones tampoco se habían tratado.

En resumen, al terminar la asamblea habían quedado muchas heridas y URNG endurecía su posición ante las críticas reiteradas por problemas del pasado que, desde su punto de vista, eran cosa juzgada y superada. En los meses de febrero y marzo de 2007 se fueron haciendo más exigentes las decisiones sobre el tema electoral. Para URNG era asunto de vida o muerte política entrar en ese proceso, pero para el resto de las organizaciones era más importante agotar una agenda que garantizara que en la plataforma electoral, se reflejaran las problemáticas sociales.

Por otra parte, para el movimiento social las planillas de candidatos debían reflejar hacia el público, una visión de los alcances de la propuesta política expresada en el programa. El partido tiene sus procedimientos y plazos establecidos por la ley y el movimiento social se mueve con otros ritmos y parte de su identidad y lógica es llevar la contra a los formalismos que le limitan su accionar. El partido tiene sus compromisos a partir de las estructuras locales. El movimiento social depende de otros factores para su toma de decisiones y no está obligado a tener un núcleo en cada municipio. De esa cuenta, los procedimientos electorales que se plantearon en el documento famoso de diciembre funcionaron a favor de URNG, en donde se utilizaron y donde no se utilizaron también fue a favor del partido. Al final, las listas de candidaturas reflejaron una correlación de fuerza que se aplicó de manera arrolladora por parte de las estructuras partidarias, lo que dejó fuera de la participación a personas con otro potencial electoral. Lo peor de todo es que se dañaron las relaciones que se habían construido hasta ese momento.

El desgrane del maíz



Al final, por cansancio y por la vía de dejar enfriar las cosas, se fueron aprobando temas o simplemente se fueron haciendo sin importar quién reclamara, y cada vez algunas personas se fueron retirando hasta llegar a ser solamente unas pocas, fuera de URNG, las que acompañaron el proceso de la campaña electoral 2007.

Como un antecedente, desde el mes de enero de 2007 ya se había retirado el Colectivo de Organizaciones Sociales (COS), y solamente algunas organizaciones pertenecientes a ese colectivo siguieron participando.

Las organizaciones que formaban MAIZ para entonces eran: URNG, MPSI, Movimiento Tzuk Kin Pop, el Sector de Mujeres que derivó, junto a otras organizaciones de mujeres, en la Colectiva de Mujeres Feministas de Izquierda; el Frente Nacional de Lucha (FNL), el Bloque Antiimperialista, sindicatos y organizaciones de habitantes de asentamientos humanos. De las personalidades que firmaron el llamamiento, apenas unos pocos asistían a las reuniones y no se contaba con un órgano que les brindara atención política o le diera continuidad a la relación con ellos y ellas.

El mayor beneficio que dejó la coalición es la sobrevivencia del partido URNG por otros cuatro años y un documento de programa político para la discusión futura de las izquierdas. El resto de las organizaciones como la Colectiva y el MPSI se retirarán de la coalición, el Movimiento TP y el Bloque tal vez continúen, en tanto que el FNL seguramente continuará siendo parte de la instancia, puesto que su dirigencia es orgánica del partido.

La izquierda partidaria nuevamente fue derrotada electoralmente, y hasta el momento esa derrota no se ha valorado suficientemente, en un contexto en donde el partido ganador de la segunda vuelta es erigido por los medios de comunicación y por la comunidad internacional como una fuerza de izquierda, además de que, desde esa perspectiva, el gobierno que se avizora es más o menos aceptable para el poder económico real.

El partido Unión Nacional de la Esperanza (UNE) se auto identifica como social demócrata, y aunque las filas de la Internacional Socialista es más colorida que el canasto de un sastre, los medios de comunicación guatemaltecos, conservadores y mojigatos, seguramente arremeterán en contra de las izquierdas cada vez que el gobierno meta la pata. Encima de cornudo, apaleado.

Pero lo anterior puede ser solamente un mal cálculo. En la realidad concreta de las tres o cuatro opciones que la ciudadanía y los medios de propaganda ubicaron como izquierda en estas elecciones generales, no se logró contar en el Congreso de la República con más diputados que en el proceso electoral del año 2003. Proporcionalmente al número de votantes, en estos comicios la izquierda partidaria obtuvo un porcentaje menor. Eso quiere decir que se contrajo el crecimiento de la opinión favorable a las izquierdas. En su mayoría los nuevos votantes no optan por la izquierda.

El partido Unión Nacional de la Esperanza (UNE) se auto identifica como social demócrata, y aunque las filas de la Internacional Socialista son más coloridas que el canasto de un sastre, los medios de comunicación guatemaltecos, conservadores y mojigatos, seguramente arremeterán en contra de las izquierdas cada vez que el gobierno meta la pata. Encima de cornudo, apaleado.

La propuesta de una candidatura femenina indígena como la de Rigoberta Menchú, no obtuvo el voto indígena ni el femenino, aunque EG se garantizó tres diputados (as) y una curul para el movimiento político Winaq. El rompimiento entre esas dos organizaciones y sus lideresas se produjo tácitamente desde el arranque de su campaña y explícitamente el 10 de septiembre de 2007, poco después de conocer los resultados de las votaciones. En la realidad cruda, estos (as) cuatro diputados (as) no serán de izquierda, lo que por lo tanto incrementa el tamaño de la derrota

El partido URNG no superó el 3.5% del total de votos válidos y la ANN por su parte, perdió la ficha de partido político. Si echamos en la cuenta al partido Democracia Cristiana Guatemalteca (DCG) -que se declaró de izquierda durante un Congreso Ideológico celebrado en 2006- y que ahora desaparece por no lograr un solo diputado y tampoco llegar al 5% de los votos válidos exigidos por la ley para quedar vigente, se tiene que la izquierda ha sufrido el peor revés desde que la guerrilla volvió a la vida civil.

Localidades que parecían estar seguras electoralmente hablando se perdieron, y aunque se denunció fraude el resultado fue negativo tal como sucedió en Santa Lucía Cotzumalguapa, departamento de Escuintla, y en el Ixcán, Quiché. Esto, que debiera ser motivo de profunda preocupación, al contrario, escuchamos voces triunfalistas, expresiones de autocomplacencia y apuestas a que se inaugura una nueva etapa para las izquierdas.

El cuadro que tendremos nos muestra que de cuatro organizaciones políticas con siete tendencias, dos llegan al Congreso de la República: URNG y EG; y dos desaparecen: ANN y DCG. Llegan 6 diputados y se forman tres tendencias: EG, Winaq y URNG, y luego, los (las) cuatro de los (las) seis no son de izquierda. No creo que sea pesimismo, es una realidad abrumadora.

Aún así, hay una complejidad que no nos hemos cuestionado sobre cuáles son los factores que determinan, más allá de los recursos, más allá de la propaganda pagada, más allá de las campañas negras. Cuáles son los factores que hacen que el elector rechace a las izquierdas. No me conformaría con la explicación que trata de elaborar Sergio Barrios en la revista Tulúm, refiriéndose al guatemalteco como un ser atrofiado por haber sufrido tanto en el conflicto armado.

Muchos consideran que este resultado es consecuencia del deterioro en las relaciones entre movimiento social y las estructuras partidarias. Desde la intentona del Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG) hasta la fecha, los acercamientos y las coaliciones con los partidos de izquierda han dado resultados negativos al movimiento social. Y la pregunta que surge es: ¿Si esto tiene que ser así necesariamente?

Carátula del documento de procedimientos electorales elaborado como base para las asambleas de MAIZ, de enero de 2007. Nótese que el formato es el mismo del FPSI pero ya modificado o yuxtapuesto como URNG-MAIZ.



¿Será que los partidos políticos de izquierda pueden tener otra conducta que les haga más flexibles y permeables a las alianzas, sin tener que pensar en la unidad siempre alrededor de sí mismos? Es el problema que se reflejaba en la estrategia del COS y el MPSI de tener que recortar las invitaciones para no crear anticuerpos. O la respuesta deba ser la de construir otras fuerzas partidarias para equilibrar la correlación, y que no haya víctimas como le pasó a Nineth Montenegro en el FDNG, en la URNG y finalmente en la ANN.

Hoy se habla de conformar nuevos partidos de izquierda que reivindiquen los temas y los valores de las expresiones que se han visto fuera de la jugada con los partidos. Tendremos un Partido Feminista, un Partido Indígena, un Partido del Magisterio. ¿Será que todos ellos tengan una vocación de izquierdas? Me pregunto si ese es el camino para lograr que las izquierdas sociales se reivindiquen políticamente o que, llámense como se llamen, seguirán siendo partidos comunes y corrientes con escasa capacidad para transformarse y renovarse sin perder sus valores. Y lo que es más importante: ¿Será que partidos así conformados puedan convencer a los votantes de la bondad de sus programas y demostrar que son capaces de impulsarlos y ejecutarlos?

¿Será que una cantidad mayor de partidos en la izquierda facilitarán la unidad porque se pueden hablar entre iguales? ¿No será que a la hora de dialogar entre sí y con los otros partidos que ya existen, siempre se tienda a partir de lo inmediato de cada uno, desechando las prioridades del otro, o los reclamos de antigüedad, o juventud, o masa, o recursos? ¿Será que las izquierdas guatemaltecas están condenadas a ser fragmentos cada vez más pequeños y débiles porque no hay quién o quienes se echen la carga al lomo con la suficiente entereza para avanzar dos pasitos sin retroceder uno?

En este problema solamente estamos observando la punta del iceberg, pues una discusión más profunda sería necesaria y para eso se requiere tiempo y voluntad. Si nos pusieramos aquí a analizar los valores y las filosofías partidarias de cada una de estas nuevas expresiones nos llevaría un mes ordenando datos. Pero aquí no tenemos espacio para tanta especulación.

Por otra parte, el movimiento social guatemalteco también adolece de autoritarismo, intolerancia y añejamiento. Los consensos son dificultosos y cuando se llega a acuerdos de acciones conjuntas, si no es demasiado tarde, las medidas generalmente tienen poco impacto y mucho desgaste. Sistemáticamente rechazan su adscripción a partidos políticos y consideran lo político como sucio, como algo que envilece a las personas. No se ha discutido mucho el papel de la política y solamente es buena si

a partir de ella se satisfacen intereses inmediatos para el gremio. Se considera la política como mala por sí misma y que participar en ella es empezar a corromperse.

Entonces: ¿De qué manera pueden los partidos políticos llegar a establecer acuerdos realizables con los movimientos sociales en términos de programa y de mutua colaboración, no necesariamente de subordinación y hegemonía?

Concluyendo

La experiencia del FPSI y de URNG- MAIZ es irrepetible y afortunadamente fue muy breve, pero nos deja lecciones muy importantes.

Una de ellas es que conviene trabajar una agenda social con los partidos políticos fuera del tiempo electoral. Que las agendas sociales necesitan, en estos tiempos, de referentes políticos y de operadores que se encuentran fuera de los partidos políticos. Que una campaña no tiene que ser muy cara –Miguel Ángel Sandoval asegura que cada voto le costó a URNG-MAIZ unos Q. 29.00- sino lo que requiere es de una estructura permanente de cuadros políticos en cada municipio.

Que los movimientos sociales deben renovarse y buscar coincidencias por encima de las diferencias sustantivas, formulando conjuntamente las agendas para que no sea necesario que un partido político las retome, sino que el conjunto del sistema político tenga que observarlas. En Guatemala, todos y todas tendremos mejores oportunidades si las izquierdas sociales comienzan a incidir a profundidad en el quehacer del Estado. Para eso no se necesita estar aliado con los partidos políticos. Pero si se da esta oportunidad, que no sea para negociar puestos de elección ni para pegar afiches.

Las expectativas de continuar los esfuerzos para lograr la unidad de la izquierda social se mantienen vivas. Los jóvenes, las mujeres, los Pueblos Indígenas, los intelectuales, los artistas, y por supuesto, las y los trabajadores del campo y la ciudad tienen, ahora, una sola pista para asegurar el objetivo de poner en cuestión al sistema político actual. Son muchos los retos. Son muchas las dificultades pero es mucha más la necesidad de revertir, aunque sea en menor grado, el proceso de deterioro social como producto de las malas políticas.

El año 2008 será escenario de nuevos desafíos para las izquierdas. Por un lado están las políticas de choque en lo económico que deberá aplicar el nuevo gobierno para sostenerse frente a la oligarquía y el empresariado tradicional. En la otra mano, deberán resolver la cooptación de organizaciones sectoriales como producto de acuerdos económicos y políticos, de interés primordial para las agendas de los organismos sociales. La inteligencia del movimiento social y de las izquierdas en particular, será bregar, construyendo la unidad en medio de la protesta y la negociación de sus diversos componentes.

Los objetivos que se planteó el FPSI siguen teniendo validez pero el instrumento y el momento que se eligieron no contribuyeron a su desarrollo. Ahora habrá que retomar algunas de las partes menos espinosas del proceso vivido, y remodelar una unidad para el debate y la acción política que contribuya a la articulación de las izquierdas políticas y sociales, a fin de provocar la construcción de un instrumento político que les incluya y satisfaga a todos y todas. El nuevo intento podrá tomarse el tiempo suficiente para hacerse maduramente, con transparencia y con solidaridad, pero tendrá que alcanzar metas en el corto plazo mostrando efectividad y voluntad.

Suscríbase: 5554-3757/ide@idegt.org/elobservador@aselobs.org

A partir del año 2008 usted podrá recibir los boletines de El Observador en versión impresa colaborando con una contribución como sigue:

Contribución por boletín impreso: Q30.00 (no incluye envío)

Contribución anual por 6 boletines: Q180.00 (incluye envío)

Forma de pago:

Efectivo o con cheque

Lugar de pago:

Depósito monetario en cuenta que se le indicará

Comprobante:

Se le entregará recibo contable

Si en lo individual o institucional le interesa colaborar para continuar produciendo estos materiales, envíe su nombre y teléfono para incluirle dentro de la lista de suscriptores y en el mes de diciembre 2007 o enero de 2008 nos pondremos en contacto con usted. Puede enviar sus datos a las direcciones de correo electrónico que aparecen arriba o bien comunicarse con Cinthya Picón al teléfono que aparece también en este anuncio, en horario de 8:30 a 12:30 de lunes a viernes.

Izquierdas y reforma política en Guatemala

Por **Álvaro Velásquez**

El autor ha sido analista político, columnista de prensa y militante de izquierda. Como investigador social y consultor ha publicado varios trabajos, libros, artículos y ensayos sobre los temas de reforma del Estado y de la Democracia en organismos guatemaltecos, mexicanos y centroamericanos.

Introducción

La presente entrega corresponde a la continuación que sobre reforma política del Estado me propuse desarrollar para colaborar con El Observador. Aquí me he planteado hacer un examen de algunas razones¹ que pueden estar detrás de la aparente dispersión y debilidad de las distintas expresiones partidarias que actualmente pueden ser ubicadas dentro de la izquierda guatemalteca, es decir, aquel espectro político que aboga y promueve cambios y transformaciones estructurales en el sistema político y productivo del país.

Sobre la historia de izquierda guatemalteca se ha escrito bastante y quizá no lo suficiente. El hecho es que en la actualidad, tras diez años de la firma de la paz y en pleno evento electoral, se aceleraron procesos de descomposición y recomposición que hacen urgente detenerse a meditar sobre por qué ha ocurrido tal dispersión que ahora mismo asusta, sorprende o alegra a mucha gente nacional o extranjera.

Ante la realidad de su dispersión actual, que parecería cosa nueva, muchos llegan a admitir que es necesario hablar de izquierdas en plural y no en singular, sin reparar que ésta siempre ha sido plural en nuestro país –y en todo el mundo–, inclusive en la época que mejor constituyó su vitrina. Hablo de la década de 1944 y 1954, donde distintas siglas y posiciones fueron el resultado de interpretaciones diferentes para tareas diferentes² de una década vigorosa y tensa.

Así que ya puestos a hacer hipótesis sobre el estado actual de la salud de la izquierda guatemalteca, cabría decir que lo que hoy vemos es el resultado de discusiones no saldadas sobre estrategia, programa y táctica que han estado presentes y que difícilmente algún día lleguen a homogenizarse, pero en cambio pueden llegar a entenderse.

Como en todo ensayo, las observaciones del analista pueden ser subjetivas y por ello, el contenido de este trabajo lo asumo con entera responsabilidad personal, esperando solamente aportar al debate.

Iniciaré la discusión con lo que considero son las raíces fundamentales de la situación actual de la izquierda guatemalteca, en sus dimensiones pre paz y post paz. Proseguiré con una discusión somera acerca del impacto de los procesos eleccionarios en las lecturas de las potencialidades de la izquierda guatemalteca, con alguna reinterpretación de sus resultados. Luego abordaré brevemente el contexto internacional, especialmente latinoamericano, donde esta situación está ocurriendo, y finalizaré con una aproximación prospectiva acerca de los potenciales desenlaces de esta coyuntura.

La izquierda guatemalteca durante el conflicto armado

Es necesario empezar diciendo que son pocos en la izquierda guatemalteca los que reniegan de la lucha armada que se desarrolló entre 1962 y 1996 en nuestro país, impulsada ésta por marxistas, leninistas, trotskistas, socialdemócratas y demócratas provenientes de casi todas las clases sociales del país así como de los Pueblos Indígenas y por mujeres.

Y es que simplemente no hubo opción: La contrarrevolución de 1954 había dejado al país con una grave lesión de soberanía y de antidemocracia cuyo saldo fue el resentimiento social por el despojo

1. Internas no externas. Hay analistas que a la hora de pasar examen a las causas que afligen a la izquierda voltean hacia afuera no hacia adentro de ellas.

2. Cf.: Guerra Vilaboy, Sergio. "Luchas sociales y partidos políticos en Guatemala", Premio Ensayo 1983, s/l, Departamento de Actividades Culturales de la Universidad de la Habana, Cuba, 1985. pp. 6-17. Describe muy bien a los partidos de izquierda de la década revolucionaria del 1944 a 1954 y sus aciertos y rupturas.



www.montanismo.org.mx

agrario, la represión de las ideas, el aborto de los proyectos socio-económicos indispensables para el desarrollo del capitalismo social, así como del descarado advenimiento de la militarización y corrupción en las esferas gubernamentales, reuniendo todo ello el caldo de cultivo para la sedición social.

Del lado internacional, la revolución cubana había inaugurado una época que hizo creer a los revolucionarios latinoamericanos que bastaba con una buena dosis de voluntad y con un puñado de militantes para hacer la revolución y tumbar definitivamente al sistema.

Todo eso en un contexto de Guerra Fría imperialista entre dos países, dos sistemas, dos modos de producción distintos: la Unión Soviética, lumbre del mundo nuevo socialista, y Estados Unidos de América, faro de la libertad capitalista de occidente, mismos que en su momento (1954) consideraron a nuestro pequeño país una pieza más del intrincado juego de dominó que, sin llegar a ser guerra total, se enfrentaban como tal mediante políticas de contención (Golpes de Estado y represión), guerras de liberación, guerras de baja intensidad y guerras sucias de terrorismo estatal.

Es decir, tres causas para una historia que duró 36 años y que nuestra sociedad padeció –literalmente- con altísimo costo humano, físico y económico de incalculables y duraderas consecuencias.

¿Pero cómo jugó su papel la izquierda armada y la izquierda no armada en dicho lapso? Creo que con mucho heroísmo y mucha candidez. La izquierda revolucionaria armada pensó que la victoria estaba a la vuelta de la esquina y que en la estrategia de guerra, todo el pueblo terminaría volcándose masivamente a fortalecer la pequeña fuerza regular con la que se quebraría fácilmente el desbalance en capacidad de fuego y logística que se tenía contra el Ejército Nacional. La tentativa no era errónea, pero acaso la euforia por lo que ocurría en el resto de Centroamérica hacía sobrevalorar las fuerzas propias frente al enemigo, por lo que la insurrección nunca ocurrió³.

“Estábamos jugando a la guerra” escribiría Mario Payeras años más tarde en “Los Fusiles de Octubre”, posiblemente la mejor autocrítica sobre la lucha armada que nadie haya escrito todavía.

Por su parte, la izquierda democrática, entre la que se encontraba un sector del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT)⁴ y varias expresiones de la socialdemocracia: el Frente Unido de la Revolución (FUR), y el Partido Socialista Democrático (PSD, o socialcristianos como el hoy desaparecido partido Democracia Cristiana Guatemalteca (DCG), confiaron siempre en que el viciado régimen electoral que teníamos podía ser una ventana de oportunidad para cambiar la correlación de fuerzas desde el gobierno y desarticular la estrategia contrainsurgente. Pero los continuos fraudes electorales y los Golpes de Estado y la misma represión a los partidos democráticos no dejaron lugar a dudas de que lo electoral no iba ser campo de batalla serio para los generales de la guerra.

Y aunque hubo algunos espacios de interlocución e incluso de acción entre la izquierda democrática y la izquierda armada tales como el Frente Nacional de Oposición (FNO) o el Frente Democrático contra la Represión (FDCR) entre otros, en general puede afirmarse que ambas corrientes de izquierda actuaron, al menos hasta 1982, de espaldas unas de otras, ávidas de que no se les vinculara entre sí, a efecto de que su estrategia particular no tuviera fisuras. Ni los que abogaban por la revolución violenta estaban dispuestos a jugárselas en el ruedo electoral fraudulento que existía ni los que estaban por el pacifismo dentro del sistema estaban dispuestos a que se les juzgara como sediciosos, lo que no impidió que en medio de la represión violenta e indiscriminada, los mismos partidos democráticos tuvieran que usar medidas propias de la guerra pero sin hacer la guerra. Así fue en los casos de algunos militantes y dirigentes del FUR y el PSD, entre otros, que se clandestinizaron para seguir haciendo política pero no para conspirar, o bien la DCG, que autorizó a sus dirigentes y militantes a que se armaran y formaran núcleos de autodefensa pero no para hacer operativos de ningún tipo⁵.

3. Hay que considerar también el argumento de Gramsci sobre que para desarrollar y hacer triunfar una revolución no solo son necesarias las condiciones objetivas de explotación, sino también se hace necesario desarrollar las condiciones subjetivas que permitan apropiarse a los actores del proceso revolucionario.

4. La fracción que se conoció con el nombre de PGT-6 de enero, por ser la fecha, en 1984, en que formalmente se proclamó como tal.

5. Este último dato me lo confirmó Catalina Soberanis en alguna de las varias conversaciones que hemos tenido sobre la época. Tal decisión habría sido tomada por la DCG en los años de 1981 y 1982 cuando numerosos dirigentes y alcaldes demócratacristianos estaban siendo asesinados.

Mientras que los que llegaron a tener la suerte de salir al exilio de ambas corrientes, tampoco llegaron a entablar demasiadas mesas de trabajo conjunto debido a que la conspiración de las estructuras de guerra obligaba a compartimentar información y cuadros dirigentes, de modo que las pocas que se montaron en el exilio como el Comité Guatemalteco de Unidad Patriótica (CGUP) o la Representación Unitaria de la Oposición Guatemalteca (RUOG), estuvieron marcadas con la lógica de la guerra, por lo que los representantes provenientes de las filas democráticas terminaban alejándose de las mismas.

¿Por qué insistir en este cuasi divorcio de la izquierda en medio de la guerra digamos hasta 1982? Porque la lucha por la democracia en nuestro país se desarrolló en dos planos: el “legal” y el “ilegal”, en donde las organizaciones revolucionarias armadas bajo inspiración marxista actuaron como tales sin que ello significara que todos sus dirigentes y militantes se reconocieran marxistas-leninistas, y donde en los partidos democráticos también participaron muchos revolucionarios marxistas, pero que rechazaban por principio el uso de las armas para los objetivos de la democracia. Medios y fines fueron entonces heterogéneos, las filas también lo eran.

Una reciente declaración del investigador de la Universidad de Puebla y viejo militante de la izquierda guatemalteca, Carlos Figueroa Ibarra, expresa mejor el dilema que rápidamente he descrito cuando decía, refiriéndose en concreto a los debates en el seno del PGT –aunque creo es extensivo al resto de la izquierda en sus variantes armada y no armada de la década de los setenta y principios de los ochenta-: “Había una posición que quería la revolución para alcanzar la democracia y otra que quería la democracia para alcanzar el socialismo”⁶.

Tal discrepancia acerca del tipo y rol de la democracia que se quería prosiguió cuando se inaugura la transición política en 1986, la cual trajo consigo la era de los primeros Presidentes civiles electos limpiamente. La izquierda armada aglutinada en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) decidió ponerle un signo de interrogación a dicha apertura, argumentando que ella no era sino más de lo mismo en materia electoral y que su único objetivo era impedir la revolución.

La izquierda democrática por su parte, decide darle el beneficio de la duda a esta apertura. Así, mientras la DCG toma las riendas del gobierno en enero de 1986, el PSD se reincorpora al sistema electoral de partidos legalizados, los exiliados de muchos bandos regresan y se organizan en organizaciones y organismos de la sociedad civil, en tanto que otro importante sector de víctimas de la represión radicados en Guatemala, empiezan a utilizar los débiles espacios de libertad para exigir justicia y promover los derechos humanos. Con todo, la represión continuó existiendo aunque más selectivamente.

Las diferencias en cuanto a la caracterización y tratamiento político de la “apertura democrática” de 1986, creó en la práctica otro divorcio entre las izquierdas; esta vez entre la izquierda “legal” y la “ilegal”: la una cuestionando su legitimidad y la otra aceptándola sin más.

La verdad, no importaba quien tuviera la razón. Los hechos demostraron que ambas estrategias habían fracasado parcialmente porque ni la lucha armada se desarrolló como se había esperado, ni la toma del poder político del gobierno por parte de un partido democrático había logrado cambiar la correlación de fuerzas y desmontar la contrainsurgencia, tal y como la izquierda democrática hubo deseado. Todo lo contrario, tantos los generales de la guerra como el reciente protagonismo de la cúpula empresarial aglutinada en el Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas Comerciales y Financieras (CACIF): los primeros haciendo intentos de golpes de Estado y el otro boicoteando las medidas para financiar el desarrollo, terminaron de comprobar que los grupos de poder sustentaban el sistema de forma sólida, si bien con ciertas contradicciones en su seno.

La transición política

La lucha del pueblo guatemalteco por la plena democratización de las relaciones de poder vigentes en nuestro país ha sido doblemente heroica, porque se ha avanzado a pesar de los errores políticos de las dirigencias revolucionarias y a pesar del alto muro que las elites de poder han erigido para impedirlo.

Sin embargo, el proyecto de dominación, si bien es férreo no ha podido consolidar un sistema democrático funcional a los mismos intereses del sistema imperante, puesto que la ingobernabilidad

6. En Foro Público que la Fundación Friedrich Eberth (FES) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) organizaron el 11 de mayo de 2007. Participaron como conferencistas del mismo: Carlos Figueroa Ibarra, Edgar Ruano, Virgilio Álvarez, Wilson Romero con la mediación de Ricardo Sáenz de Tejada.

se ha estado volviendo crónica a causa de la debilidad de las instituciones democráticas. También, con la Reformas Constitucionales de 1994 elaboradas por un pequeño grupo de asesores ligados al CACIF, se promovió la reducción del periodo presidencial, con lo que la volatilidad de las políticas públicas se ha vuelto escandalosa, dada la ausencia de continuidad y temporalidad para consolidarlas.

El funcionariado público se ha vuelto sumamente inestable, en parte por el anacronismo del sistema del servicio civil imperante, pero también por la volatilidad del sistema partidario –cuyo índice es de los más altos de Latinoamérica- que viven bajo las leyes del mercado para su sobrevivencia financiera, con lo cual se obstaculiza su estabilidad y se afianza el clientelismo en las esferas públicas. De hecho, pareciera que todo el sistema de partidos políticos es amorfo y su caja de resonancia que es el Congreso de la República, es también blanco de continuos ataques por parte de las elites al promover de continuo la depuración de los representantes, la reducción de su tamaño numérico y la condena a los disidentes del pensamiento único.

Con esto, toda la clase política legal que tenía la ilusión de convertirse en el tercer sector de influencia entre los factores de poder establecidos, y hacerlo por medio del Congreso de la República, tampoco ha podido hacer nada⁷ más que dedicarse a hacer negocios y autocorromperse, demeritando la actividad política.

El hecho es que la mayoría de partidos políticos guatemaltecos, al mantener demasiada dependencia del financiamiento del sector privado, sencillamente no puede acordar entre sí una fórmula osada de fortalecer su independencia mediante un significativo financiamiento público para sus actividades públicas.

En este panorama de resultados contradictorios en la lucha por la democracia, el pueblo y la sociedad civil organizada fueron encontrando igualmente efectos contradictorios de las nuevas políticas públicas: la liberalización económica combinada con la liberalización política ha permitido una ampliación de las oportunidades de movilidad social, pero también un desigual acceso a las mismas y por tanto, una agudización de las brechas sociales, un rompimiento abrupto de la solidaridad social y un aumento del individualismo lleno de apatía, violencia y desesperación entre la clases medias.

Tal es escenario en el que se desarrollaron las negociaciones por una salida política al conflicto armado entre 1987 y 1996, lo que en la práctica implicó que la izquierda armada terminaba aceptando las reglas del sistema imperante, tal como siempre lo demandó la izquierda democrática.

Quizá por esa razón no hubo sector social o político alguno de corte democrático o de izquierda que rechazara de plano los Acuerdos de Paz, porque éstos ayudaban a compaginar estabilidad y reforma en una sola propuesta, la que, de paso, legitimaba el orden democrático liberal imperante.

La izquierda tras la firma de la paz

Pero así como pocos hoy día reniegan del valor y la urgencia que tuvo la lucha armada, pocos tampoco hoy día reniegan del valor que tienen o tuvieron los Acuerdos de Paz para consolidar una paz democrática en la que, tanto izquierdas armadas y no armadas pueden sentirse cómodas en su aporte al mismo así como también la ciudadanía.

No obstante, el balance del cumplimiento de los Acuerdos de Paz es otro cantar. En efecto, hay que realizar todavía más estudios políticos que den cuenta, por separado, del estado de cada uno de los compromisos suscritos. Es muy temprano para hacer un juicio definitivo sobre su impacto, pero hay suficiente información y análisis retrospectivo que permiten arribar a ciertas conclusiones⁸.

Por ejemplo, puede estarse de acuerdo en que el proceso de negociación fue en todo momento elitista y que fue en todo momento monopolizado por “las partes”, y que ello incidió en que la población no se movilizara de lleno por el cumplimiento de los mismos –más que de forma sectorializada: mujeres, campesinos, pueblos mayas, etc., cada uno por su lado.

7. La mayoría de partidos que negociaron la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) en el Acuerdo de El Escorial en 1988, fueron paulatinamente desapareciendo de la arena electoral.

8. Algunas reflexiones y discusiones al respecto de los Acuerdos de Paz se abordaron y pueden consultarse en El Observador Electoral No. 5, año 1, abril de 2007. Por ejemplo: Fuentes, Jorge. “Una década desperdiciada en la construcción de la paz, y dos propuestas de apoyo al esfuerzo de retomar la tarea”; y, Torres Escobar, Edelberto. “A diez años de la firma de la paz”. El Observador. Análisis Alternativo sobre Política y Economía No. 5, año 2, abril de 2007, páginas 3-7 y 8-14, respectivamente.

De igual modo puede estarse de acuerdo en que el conjunto de Acuerdos de Paz fue un punto de partida y a su vez de llegada para configurar un país que no había completado su propia transición democrática ni generado condiciones para un desarrollo nacional y social aceptable y, por tanto, en su momento (1996) los propios Acuerdos parecían muy ambiciosos o muy cortos -dependiendo de quien los juzgara- para estos propósitos.

Asimismo, todos y todas convenimos en que los Acuerdos de Paz, entendidos como pactos finales entre actores en pugna que situaron en la agenda nacional un programa de reformas posconflicto, se cumplieron al menos en su fase operativa, lo que para efectos prácticos la población ha percibido como lo más importante y urgente, es decir, el silencio de las armas fratricidas. Quiere decir que lo que los analistas llamamos "lo sustantivo de los Acuerdos" nunca llegó a la población, pero lo "operativo" resultó siendo lo sustantivo para la población porque generó de hecho condiciones para desarrollar, no un programa de reformas si no un conjunto de salidas para:

- a) La desmovilización de ejércitos regulares e irregulares;
- b) El fin de la polarización política;
- c) El fin de la violación sistemática de los derechos humanos por parte del Estado;
- d) El inicio del pluralismo político/partidario;
- e) La autonomización creciente de la sociedad civil;
- f) El renovado protagonismo de los Pueblos Indígenas y la recuperación de la identidad de los garífunas y xincas.

Pero analizados en su interior, en el texto, deberíamos todos convenir, pero aparentemente todavía no hay consenso, en que la parte sustantiva de lo sustantivo de los Acuerdos de Paz se truncó. Su parte revolucionaria, transformadora, movilizadora en función de una construcción estatal y democrática de nuevo tipo falló. Y el punto de quiebre para esta afirmación se halla en los resultados de la Consulta Popular de mayo de 1999 donde triunfó el NO contra las reformas constitucionales. El resto son detalles.

Tal sería una justa conclusión si partimos del punto de vista de que para la izquierda revolucionaria, los Acuerdos de Paz eran una plataforma política de lucha y cambios estructurales. Por lo que la pérdida de la reforma política global y el reiterado incumplimiento de los mismos sólo puede entenderse como una derrota para la izquierda.

Tal sería una justa conclusión si partimos del punto de vista de que para la izquierda revolucionaria, los Acuerdos de Paz eran una plataforma política de lucha y cambios estructurales. Por lo que la pérdida de la reforma política global y el reiterado incumplimiento de los mismos sólo puede entenderse como una derrota para la izquierda.

En cambio, lo que los Acuerdos de Paz aportaron para la ampliación y legitimación del régimen democrático ya se hizo, ya estuvo, ya operó cambios tangibles para la ciudadanía en los rubros señalados arriba y, por tanto, la izquierda debe sentirse satisfecha por ello. Nadie le puede regatear su capacidad de lucha, de resistencia, su naturaleza democrática y su vocación progresista. Como tampoco se puede negar que los Acuerdos contienen compromisos de cambios que si el Estado los hubiera cumplido a cabalidad, hubieran sido cambios revolucionarios por sí mismos. A qué me refiero: por ejemplo, si tan solo se cumpliera en detalle el Acuerdo Socioeconómico y Agrario (ASESA) hubiera sido un gran salto de las relaciones económicas, laborales y ambientales en el campo y la ciudad de este país. Pero los Acuerdos fueron vistos por parte del gobierno más como publicidad que como adeudos serios.

Por eso es que la reforma profunda del sistema político y del modelo económico siguen pendientes, y para estos objetivos necesarios y urgentes hay que diseñar una nueva estrategia, o imaginar nuevas claves para su consecución.

Acerca de lo anterior, pueden notarse ahora dos clases de posturas.

Una que mantiene intacta su convicción a favor de los compromisos de los Acuerdos de Paz, pero como ya está demostrado que en materia de cumplimiento todo lo que haga o deje de hacer el gobierno es vital, entonces esta izquierda -asumimos que la parte firmante- tendría que estar al frente del gobierno y contar con una bancada del Congreso de la República numerosa para lograrlo. En dicho escenario, de un cumplimiento de los Acuerdos a partir de encabezar el gobierno, ésta tendría que trabajar con ahínco para alcanzar el poder pronto, cosa que hoy día parece lejano.

Una segunda postura, que yo denominaría realista y moderna, advierte que los Acuerdos de Paz insinuaron la ruta de la reforma política y económica, pero de una manera todavía estrecha en su contenido, aunque amplia en su alcance, lo cual no los demerita en su contenido sino como plataforma

política a la luz de los nuevos acontecimientos nacionales e internacionales. Señala esta postura que es necesario promover en su lugar, un pacto político-social alrededor de una reforma constitucional⁹ para re-empezar un proceso institucional hacia el siglo XXI.

Hay entonces, a mi entender, una reedición todavía no muy comprensiva de las viejas polémicas sólo que esta vez con tónicas diferentes. Una postura conservadora en torno a los Acuerdos de Paz, pero con discurso radical, revolucionario, parasistémico. Y una postura más dinámica sobre las tareas políticas para refundar al Estado y la democracia, pero con un discurso moderado, rupturista dentro del sistema.

La ventaja del primera postura es que es más orgánica, tiene representantes institucionalizados, en tanto que la segunda es apenas un movimiento de ideas, con algunos lazos orgánicos con el movimiento social y partidario.

Mientras tanto, los eventos electorales guatemaltecos, siguen siendo un poderoso imán para la búsqueda de ganar posiciones en las estructuras del poder político del país, pero igualmente siguen siendo apenas una válvula de escape temporal para una crisis nacional que se agudiza y cuya solución se posterga, en tanto que quienes llegan a los puestos de gobierno no se atreven a poner en cuestión las desiguales relaciones de poder ni ejecutar políticas a favor de las mayorías sino sólo administrar el statu quo. Los más vivos en cambio, ni se preocupan por el país sino por sus chequeras.

Izquierdas y coyuntura electoral, una relectura

De ordinario, las elecciones a cargos de elección popular constituyen en los países democráticos una oportunidad para renovar la democracia. Pero en nuestro país han llegado a ser un mero paréntesis de la crisis. En las democracias maduras, los regímenes electorales y de representación promueven el equilibrio ideológico, la igualdad del voto y la independencia partidaria. "Libres, justas y limpias" es la fórmula que usan para describir un buen evento electoral.

Esas condiciones no están plenamente garantizadas en nuestro régimen electoral. Lo de libres hay que admitir que ha sido así los últimos 20 años. Lo de limpias también, de hecho el sistema ha logrado aislar casos en ciertos municipios que evidenciaron anomalías serias, si bien sobre este punto nunca hay que flexibilizar la vigilancia. Lo de justas, en cambio, de ninguna manera, todavía hay mucho tramo que recorrer.

Tal es el marco en el que la izquierda participa y donde las percepciones de los analistas se devanan en interpretaciones acerca de cómo explicar dos cosas: a) La aparente dispersión; y, b) La aparente marginalidad de las izquierdas en la actualidad.

A mi juicio la dispersión y la marginalidad actuales de las izquierdas son reales y son dos fenómenos de un mismo origen, pero de diferentes consecuencias. Ambas son el resultado de un proceso de transición en el que la izquierda armada que firmó los Acuerdos de Paz no pudo sostener una fuerza hegemónica -que en cualquier caso ya venía debilitada desde antes de la firma de la paz- competente para liderar a todas las fuerzas democráticas y progresistas de este país, y que terminó favoreciendo desde distintas fuentes la búsqueda de nuevas formas y opciones fuera de la esfera de la izquierda revolucionaria.

Seguramente ésta sea la causa principal de la diferencias en la evolución de la izquierda guatemalteca y salvadoreña que Ricardo Sáenz analiza pero que no llega a plantear explícitamente¹⁰: es decir, mientras que el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) llega fortalecido a la firma de la paz -con una reciente ofensiva tras de sí-, con una mayor capacidad de polarizar la sociedad salvadoreña y por ende, de aislar a las minorías disidentes, en Guatemala la debilidad pre paz y los errores políticos post paz de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), tal como el colaboracionismo con el gobierno de Álvaro Arzú por ejemplo, impidió atender a las pequeñas

9. Preferiblemente a través de una Asamblea Nacional Constituyente (ANC) de naturaleza soberana, tal como he argumentado en anteriores ocasiones en las dos primeras entregas de estos ensayos sobre reforma política del Estado guatemalteco. Velásquez, Álvaro. "Razones y dilemas de la reforma política en Guatemala"; y, "Congreso de la República: Nudo gordiano de la reforma política en Guatemala". El Observador. Análisis Alternativo sobre Política y Economía Nos. 2 y 5, año 1 y 2, septiembre 2006 y abril 2007, páginas 19-24 y 15-24, respectivamente.

10. Sáenz de Tejada, Ricardo. "Revolucionarios en Tiempos de Paz: Rompimientos y recomposición en las izquierdas de Guatemala y el Salvador". Tomo II de la colección X Aniversario de los Acuerdos de Paz en Guatemala. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-Secretaría de la Paz (SEPAZ), 2007.

formaciones de izquierda democráticas o de sus propias filas que insistían en caminos alternativos a la democratización –más a la derecha o más a la izquierda¹¹- de lo que la URNG estaba promoviendo desde sus espacios institucionalizados de los Acuerdos de Paz.

En la lógica descrita cobra sentido redimensionar la aparente marginalidad de las izquierdas guatemaltecas. En efecto, la primera impresión del observador externo es que la izquierda es marginal por los resultados electorales que ha venido obteniendo desde que URNG se convirtió en partido político en 1997, los cuales han venido de más a menos durante los últimos ocho años (1999-2007). De dichos resultados puede deducirse un promedio de alrededor de 7% como nicho electoral de la izquierda en nuestro país. La pregunta es ¿para cual clase de izquierda?

Guatemala: resultados de la izquierda partidaria en los últimos tres eventos electorales

Elecciones generales de 1995	Elecciones generales de 1999	Elecciones generales de 2003
Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG) 27 mil votos 7.7%	Alianza Nueva Nación (ANN) * 270,891 votos 12.36%	Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) 69,301 votos 2.58%
	FDNG 28,108 votos 1.28%	ANN ** 142,679 votos 4.85%

* En las elecciones generales de 1999, la ANN fue una coalición electoral que se conformó con los partidos: URNG, Desarrollo Integral Auténtico (DIA), y el que estaba en formación denominado Unidad de Izquierda Democrática (UNID). Esta coalición llevó como candidato presidencial al ahora Presidente de la República, Álvaro Colom, y obtuvo en esos comicios un total de 9 diputados;

** Para las elecciones generales de 2003, la ANN ya se había convertido en partido político cuando un grupo importante de militantes de las desaparecidas Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) encabezados por Pablo Monsanto se separó de la URNG. En esta ANN participaron Nineth Montenegro y Alfredo de León, quienes desde el FDNG en 1995 habían incursionado en política partidaria. En estas elecciones, la URNG postuló al desaparecido comandante Gasar Ilom (Rodrigo Asturias), y obtuvo dos diputados; en tanto que la ANN no presentó binomio presidencial pero obtuvo cuatro diputados.

Fuente: Elaboración propia con base en cifras del TSE.

Del análisis del cuadro puede deducirse que allá donde hubo mejor desempeño electoral fue cuando las coaliciones suponían un proyecto de centro izquierda. Qué cosa si no fueron, en 1995, el Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG), y en 1999 la Alianza Nueva Nación (ANN). Incluso, el partido ANN en su primera etapa en 2003¹², o sea aquellas amalgamas temporales entre ex guerrilleros de formación marxista y ex líderes sociales provenientes de las capas medias y urbanas, generalmente socialdemócratas, que reclamaban protagonismo propio.

Luego, fue en el terreno electoral donde las izquierdas guatemaltecas comenzaron a notar sus potencialidades y, por ende, a tomar caminos diferentes.

En esa línea es que hay que inscribir el surgimiento de los partidos Unidad Nacional de la Esperanza (UNE) de Álvaro Colom en 2002, y el de Encuentro por Guatemala (EG) de Nineth Montenegro en el presente año, cuyos protagonismos independientes eran cuestionados entre las filas revolucionarias¹³ y sus respectivos proyectos descalificados de antemano como faltos de trayectoria y de proyección ideológica, no obstante que, tal como me consta, previo a la actual convocatoria a las elecciones ge-

11. Luego de la firma de la paz, varias expresiones ultraizquierdistas comenzaron a formarse calificando los Acuerdos de Paz como una traición. Una de ellas reorganizada bajo las siglas del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) tildó a la URNG de claudicante, y liquidacionistas a los miembros del PGT que se encontraban dentro de URNG y que formalmente lo hicieron desaparecer en 1997. Ver Venceremos. "PGT: Reorganización del PGT, Objetivo Estratégico", Boletín 1, segunda época, s/1, febrero 2006.

12. Cuando las ex Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) dirigidas por el comandante Pablo Monsanto compartieron cartel con el pequeño grupo de la Unidad de Izquierda Democrática (UNID) y el de Nineth Montenegro, teniendo esta última el mejor rating electoral.

13. La insistencia en que Colom se alineara siempre a las opiniones de los miembros de la ex Comandancia General de la URNG fue siempre motivo de tensiones en cuando la ANN se constituyó en una coalición en 1999. En el caso de la ANN ya como partido, fue la insistencia de parte del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) de este partido, de que los diputados electos cotizaran hasta Q. 5 mil por cabeza, lo que terminó de crispar las relaciones entre una parte de la bancada y el partido.

nerales 2007, tanto Colom como Montenegro fueron buscados electoralmente por parte de aquéllos en nombre de una "unidad de izquierdas", lo que parecía más bien oportunismo y que, al no concretarse¹⁴, aumentó las descalificaciones hacia éstos.

Colom y Montenegro se asumieron de lleno como proyectos de centro izquierda, rompiendo con el rígido esquema de los partidos de izquierda tradicional e incorporando a amplios sectores de clase media ascendente para quienes el discurso izquierdista radical puede resultarles unicromático y desfasado, sin que por ello sean reaccionarios. En eso está la clave de su crecimiento no en los "oscuros intereses económicos a los que representan" como dijo el comandante Pablo Monsanto, refiriéndose a Montenegro en una entrevista¹⁵, y que se volvió un san benito que cualquiera se sintió autorizado a repetir.

Pero para efectos de análisis del caso guatemalteco, creo que es necesario ser más laxos en los criterios de definición de las izquierdas, de lo que la "izquierda oficial" gustaría admitir. Para empezar:

- Pueden ser perfectamente de izquierda aquellas formaciones partidarias que no hubieran estado envueltas institucionalmente en la guerra;
- Pueden ser de izquierda las formaciones partidarias que aboguen –en sus estatutos, programa o discursos- por una extensión progresiva de la democracia guatemalteca hasta abarcar a las mayorías, y entre ellas a los Pueblos Indígenas, las mujeres, los niños, las personas de la tercera edad, los campesinos, los trabajadores agrícolas y no agrícolas, etc.
- Pueden ser de izquierda los que enarboleden valores como la igualdad, la participación ciudadana, la libre autodeterminación de los pueblos, el laicismo, la libertad de ser, entre otras tradiciones y valores de la izquierda histórica;
- Pueden ser de izquierda aquellas formaciones que en su fundación recibieron la participación de personalidades de izquierda, cuyas desavenencias con la concepción, métodos y estilos de las cúpulas izquierdistas finalmente les condujo a la disidencia, si bien siguieron siendo coherentes en su práctica y convicciones programáticas.

Con estos criterios puede notarse que la lista de partidos de izquierda que confeccionemos sea tan grande que la sola apelación al Pueblo en ciertos discursos, pueda llevarnos al engaño e incluir en ella a farsantes, demagogos y populistas fascistas. Pero de igual modo, inflexibilizar el criterio de "que la práctica confirme su discurso" puede volverse tan subjetivo que llegue a depender de quien califique para que los encartados pasen el filtro.

En cualquier caso, el solo hecho de que en época de hegemonía del pensamiento libertarista, donde la idea de la justicia social como deber del Estado es vista como anatema, ya es heroico que todavía haya quienes sostengan el principio de la solidaridad frente a preeminencia de las leyes ciegas del mercado.

Por tanto, mi criterio general es que para reflexionar sobre la izquierda política guatemalteca de hoy día, hay que ir más allá de las dos formaciones que reclaman la patente de izquierda, o sea, la URNG y la ANN, quienes no sólo evidencian sectarismo al respecto sino además, compiten entre sí para ver quien de ellas lo es más o menos de acuerdo a pugnas de hermanos de sangre, pero que coinciden eso sí en la descalificación rápida de los primos.

En esa perspectiva, la UNE y EG deberían ser añadidos al espectro de la izquierda, tanto como por ejemplo el Frente por la Democracia mismo -partido integrado por democratacristianos de izquierda y ex funcionarios portillistas de izquierda-, que al tenor de sus discursos iniciales pareció que intentaba ocupar el nicho electoral de la izquierda oficial dividida, sin éxito.

Siendo así, vale la pena sugerir que el nicho electoral de 7% de voto duro es para aquella izquierda firmante de los Acuerdos de Paz, pero cuya continua reducción podría tratarse de un castigo del votante por sus divisiones internas. En cambio, la intención de voto a favor de proyectos progresistas

14. Por ejemplo resulta irónico que quien más deseara la alianza con Rigoberta Menchú fuera la URNG y la agrupación MAIZ la que, al ser rechazada por ella misma, fuera el detonante para que más voces de esta izquierda se unieran al coro de señalamientos infundados contra Rigoberta, la misma a la que hacía apenas un mes antes habían alabado como la mejor.

15. En una entrevista con Rafael Rottman Chang en Vea Canal realizada en marzo 2007, en donde tampoco le reconoció la posición de socialdemócrata al EG, pero que al ser cuestionado sobre por quien votaría en la segunda vuelta electoral, afirmó que lo haría por aquella formación socialdemócrata que más consecuente le pareciera.

en general, es mucho más amplio, alrededor del 30%¹⁶, si se suma la totalidad de las respectivas intenciones de voto de los partidos URNG, ANN, UNE y EG que obtuvieron en las elecciones generales del presente año.

En este caso, la conclusión lógica sería comprobar que sí existe una vocación progresista y anti-oligárquica entre el electorado guatemalteco, más amplia de lo que se ha creído, y que esto podría ser el resultado del desarrollado "instinto de clase" que la confrontación entre revolución y dictadura dejaron entre el pueblo de Guatemala durante el conflicto armado interno, contra la escandalosa y vergonzosa desigualdad de este país.

Desde luego, la sugerencia anterior, que está amparada en datos e interpretaciones de ellas, genera otro tipo de preguntas: ¿La heterogeneidad del voto de izquierda es el resultado de la heterogeneidad de los proyectos políticos de izquierda y, por tanto, de una correspondencia entre oferta y demanda?; O Es el resultado de una ausencia de estrategia común entre las izquierdas que unifique al electorado? ¿Cuando los proyectos de derecha capitalizan con discursos populistas al electorado progresista, se trata en realidad de una confusión ideológica o de un cálculo de ganancias frente a las encuestas?

El campo de investigación es amplio para estos tópicos.

Izquierdas y actitudes frente a las elecciones

Pero una cosa es la intención de voto del electorado guatemalteco y otra las diferencias operativas que privan entre las cuatro formaciones citadas. Estas diferencias con respecto a la participación electoral pueden situarse en las siguientes clasificaciones que propongo: a) la izquierda radical; b) la izquierda acomplejada; y, c) la izquierda pragmática. Quizá esta sea la única diferencia real que hoy día exista entre las izquierdas políticas guatemaltecas sobre estrategia.

La radical rechazando de plano "los eventos electorales burgueses" como lo afirmó en comunicado del rearticulado PGT, en el que contradictoriamente también llaman al pueblo a votar nulo en las mismas¹⁷. Esta izquierda, si bien está fuera del espectro político legal y carece de impacto en el electorado, puede en cambio estar presente entre un sector de la llamada izquierda social, y cuyo radicalismo a veces raya en el anarquismo o el panfleterismo.

Pero hay una izquierda legalizada a la que podría disgustarle que existan otras expresiones más a la izquierda que ella misma, avergonzándose entonces de estar dentro del sistema, y por ello seguir discutiendo si las elecciones sirven o no para acumular fuerzas hacia el proyecto histórico, o si la oligarquía les invisibiliza frente al electorado, o si es una medida colateral a construir un poder desde abajo, etc. Tal postura puede tener en contra que haya un electorado que al percibir su ambigüedad, decida no confiarle su voto para dirigir las instituciones democráticas.

La pragmática, simplemente asume las reglas de juego y aunque entiende que las condiciones le son adversas en términos financieros frente a los partidos del gran capital, buscan como vencer las desventajas para ser más competitivos de cara al electorado. No obstante, todo pragmatismo sin principios es dañino, máxime cuando se deja de ser crítico, y si únicamente se pensase en acomodar el proyecto a la no ofensa de los grupos de poder.

Lo ideal es concebir entonces una estrategia donde lo electoral no sea menospreciado y al contrario, sea dimensionado transformadoramente, tal como lo sostiene Sáenz de Tejada cuando señala que la participación en las elecciones también es revolucionaria, como parte de una política integral de acciones políticas¹⁸.

Llegados a esta conclusión, que analíticamente puede tener validez, cabe no obstante ello, preguntarse si las otras formaciones nuevas, pragmáticas y orientadas hacia el centro como la UNE o el EG ¿Tendrían en realidad la decisión y convicción de impulsar los cambios que Guatemala necesita, una vez que lleguen al poder? ¿Puede realmente confiarse en los proyectos de centro-izquierda que

16.Las encuestas publicadas por los diarios El Periódico y Prensa Libre difirieron en cuanto a los datos de intención de voto de los candidatos y partidos, pero no en las posiciones de los mismos. En promedio, Colom tuvo alrededor de 25%; Rigoberta Menchú 5%; Pablo Monsanto 2% y Miguel Ángel Sandoval 1%.

17.PGT. Comunicado de enero de 2007, en: <http://www.albedrio.org/htm/documentos/decpoliticaPGTelecc07.pdf>

18.Sáenz de Tejada, Ricardo, op. cit., p. 201s.

elaboran su Plan de Gobierno teniendo a la vista a la opinión pública del potencial electorado (mediante encuestas), y la posible reacción de los grupos del poder establecido (mediante consultas sectoriales), y no partiendo de su propia plataforma de origen? ¿Realmente: los proyectos de centro-izquierda le hacen el juego a la derecha o son una forma inteligente de hacer avanzar la causa del pueblo?

Una rápida lectura de sitios web como <http://rebelión.org> da cuenta de decenas de polémicas en torno a si lo ortodoxo es lo confiable para mantenerse en la lucha a costa de no crecer, o si lo heterodoxo es la única forma de llegar al poder. Casos como el de Lula en Brasil sirven para todo tipo de posicionamientos apasionados. Un proletario metalúrgico, marxista, que luego parece gobernar igual de liberal que su antecesor socialdemócrata. Que es casi el mismo caso de Mónica Bachelet en Chile, en donde una izquierda institucionalizada parecería haber encontrado en la fórmula de fortalecer las instituciones, el camino para hacer cambios “desde adentro”.

Y frente a él, un Hugo Chávez que logra generar una dinámica geopolítica contrahegemónica de gran atractivo que ha tenido resultados en países como Bolivia, Nicaragua, Ecuador e, inclusive, Argentina, y poner en jaque las situaciones internas de países como Perú o Colombia. Todo esto en procesos políticos plenamente legitimados por participaciones electorales exitosas. Significaría esto que ¿Por fin el principal instrumento de las democracias burguesas sirve a la causa de la revolución?

Tal es la pregunta que muchos analistas de izquierda se hacen y que pone nervioso Washington¹⁹.

Pero de nuevo la polémica es acerca de quién es más legítimo como representativo de las causas progresistas de izquierda ¿Un Chávez cuyo discurso antiimperialista está a flor de piel, o una Bachelet cuyo discurso reconciliador está a flor de piel? Creo que ambas izquierdas lo son y que cada pueblo tiene derecho a escoger la ruta de su propio proceso.

En Guatemala, el sufrimiento de los 36 años de guerra, el endurecido muro oligárquico y las tradicionales relaciones de amistad e intercambio con Estados Unidos parecerían justificar una mayor moderación entre la sociedad guatemalteca y sus líderes políticos más reconocidos, a efecto de poder avanzar. Contrario a una actitud más radical de vindicta política que, en un país conservador como el nuestro, puede dejar fuera del espectro electoral a las izquierdas así definidas, lo cual ha podido comprobarse con los resultados electorales del 9 de septiembre del presente año.

Una conclusión siempre preliminar

De las formaciones citadas creo que la UNE es la que se ajusta menos a un perfil de izquierda, tanto porque ella no se definió así desde su inicio como porque su líder Alvaro Colom, no tuvo más vínculo con la izquierda que su propio apellido antes de que la izquierda revolucionaria lo inventara como candidato. No obstante, la adscripción paulatina de este partido a la socialdemocracia y que la misma oligarquía guatemalteca lo haya arrinconado hacia la izquierda con la sarta de campañas negras en el proceso electoral de 2003, terminó posicionando a este partido y a su entonces candidato presidencial –hoy Presidente de la República- como una opción progresista, en el contexto de las elecciones generales que tuvieron lugar en el presente año.

Contrario a la UNE, que ha recibido más ataques de la oligarquía y de sus medios de comunicación, EG ha recibido más ataques provenientes de la izquierda revolucionaria, pese a que entre las filas de EG puede detectarse más fácilmente la presencia de una expresión de izquierda que dentro de la UNE.

Y aunque prácticamente UNE y EG compitieron por el mismo nicho electoral y por la misma adscripción ideológica –la socialdemocracia-, difícilmente haya un acercamiento entre ambas formaciones por dos razones: UNE y Colom son ya reales opciones de poder que los aleja “de los pequeños”, mientras que EG y Nineth Montenegro expresan todavía un partido joven, donde la prioridad es cuidar la criatura de la penetración de personajes y financiamientos mafiosos como se ha generalizado acusar a la UNE.

19. En su reciente visita a Madrid, España, en mayo de 2007, la Secretaria de Estado Condoleezza Rice aseguró que el gobierno de Estados Unidos no seguía una política de seleccionar a los líderes con los que podía o no conversar; pero que esperaban una actitud de responsabilidad de algunos gobiernos con respecto a sus vecinos y la democracia.

Logo distintivo utilizado actualmente por URNG en su página web. Nótese que ya URNG se apropió del término MAIZ y lo ha incorporado al nombre de su partido, cuando MAIZ surgió como una coalición basada en lo que fue el frustrado FPSI.



**Yo también soy de izquierda y que p... artido?
Pues URNG-MAIZ**

EG logró dar un mensaje de multiculturalismo y reivindicación de género en su alianza con la Premio Nóbel de la Paz, Rigoberta Menchú y su movimiento Winaq, alianza que pese a su novedad histórica, su significado real entre el electorado fue poco menos que un desastre; incluso, sus candidatos a diputados y diputadas empezando por Nineth Montenegro, obtuvieron más votos que el binomio. Algunas razones esgrimidas para este saldo negativo son: el acendrado racismo de la sociedad guatemalteca, la heterogeneidad del movimiento maya, el poco arraigo de Menchú, aún en su propio territorio de origen, y el escaso financiamiento de su partido postulador.

El saldo para la izquierda en general fue terrible. Partidos afines a la izquierda ex insurgente compartieron el colapso. Aunque con algunos matices, por ejemplo, Rigoberta Menchú Tum, candidata presidencial de EG, constituido por antiguos miembros de la URNG o de la ANN, obtuvo 3% del total de votos válidos el pasado 9 de septiembre. Ese partido, aunque no obtuvo por lo menos 5% del total de votos válidos, ganó varias diputaciones, cuatro para ser más exactos, y así evitó la desaparición.

Entre tanto, la URNG sobrevivió gracias a las dos diputaciones que obtuvo: una por listado nacional y la otra por listado distrital; y un nicho disciplinado de 100 mil votos similar al de 2003. Pero el segundo, la ANN, desapareció, al punto que prácticamente sólo sus filas votaron por dicho partido –alrededor de 17 mil votos–, mientras que el discurso de su candidato presidencial se mostró intransigente y por momentos racista. Marco Vinicio Cerezo Blandón, candidato presidencial de la DCG, con 50 años de tradición y un capital semilla disperso en centros de investigación, obtuvo apenas el 1% y tampoco ninguna diputación, por que también desapareció. Lo mismo que sucedió con su clon: el Frente por la Democracia.

Los analistas de derecha se han regocijado por estos resultados. Uno de éstos, representante además de un sector oligárquico cafetalero, Carlos Zuñiga Fumagalli²⁰, expresó: “La izquierda, el populismo, la división entre clases y el resentimiento social no va con nosotros; basta con ver los resultados electorales”²¹, refiriéndose al abrumador voto conservador existente en el país.

Por mi parte sigo pensando que la estrategia del corrimiento de un sector de la izquierda hacia el centro para actualizar el discurso y recuperar a las clases medias, sigue siendo correcta. Lo demuestra Colom y Nineth Montenegro con sus respectivos partidos. No funcionó en el caso de Rigoberta Menchú por su silencio durante su colaboracionismo con el gobierno de Oscar Berger, así como por su discurso contradictorio y victimizante: defraudó a sus propias bases sociales²². Acaso los votos obtenidos por Colom y Montenegro prefiguran un electorado dispuesto a aceptar una izquierda reformista que supone una ventana de oportunidad para que, sin caer en la total desideologización y el oportunismo, se pueda mantener y desarrollar los temas sociales que afecten a las mayorías tales como la exclusión social y la ausencia de Estado.

Una nota interesante e irónica que sirve para finalizar esta reflexión, es el hecho de la presencia de delegados de la Embajada de Cuba en Guatemala en las asambleas que la UNE realizó en el contexto del proceso electoral, así como en las del EG, URNG y ANN, que son una señal de cómo la sabiduría pragmática del gobierno cubano ve los movimientos de las izquierdas guatemaltecas. Mismas que navegan hacia una nueva etapa en la que las transformaciones necesarias han de hacerse con las armas de la democracia en la mano, sin echar la paz por la borda.

20. Actualmente es nuevamente Presidente del Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras (CACIF), además de que también ha sido ya varias veces representante de la oligarca Cámara del Agro.

21. Zuñiga Fumagalli, Carlos. Nota de opinión Siembra, Prensa Libre 18/09/2007, p.17

22. Ver por ejemplo las críticas vertidas por Eduardo Villatoro en “Acerca del revés de la Dra. Menchú” en: <http://albedrio.org>, consulta 2 de octubre 2007. Y también a Torres-Rivas, Edelberto. “Indígenas, izquierdas, perdedores, derrotados”, en: *Ibíd.* consulta 20 de septiembre 20

Hacia la construcción de izquierdas democráticas

Por Marco
Fonseca

Doctor en Filosofía Política y Estudios Latinoamericanos por parte de la York University (Canadá). Actualmente, profesor asistente en el Departamento de Estudios Internacionales de Glendon College, York University.

Introducción

La promesa de desarrollo civil, político y humano hecha por los actores políticos que negociaron y diseñaron la transición democrática en Guatemala, desde la Constitución Política de 1985 hasta los Acuerdos de Paz de 1996, ha quedado incumplida¹.

Este cargo de incumplimiento pesa mucho más sobre los hombros de las elites neoburguesas corporativas y tecnocráticas que han venido controlando la transición democrática desde el Estado, que sobre los hombros de cualquier otro actor nacional². Aunque la administración del Presidente Berger Perdomo tuvo la oportunidad de darle un impulso nuevo y de inyectarle energías frescas al proceso de transición -sobre todo, de hacerlo priorizando sin ambivalencias y de manera participativa- un proyecto de desarrollo civil, político, humano y ambiental, no lo hizo. El proyecto "Visión de País" que se lanzaron a forjar éstas elites, en cambio, alejó a la República aún más de las metas del desarrollo civil, político y humano que, sin lugar a dudas, han sido ya sobre diagnosticadas. Los años del gobierno de la Gran Alianza Nacional (GANAN) fueron, pues, fundamentalmente años de oportunidades perdidas.

Los años de la nueva administración civil no prometen ser en lo sustancial nada diferentes, y la única diferencia desalentadora posible de ser diagnosticada con claridad, es que la crisis de seguridad que amenaza con desmantelar el marco institucional de la transición democrática tiende a agravarse. Lejos de solucionar democráticamente los desafíos del desarrollo humano que subyacen a esta crisis de seguridad, la nueva administración civil va a convertir el manejo de políticas de seguridad en el eje central de su agenda doméstica de gobierno. En términos de esta crisis de seguridad, el trabajo de la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG) solo va a tocar la punta del iceberg, en tanto que los "grupos paralelos" y "cuerpos ilegales" incrustados en la administración pública van a retraerse a la oscuridad y a esperar que la atención internacional se agote, tal y como ocurrió con los Acuerdos de Paz y su implementación.

1. Nótese que en términos ambientales, los Acuerdos de Paz se quedaron totalmente rezagados. El Acuerdo Socioeconómico y Situación Agraria en particular, no contempla nada sustancial sobre el impacto ecológico de las varias medidas que se proponen para desarrollar la economía en general y la agricultura en particular. Así es que podemos notar una ausencia casi total en ese acuerdo y en otras propuestas del impacto que sobre el ambiente tiene una "reforma agraria". Basta mencionar aquí solo algunos elementos de juicio: a) la expansión de la frontera agrícola y la tala indiscriminada de bosques, presión sobre fuentes de agua y alteración de ecosistemas locales o regionales que ello supone; y después de distribuir parcelas en las nuevas fronteras agrícolas, en muchos casos, los beneficiarios no tienen más remedio que venderlas -si es que ello no era el motivo principal para buscarlas en principio- y, con ello contribuyen a la expansión ya no de la agricultura insostenible de subsistencia sino a la expansión de fincas, la ganadería de pastos, la siembra de monocultivos de exportación en gran demanda y altamente productivos, en general, el agrocapitalismo de exportación, tal y como mucho de esto ha ocurrido y sigue ocurriendo en Petén, la Franja Transversal del Norte (FTN) y en otros lugares; b) el quiebre de fincas nacionales -pensar en transformarlas en reservas ecológicas es, dicen, un lujo que Guatemala no se puede dar a la luz de tanta población sin tierra, tanta hambre y tanta desigualdad agraria-, o la compra y distribución de fincas privadas -porque muchas de ellas, se argumenta, permanecen sin uso, son excesivamente grandes, no son totalmente productivas y, en última instancia, fueron robadas a la población nativa, ya sea en la colonia o en sucesivas olas desposeedoras en los siglos XIX y XX, ya sea a familias o individuos que, sin la educación debida, sin el apoyo técnico o crediticio debido, sin los mercados adecuados, tienden a languidecer en el mundo de la subsistencia ("seguridad alimentaria"), practicando la "rosa", consumiendo lo poco que queda de los bosques a su alrededor, incrementando la presión sobre las fuentes de agua, incrementando las disputas sobre jurisdicción terrenal, tanto entre comunidades como entre grupos étnicos; c) la promoción general del minifundismo con el peligro constante de su continua división por la multiplicación de la población, la creación de presiones en el campo y en el empleo, las migraciones internas particularmente a la ciudad; etc. La izquierda no discute estas cuestiones en Guatemala porque las mismas son consideradas anatemas, y quienes las quieren discutir son inmediatamente identificados como traicioneros, reaccionarios o neoliberales, aunque lo que anime la discusión sean consideraciones ecológicas y desarrollo humano profundas. La reforma agraria es concebida como la solución al hambre, el desempleo, la desigualdad, la pobreza, la informalidad, etc. La crítica marxista a la agricultura campesina es uno de los elementos del marxismo que han sido convenientemente olvidados por la izquierda marxista de Guatemala.
2. El concepto de "élites neoburguesas" se refiere, en general, a los grupos económicos corporativos y sus representaciones políticas -ya sea organizadas políticamente o no- que hoy controlan la economía política del Estado nacional y que han contribuido crecientemente a diseñar o esculpir directamente, por medio de círculos de expertos tecnocráticos en instituciones traslapadas entre el sector privado corporativo, centros de investigación y los niveles más altos de la burocracia intelectual del Estado, las principales políticas públicas de sucesivas administraciones civiles, pero de manera más notable, a las de la saliente administración civil del Presidente Berger Perdomo. Estos grupos han sido cuidadosamente descritos por Fernando Solís y Luis Solano en su trabajo "Mas allá de la consolidación bancaria: Las luchas por el control bancario y el poder económico", *El Observador*, 2(4), febrero 2007, pp. 36-37. Los mismos autores presentan un análisis más extenso, con cierto respaldo teórico, de estos grupos económicos corporativos en su trabajo "El bloque histórico y el bloque hegemónico en Guatemala" publicado en dos partes, *El Observador* 1(2), septiembre 2006, pp. 2-11 y *El Observador* 1(3), noviembre 2006, pp. 3-14. Aunque no comparto el marco teórico categorial que Solís y Solano emplean en su trabajo para analizar sus datos y arribar a sus conclusiones, marco teórico que puede identificarse con el trabajo de Nicos Poulantzas, sí comparto su argumento genealógico de que los grupos económicos hegemónicos en Guatemala, han pasado de ser una mera oligarquía terrateniente o comercial para constituirse en grupos económicos corporativos atados de cierto modo, tanto a un proceso de liberalización de la economía y política interna del Estado nacional -de allí la importancia que ha asumido su compromiso con un modelo de democracia electoral mínimo- como a un proceso de globalización internacional en marcha -de allí su compromiso con el libre comercio, la apertura del mercado nacional a la competencia e inversión internacional, y la expansión internacional de capitales locales- que confiere en ellos una identidad neoburguesa. Cuando llega la GANAN al poder, ello significa que llegan al poder - en palabras de Alfredo Anckermann - "una suerte de mini partidos improvisados por una diáspora de empresarios noveles políticos. Ver "El bloque en el poder y las elecciones generales de 2007", *El Observador*, 1(3), noviembre 2006, p. 15.



Para un Estado nacional donde las oportunidades para el cambio político de alcance normativo y estructural –lo que puede resumirse con la idea de “coyunturas críticas”– desde la independencia hasta el presente se pueden contar con los dedos de una mano³, es difícil de concebir lo que de hecho constituye la pérdida de la coyuntura crítica que se abrió en el transcurso de las negociaciones de paz y después de la firma de los Acuerdos de Paz en 1996. Hay que tomar en cuenta, además de las adversidades e inconsistencias, que esta coyuntura crítica estuvo marcada por un apoyo político y económico sin precedentes por parte de la comunidad internacional, por un cierto grado de compromiso por parte del sector corporativo neoburgués, que durante todo el proceso de paz todavía no se había propuesto la ruta del libre comercio como su estrategia preferida y con la presencia, también sin precedentes, de una sociedad civil emergente. ¿Cómo ha sido posible echar por la borda esta oportunidad histórica única?

Los años de la GANA constituyeron sin duda alguna una pérdida de oportunidades para el desarrollo civil, político y humano de la República en general. También puede argumentarse que los años de la GANA constituyeron años de oportunidad para la construcción participativa y ampliamente democrática de un proyecto de izquierda

integral. Pues bien, la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), como actor revolucionario principal y con participación “oficial” en el proceso de transición, sí logró emerger del mismo como un actor político legal, serio y prometedor en el contexto de la nueva esfera pública y con esto también logró acarrear consigo cierto apoyo de sus propias bases y militancia, cierto apoyo de los viejos grupos y multitudes populares⁴ así como cierto apoyo de algunos actores recientemente organizados de la sociedad civil como por ejemplo, el Sector de Mujeres de la desaparecida Asamblea de la Sociedad Civil (ASC) -hoy simplemente conocido como Sector de Mujeres-. Estas fueron las bases que, en mayor o menor medida, vinieron a constituir el llamado Movimiento Amplio de Izquierda (MAIZ) durante el proceso electoral del presente 2007.

Si el argumento anterior es convincente del todo, entonces del mismo se sigue que, a pesar de la pérdida de una oportunidad por parte del Estado, sí hubo una oportunidad, también sin precedentes en las últimas décadas, por parte de los partidos políticos de izquierda y sus movimientos correspondientes en las bases, sobre todo por parte de la vieja izquierda revolucionaria y algunas de sus disidencias, para promover la construcción de un proyecto alternativo e integral, ampliamente inclusivo y participativo, de izquierda en Guatemala.

La transición política de la clandestinidad a la legalidad, de la violencia revolucionaria a la propuesta pacífica de la revolución, por parte de la URNG, constituyó en sí mismo, sin lugar a dudas, un paso adelante en la evolución política de la vieja izquierda revolucionaria y en la vida política de la República. Fue un paso que, como lo han dicho los/as mismos (as) partícipes revolucionarios en este proceso, no fue fácil de tomar; implicó enormes esfuerzos, ajustes y sacrificios, pero fue un paso que, como ya era evidente en la década de los 1980, también se tornó políticamente inevitable, tanto desde el punto de vista de la nueva constelación política nacional a partir de la transición democrática desde 1984-85, como del reordenamiento de las relaciones internacionales después del fin de la Guerra Fría.

Sin embargo, desde una perspectiva crítica, lo que ha resultado en la práctica de esta conversión de la URNG en partido político, de su ingreso a un sistema de partidos políticos crecientemente mercantilizado y de su participación también en una esfera pública nueva, ha sido la continuidad en este nuevo contexto, de los viejos métodos de organización, los viejos enfoques de interpretación y los viejos lenguajes políticos autovalidadores que ésta izquierda empleaba con tanta certeza, autoridad y justificación desde la vieja esfera de la clandestinidad. Muchos de esos elementos, como lo voy a discutir más adelante, ya eran problemáticos – es decir, inciertos, autoritarios e injustificables – incluso

3. Ver James Mahoney, *The Legacies of Liberalism. Path Dependence and Political Regimes in Central America*, Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press, 2001.

4. La razón de utilizar el término “multitud” es porque dicho término juega un papel central en las discusiones que sobre la cultura de sociedades pre-industriales en Europa han llevado a cabo gente como E.P. Thompson, G. Rudé, C. Hill y otros. Pero es sobre todo como el término “plebeyo” ha sido traducido al español por Josep Fontana. Thompson desarrolla el concepto de “la plebe” o “la multitud” en sus famosos trabajos “*The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century*”, “*The Patricians and the Plebs*” y “*Custom, Law and Common Right*”, originalmente publicados en los años 1970 y reeditados y publicados con cambios extensos en el trabajo *Custom in Common: Studies in Traditional Popular Culture* (Nueva York, 1993). La versión española de “*La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII*”, que traduce el término “plebe” como “multitud”, fue publicada en español en 1979 y luego en segunda edición en 1984 por Editorial Crítica. Podría también utilizarse los términos que George Rudé utiliza en su “*Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*” de Editorial Ariel, 1978: las “*capas inferiores*” o “*menu people*”, como solía decirse en Francia un poco antes de la Revolución Francesa, las “*turbas*”, etc. Vale la pena notar, también, que es precisamente en términos de una “multitud” que Antonio Negri y Michael Hardt están hoy tratando de reformular, de manera problemática creo yo, el potencial revolucionario a nivel internacional en el contexto de “nuevas” formas de resistencia a la globalización corporativa. Esto lo han propuesto en sus libros recientes “*Empire*” y “*Multitude*”.

en los años de la clandestinidad y la lucha revolucionaria en los tiempos del "enfrentamiento armado interno" cuando, de manera tautológica o circular, el conflicto mismo parecía justificar muchas de los argumentos y estrategias que adoptó la izquierda. Pero en un contexto de transición democrática, por las propios ideales de tolerancia política, diversidad ideológica y relaciones políticas de reconocimiento mutuo que la misma supone y/o necesita, por los presupuestos comunicativos que justifican ultimadamente a la democrática participativa -si es que la misma es digna de adoptar ese nombre- la continuidad de estos argumentos y estrategias se ha vuelto abiertamente obstructor o destructor de izquierdas posibles y su justificación -si es que tienen alguna-; ya no es posible a no ser que sea de manera abierta, tolerante y democrática.

Si la continuidad de algunos de los aspectos más controvertidos de la política revolucionaria en el contexto presente hubiera resultado solo en problemas internos, de sobrevivencia y de credibilidad de la URNG, como los que la misma de hecho ha experimentado, ello hubiera sido ciertamente lamentable pero no necesariamente adverso a un proceso de construcción de izquierdas posibles más amplio, tolerante, pluralista y diverso. Después de todo no es ajeno a todo proceso de construcción de fuerzas políticas, en cualquier terreno, pero sobre todo en el terreno de las izquierdas cuya identidad se bifurca entre lo sistémico-estratégico (el sistema de partidos políticos) y lo normativo-discursivo (la esfera pública), que las mismas encuentren a diario el desafío de la sobrevivencia estratégica y la legitimidad política. No hay que olvidar tampoco que, como en el caso de otros partidos y movimientos culturales y políticos, la gente de la izquierda tradicional agrupada en torno a la URNG así como sus simpatizantes tienen, como miembros/as de un Estado nacional en procesos de democratización, como ciudadanos/as participantes en una República incipientemente democrática, el derecho civil y político de darle continuidad a sus propias tradiciones políticas, formas de organización y lucha así como su lenguaje cultural y político.

¿Pero qué pasa cuando la continuación acrítica de ciertas tradiciones culturales y políticas, ciertos estilos de organización y ciertos lenguajes culturales y políticos de la izquierda tradicional se tornan contraproducentes para la propia reconstrucción de ésta izquierda, ya no digamos para el desarrollo de otras izquierdas posibles o, más generalmente, para el desarrollo democrático de la República?

¿Qué pasa cuando la libertad de continuar con una tradición política particular implica en la práctica y en el discurso, la negación de los derechos civiles y políticos mismos sobre la que descansa, fundamentalmente, esa misma tradición política como su condición primaria de posibilidad?

¿Qué hacer cuando un proyecto de izquierda tradicional impide, debilita, bloquea o sabotea el desarrollo de otras izquierdas posibles?

¿Qué pasa cuando los imperativos sistémico-estratégicos de sobrevivencia, influencia y estrategia política del "partido" sobrepasan y, de hecho, subsumen y desfiguran los imperativos democrático-discursivos del "movimiento" cultural y político que sirve de soporte al partido y hasta entran en contradicción el uno con el otro al interior o afuera de la misma organización amenazando, con su explosión, a toda la constelación de fuerzas de izquierda existentes o posibles, y poniendo en peligro con ello el proyecto de construcción de una izquierda integral posible como un todo?

¿Cómo deben de responder a estos peligros o amenazas actores civiles políticos, organizacional y políticamente autónomos, que buscan fomentar la tolerancia política, la diversidad ideológica y el pluralismo cultural, como condiciones de posibilidad de su propia existencia, desde una esfera pública democratizante?

¿Cómo debe responder una sociedad civil incipiente a fuerzas políticas de izquierda sistémico-estratégicas que, por las exigencias de su identidad estratégica, enfatizan y fomentan, en la práctica y en el discurso, la intolerancia, el dogmatismo y el monoculturalismo?

¿Cuál debe ser la relación entre la sociedad civil y las fuerzas plebeyo-populares que enfatizan el lenguaje de los derechos sociales y que a menudo se comportan como clientelas cautivas de la izquierda tradicional?

Estas y otras preguntas nos sitúan en el terreno de las lógicas culturales diferentes, los lenguajes políticos alternativos y los proyectos políticos posibles que encontramos en el centro del drama político que hoy se vive en la República. La tragedia cómica que observamos en las fuerzas de la izquierda nacional durante el proceso electoral del año 2007, depredándose las unas a las otras y con ello trivializando sus propias tradiciones y desfigurando sus respectivos sueños, demuestra mas allá de toda

duda, que si los dilemas de la construcción de una izquierda democrática tienen resolución alguna, la misma yace solamente en una imaginación creativa, alternativa y sin miedo del futuro.

La continuidad acrítica e incluso doctrinaria de la cultura y política revolucionaria tradicional, sin embargo, ha afectado el proceso de reconstrucción de la vieja izquierda revolucionaria misma, así como todo el proceso de construcción de izquierdas posibles en el contexto de la esfera pública presente.

La continuidad acrítica e incluso doctrinaria de la cultura y política revolucionaria tradicional, sin embargo, ha afectado el proceso de reconstrucción de la vieja izquierda revolucionaria misma, así como todo el proceso de construcción de izquierdas posibles en el contexto de la esfera pública presente. Para entender esta conclusión sin duda severa, aparentemente antipática, es preciso poner el comportamiento político de la izquierda tradicional, aunque sea brevemente:

(1) En el contexto amplio de la transición cultural y política que ha venido ocurriendo en Guatemala desde mediados de los años 1980 y, al interior de este proceso, en el contexto del significado del “enfrentamiento armado interno” y del giro ideológico-político en el pensamiento revolucionario mismo, así como la práctica de la izquierda revolucionaria alrededor del mundo desde un poco antes, pero definitivamente desde después, de la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría. La transición de la izquierda no debió ser solo cuestión de adaptar viejas ideas a un nuevo contexto práctico con condiciones nuevas sino que debió ser, enfáticamente, una verdadera transformación de las ideas mismas.

Pero, aunque la izquierda tradicional haya efectivamente sufrido una crisis de conversión política después de la transición, hay sin embargo que poner el comportamiento político de la izquierda tradicional:

(2) En el contexto particular de la dinámica contribución histórica de la izquierda tradicional al desarrollo político de la República en general. Por un lado, la izquierda tradicional tanto como movimiento revolucionario y ahora como partido político sistémico-estratégico, ha enfrentado todo proceso político electoral de la transición como algo extraño, claramente fuera de su control y sobre el cual la misma ha querido ejercer influencia indebida, injustificada y mucho menos reconocida por otras fuerzas igualmente sistémico-estratégicas con fines similares. En todo proceso electoral desde el inicio de la transición, la izquierda tradicional ha visto disminuir crecientemente su tradicional grado de influencia sobre otras expresiones de izquierda revolucionaria o multitud popular. Sin embargo, hay elementos importantes de la tradición de izquierdas que hoy sirven de fundamento y que han dado cierto impulso a una dinámica de construcción de izquierdas múltiples, descentralizadas, postleninistas, fuertemente vinculadas a una ciudadanía de izquierda y a la construcción de una esfera pública democrática.

Finalmente es preciso ver:

(3) En qué sentido los elementos anteriores están vinculados también a un proceso acelerado y vertiginoso de fragmentación en que las izquierdas -tanto la tradicional como algunas expresiones nuevas de izquierda- han caído, justo en el momento en el cual lo opuesto debería haber ocurrido, el proceso igualmente preocupante de debilitamiento, fragmentación e, incluso, en algunas instancias, la desconstrucción de la sociedad civil emergente, lo que ha implicado la parcelación de la soberanía popular en su forma contemporánea.

En efecto, el rumbo dificultoso, contradictorio pero también problemático que ha tomado la vieja izquierda revolucionaria en el contexto de la nueva esfera pública de la República post 1996, tanto en su relación con “las bases” como en su dinámica en el sistema de partidos políticos, así como en su papel dentro de las instituciones de gobierno en las que la misma ha participado oficialmente como izquierda -por ejemplo el Congreso de la República- se revela en aspectos que es preciso analizar con detenimiento.

En base a estas consideraciones sobre el significado del proyecto revolucionario tradicional y de las distintas alternativas de izquierda del presente, este ensayo procede a reflexionar, en dos partes, sobre el significado del concepto de soberanía popular y, de hecho, a reformularlo con ayuda del concepto de sociedad civil. El impacto de la nueva esfera pública, traslapada como la misma está con el sistema electoral, sobre la naturaleza y dinámica de la soberanía popular, también será examinado.

Conflicto de interpretaciones

Cualquier significado que pueda dársele a la transición de la izquierda revolucionaria tradicional de

la lucha armada a la vida legal y política de la República, y el papel que la misma ha cumplido dentro de la nueva esfera pública depende, en parte, de un trabajo de interpretación o de una hermenéutica histórica delicada. Como mínimo, este ejercicio interpretativo tiene que considerar las condiciones previas a la transición democrática, es decir, al período del llamado “enfrentamiento armado interno”, el proceso de “desarme de las utopías” que han experimentado las izquierdas revolucionarias después de la Guerra Fría, así como la transición de la izquierda revolucionaria de la clandestinidad a la legalidad política. La interpretación que le demos a estos eventos complejos, entonces, tiene implicaciones para el entendimiento que tengamos de la práctica política del presente⁵. Nótese, también, que la interpretación que aquí hago de todo esto debe entenderse **como una crítica de la filosofía política e histórica de la izquierda** y no como una historia empírica o intelectual de la misma que, a mi juicio, ya ha sido hecha y que no hay necesidad de repetir⁶.

La izquierda revolucionaria tradicional guatemalteca, como parte de una tradición de izquierda latinoamericana inspirada en una lectura particular de la tradición marxista-leninista, ha insistido por mucho tiempo en comprender el “enfrentamiento armado interno” como algo que resultó de una dinámica con profundas raíces históricas fundamentadas en la exclusión económica, el racismo y el autoritarismo de las elites oligárquicas tradicionales; como una dinámica también de tipo “estructural”, es decir, vinculada con una estructura agraria altamente desigual, un capitalismo subdesarrollado y periférico, y una generación de riqueza concentrada en muy pocas manos; y, finalmente como una dinámica política que debe entenderse, fundamentalmente, como una lucha de clases sociales definida a partir de la propiedad o el control efectivo de los medios de producción, en particular la tierra, tal y como este control se perfiló desde la colonia y se afianzó desde la Reforma Liberal. Por todas estas razones, el enfrentamiento armado interno debe ser entendido como un producto de una dinámica histórico-estructural independiente de cuestiones ideológicas contingentes o de interpretaciones académicas todavía aparentemente más distanciadas de “la realidad.”

Si la entendemos como expresión de una filosofía política e histórica particular, esta visión determinista de las causas del enfrentamiento armado resulta de la aplicación consciente o inconsciente de una filosofía de la conciencia -es decir una versión específica, doctrinaria, de marxismo-leninismo-, una filosofía que enfatiza una cierta racionalidad histórica susceptible de autoconocimiento, en cuyo corazón late la presencia de un sujeto colectivo en proceso de avance y en busca de su liberación y que, en la práctica, se identifica con la categoría de “El Pueblo”. El Pueblo, en tanto que sujeto portador de cierta racionalidad histórica y cierta identidad colectiva, es pues un sujeto capaz de conocerse a sí mismo por medio de la toma de conciencia revolucionaria y, al mismo tiempo, es un sujeto que, visto desde esa conciencia revolucionaria, se encuentra en proceso de levantamiento y revolución. Debido a que los “hombres”, los pueblos, hacen la historia pero no la hacen bajo condiciones que ellos mismos han escogido, la tarea histórica de los pueblos es pues buscar la creación de “condiciones adecuadas” para lograr la transición de una esencia revolucionaria en una existencia revolucionaria, de un pueblo revolucionario a un Estado revolucionario y de una clase oprimida a una clase hegemónica.

Aunque la lucha por los derechos sociales dista mucho de ser equivalente a la lucha por la revolución o el “socialismo”, la misma por lo menos puede contribuir a crear las condiciones dentro de las cuales se hace más posible aproximarse al momento de la “toma del poder” que sin esa lucha. En palabras del Frente Nacional de Lucha (FNL):

Nuestro pueblo es dueño de derechos y no está dispuesto a renunciar a ellos. Nuestro pueblo sabe que respetar y hacer cumplir cada uno de esos derechos es una obligación del Estado, según lo mandatan la Constitución Política y las leyes vigentes. Sabe, también, que la defensa de esos derechos sólo proviene desde la izquierda mientras que, por el contrario, las derechas sólo buscan cómo acabar con ellos⁷.

De igual modo, nos dice el mismo grupo,

En Guatemala todo lo bueno que existe en términos de políticas públicas ha habido que conquistarlo en la lucha. Cada logro en beneficio del pueblo ha sido necesario

5. Aquí lo que parece contradecir la tesis del “desarme de las utopías” es, por supuesto, el ejemplo de lo que está ocurriendo en Bolivia y Venezuela y de lo que ha venido ocurriendo en Cuba desde el derrumbe de la Unión Soviética.

6. Las reflexiones político-filosóficas sobre el papel de la izquierda en el proceso de transición democrática y, de igual modo, sobre las varias interpretaciones que puede dársele al “enfrentamiento armado interno” que aquí propongo, no pretenden invalidar la historia empírica que de la izquierda revolucionaria nos ofrece, por ejemplo, el comprensivo reporte final de la Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH), “Guatemala: Memoria del Silencio”, párrafos 364-358, pp. 122 -193. Las reflexiones que aquí propongo tienen más bien la intención de ofrecer una interpretación de la izquierda tradicional desde un punto intelectual, filosófico, crítico pero también immanente.

7. Ver el documento del FNL titulado “Como pueblo que somos, ¡Le vamos a la izquierda! Posición del Frente Nacional de Lucha – FNL – de cara al actual proceso electoral”. En este ensayo, ésta y otras citas al FNL se refieren a éste documento.

arrebatarlo a los sectores egoístas y codiciosos que han tenido siempre la sartén por el mango. Y, para alcanzarlo, ha habido que luchar.

Y esto es así porque los derechos sociales (el trabajo, el salario, la salud, la educación, la seguridad, las pensiones, los servicios públicos como el agua potable, la electricidad, el transporte público y hasta la telefonía, etc.) parecen estar directamente vinculados con las "condiciones materiales" que afectan el desenvolvimiento histórico del pueblo, así como la toma de conciencia de los elementos más esenciales del mismo.

Bajo las premisas de esta filosofía política e histórica, entonces, la izquierda revolucionaria tradicional adoptó la vieja noción de la autodeterminación política colectiva centrada en la idea del derecho de rebelión de los pueblos ante gobiernos tiránicos o, lo que es lo mismo, la idea del "pueblo en armas". Debido al carácter generalmente "espontáneo" de la acción popular colectiva, el pueblo debe ser dirigido por una elite de profesionales revolucionarios "consecuentes" e "indesviables", en el sentido de que, aunque la revolución constituye en última instancia un acto llevado a cabo por un sujeto co-lectivo y singular, el mismo sin embargo se puede conocer a sí mismo y sus verdaderos "intereses" así como sus verdaderos "aliados", solamente por medio de la conciencia revolucionaria facilitada por el trabajo de líderes especiales, que busca, por medio de un programa revolucionario sistemáticamente desarrollado, la realización de su esencia ético-política dentro de una comunidad concreta de connacionales que se dan a sí mismos algo así como un contrato social revolucionario en la forma de una "dictadura del proletariado," una "revolución popular" o, para usar lenguaje más reciente, una "República Bolivariana" en "transición al socialismo".

Esta versión revolucionaria de la soberanía popular ha servido en Guatemala, desde por lo menos mediados del siglo XX, para fundamentar el argumento de la "falta de espacio" para el trabajo legal de la izquierda o del pueblo convocado y dirigido por la misma⁸, así como para fundamentar la opción revolucionaria por la lucha armada o por los métodos populares de confrontación del Estado y las políticas públicas entendidas, por mucho tiempo, como un ejercicio cínico de control o manipulación de las masas populares que nunca pueden tocar las "causas estructurales" de los problemas o conflictos sociales. La revuelta de las masas populares, entonces, es la expresión empírica de un sujeto histórico en proceso de "concientización", de levantamiento y de lucha por sus "derechos", pero esta expresión había que conducirla por el sendero adecuado a no ser que la misma cayera en las trampas ideológicas y los ofrecimientos falsos de los partidos políticos de derecha, los "voluntarismos de izquierda" o los "oportunistas" de la disidencia⁹. Por sí solo "El Pueblo" no puede hacer una revolución. "El Pueblo" tiene que ser liderado y ese liderazgo habría de proveerlo, precisamente, el "destacamento armado de la clase obrera", el "partido revolucionario de nuevo tipo", el "ejército guerrillero de los pobres", la "vanguardia revolucionaria del pueblo", "las fuerzas armadas rebeldes", las "fuerzas populares de liberación", el "ejército de liberación nacional" o, solo para agregar otro nombre familiar mas, la "organización revolucionaria del pueblo en armas".

El discurso revolucionario arriba descrito brevemente, sin embargo, ha estado sujeto a críticas duras ya desde el contexto de la Guerra Fría y, más aun, después de la misma.

Visto desde otra perspectiva, el "enfrentamiento armado interno" no fue inevitable sino contingente, no representó "objetivamente" el ascenso de una clase, coalición de clases, "El Pueblo" o el sujeto revolucionario al punto de casi tomar el poder¹⁰ y tampoco representó, contrario a la narrativa revolucionaria, la marcha de un sujeto colectivo liberador en búsqueda vicaria de la liberación nacional para todos. Solo puede hablarse de un "ascenso de clase" o de una "marcha histórica liberadora" dentro de un marco categórico interpretativo que predetermina la percepción que tengamos o que podamos tener de la "realidad." Al contrario, el "enfrentamiento armado interno" dependió, en gran parte, de un proceso político complejo pero contingente cuyos actores centrales, tanto individuales como

8. Esta versión del "cierre de los espacios" políticos también la podemos encontrar en el reporte final de la CEH. Allí leemos: "A partir de 1962 la dinámica contrarrevolucionaria encaminó al país hacia una profundización del autoritarismo y de la exclusión histórica, recurrió a la militarización del Estado y a la violación de los derechos humanos bajo la adopción de la Doctrina de Seguridad Nacional." (Párrafo 368, p 123). "La tradición dictatorial ha impreso una huella muy fuerte en la cultura política nacional y ha significado el cierre continuo de espacios de expresión y participación política por parte de la ciudadanía" (p94). ¿Ciudadanía en la década de los 60s? Solo si hablamos de una ciudadanía entendida de manera puramente formal y de una práctica ciudadana reducida a la organización de elecciones limpias, transparentes y competitivas, con chance real de que una oposición de izquierda radical pueda ganar las elecciones, todo lo cual correspondería hasta cierto punto con una versión dahliana de ciudadanía y de democracia electoral. Pero aun esta versión calificada de ciudadanía es cuestionable como una realidad cultural (subjctiva) en los 1960s-70s.

9. No hay que confundir la opción preferencial por un curso violento de lucha política con la "opción preferencial por los pobres" de que nos hablaban ciertos teólogos de la liberación. Esta última idea era y sigue siendo perfectamente compatible con formas civiles, tolerantes y democráticas de lucha, incluso en el contexto contemporáneo, aunque no haya sido esa la lectura que dicha idea recibió en la Latinoamérica de los años 60s-80s debido, en parte, al impacto indudablemente inspirador y significativo tanto de la Revolución Cubana como de la Revolución Sandinista.

10. Esto no quiere decir que, en términos exclusivamente militares, la URNG no haya alcanzado una posición de fuerza relativa a principios de los años 80s.

colectivos e institucionales, se tornaron ideológicamente duros y ciegos unos con respecto de los otros, actores que estaban armados con discursos políticos altamente distorsionados y desconstructores, que hicieron imposible la búsqueda de alternativas pacíficas y democráticas en la práctica pública, y que cerraron los espacios públicos para formas alternativas de reconocimiento mutuo¹¹.

La búsqueda de alternativas políticas o de espacios alternativos de reconocimiento mutuo no se podía agotar, ni hace tres décadas como tampoco en el presente, en la simple búsqueda de oportunidades para una organización popular de choque o para participar legal y efectivamente, pero con agendas obviamente antitéticas y poco razonables, en procesos electorales militarmente tutelados o corporativamente mediatizados sin posibilidad realística alguna de autorenovación. Las cosas hubieran podido ser diferentes, sin embargo, si como parte de las condiciones iniciales de existencia de la izquierda, en su discurso y su práctica, hubiera existido un compromiso práctico y normativo con la tolerancia política, la resolución pacífica de los conflictos y los procesos democráticos de reconocimiento mutuo, mas acá y mas allá de los procesos electorales, como de hecho era y sigue siendo históricamente posible. Si las condiciones discursivas y practicas iniciales de la izquierda hubieran sido diferentes, lo que podía haber sido el caso de modo relativamente independiente de lo salvaje del régimen militar, entonces la "falta de espacio" político para la organización pacífica pero democrática y hasta para la participación electoral consciente de sus propias limitaciones, hubiera sido solamente un obstáculo contingente y no estratégico, de corto plazo y no permanente, para la búsqueda de "otros mundos posibles" desde el interior de un mundo indeseable.

Si el argumento anterior no estuviera bien encarrillado, entonces no habría más remedio que concluir lo siguiente: dada la imposición de una "visión de país" neoburguesa y neoliberal compartida en común, aunque bajo diferentes modalidades, por los partidos políticos que han encabezado el proceso de transición desde su comienzo; dado el modelo de economía neoexportadora y extractiva con poquísimas inversiones en el llamado "capital social", que se ha venido construyendo desde los años 1980 y que se institucionalizó definitivamente con el Tratado de Libre Comercio (TLC) firmado en 2006 y en vigencia desde 2007; dada la exacerbación de los conflictos sociales -ejemplificado, entre otros fenómenos, por la ola de criminalidad y el auge tanto de las llamadas "maras" como del crimen organizado, como formas paralelas de sociabilidad y gobierno- y el resquebraje de los modelos comunitarios tradicionales de vida sin alternativas viables -ejemplificado, entre otras cosas, por la continuidad de los linchamientos, el derrumbe de la autoridad municipal en muchas comunidades y los procesos intensificados de migración al exterior y hacia la ciudad capital-; finalmente, dada la creciente incapacidad de la izquierda y sus clientelas populares de tener un impacto tangible y sostenible en el curso de la transición, sus divisiones e infantilismos, y sus fracasos electorales rotundos, incluyendo los resultados de las presentes elecciones generales de 2007; dadas todas estas condiciones presentes, el proceso de transición democrática está bajo una amenaza más insidiosa y más peligrosa que la que existió bajo los regímenes militares desarrollistas de los años 1960 y 1970.

No se trata de una amenaza que pone en peligro la mera libertad de organizar formas radicales de protesta y oposición, sino de una amenaza más profunda que pone en peligro estratégico el propio proceso de desarrollo humano, que es lo que hace posible la sostenibilidad de cualquier forma democrática de política, incluyendo las protestas civiles y la oposición democrática. Todas estas condiciones amenazan con acabar, de una vez por todas, con un proceso de transición democrática tolerante y participativo, y amenazan con desatar una caja de pandoras más terrible y destructora que la que se desató con los golpes militares de 1954, 1963 y hasta el de 1982. Una diferencia esencial entre el peligro del presente y el peligro del pasado es que, en el presente, son las comunidades mismas las que, de modo hegelianamente dialéctico, resultan envueltas en procesos de autodestrucción, automarginación y autoempobrecimiento cuyos síntomas son visibles por doquier y cuyas consecuencias sociales se asemejan a las consecuencias fisiológicas de la polio, aunadas a las condiciones mentales de la demencia.

Si el argumento anterior no estuviera en el carril correcto, entonces, no habría remedio más que concluir que en el presente histórico de Guatemala no habría otra alternativa más que regresar a la lucha armada una vez más, debido a la falta de cuadros suficientes, bajo la tutela de elites revolucionarias profesionales. Por fortuna esta conclusión es de nuevo teórica y prácticamente equivocada.

Vista desde esta óptica histórica, que también supone por supuesto una filosofía política alternativa, la "pacificación" de Guatemala en la última década del siglo XX puede verse como la pacificación de un conflicto ideológico-militar "entre dos ejércitos" que nunca fue inevitable, que fue el resultado

11. La izquierda tradicional apunta siempre al cierre del espacio político electoral durante la administración civil pero militarmente tutelada de Méndez Montenegro en 1966-1970 como el momento crucial de giro en la estrategia de lucha. De allí en adelante, se argumenta, no había otra opción de lucha política más que la lucha armada. Esto, sin embargo, es cuestión de interpretación y no de hechos históricos dados o posibles.

de opciones tomadas por grupos determinados con proyectos políticos típicos pero no exclusivos de la época, y que más bien debe enmarcarse dentro de la lógica dialécticamente totalizante y excluyente de una Guerra Fría que fue intensificada dentro del Estado nacional debido, entre otras cosas, a las tradiciones vernáculas caudillistas, las tradiciones machistas de resolución de conflictos por medio de los golpes y las pistolas, las tradiciones religiosas dogmáticas e intolerantes así como, sin duda alguna, por las contradicciones estructurales que, además de distorsionar el desarrollo humano de manera inmanente, innegablemente eran parte del proceso histórico en cuestión y contribuyeron, por sus propias dinámicas, a dramatizarlo y polarizarlo¹².

La izquierda revolucionaria y la evolución política de la República

Como resultado de una participación electoral problemática, organizada y manejada de manera altamente cuestionable pero, sobre todo, conceptualizada de manera disfuncional con respecto del sistema electoral y la nueva esfera pública, la resultante presencia oficial de la izquierda en el Congreso de la República ha sido la presencia de minorías legislativas que, además de tener un problema de organización, representación y funcionamiento serio, se han visto encima de todo ajetreadas y desgastadas por luchas, divisiones, persecuciones y depredaciones entre ellas mismas y que, como resultado, han ejercido mucho menos influencia de la que pudieron haber ejercido “en unidad” sobre las agendas legislativas más importantes y, sobre todo, sobre las políticas públicas de mayor impacto provenientes del Ejecutivo.

Otra consecuencia del desplome, resquebraje y mutua depredación de la izquierda en el nuevo contexto electoral y en la nueva esfera pública, ha sido que de lo poco que ya le era posible hacer a las fuerzas diminutas y aisladas de las izquierdas en el Legislativo, las mismas no han ni siquiera podido constituirse en una voz moral crítica con clara capacidad de engarzar la voluntad política de otras fuerzas afines en el Congreso o de fuerzas sociales más amplias pero fraternales fuera del mismo.

Es cierto que el trabajo legislativo de alguna gente de izquierda en el Congreso ha tenido ciertos logros hasta cierto punto desproporcionales en áreas como el gasto público en la defensa nacional. Pero vista como un conjunto, tanto la vieja izquierda revolucionaria como las nuevas versiones de izquierda con representación legislativa han sido, en general, incapaces de detener o limitar desde este Poder del Estado, solas o con sus alianzas coyunturales de conveniencia, una tendencia crecientemente neoburguesa, tecnocrática y clientelista por parte de los bloques mayoristas en el Legislativo vinculados a las élites neoburguesas en el Poder Ejecutivo y a sus políticas públicas.

Los fracasos de la izquierda como oposición en el Congreso de la República están vinculados no solamente a las dinámicas internas del Legislativo sino también a ciertos problemas que la izquierda tradicional ha experimentado en el nuevo medio electoral mercantilizado y en la nueva esfera pública “liberalizada” después de 1996. En el medio electoral minimalista pero profundamente competitivo y estratégico contemporáneo, que hay que admitir ha sido hostil y poco auspiciante para los discursos de cualquier tipo de izquierda, se han reforzado los patrones de comportamiento político tradicional y más problemáticos de la vieja izquierda revolucionaria.

Afuera del Legislativo pero en el contexto de la nueva esfera pública, los varios intentos de reconstrucción y unificación que la vieja izquierda revolucionaria ha iniciado desde su irrupción en la nueva esfera pública han dado lugar, casi de inmediato, a un divisionismo ideológico interno y amargo así como a la disputa y depredación entre las distintas expresiones de izquierda, por una misma base de votos populares que ya ha durado más de una década y que, como lo ha demostrado el proceso electoral del año 2007, no parece estar en proceso de resolución en la coyuntura presente.

Como es bien sabido, el medio electoral del presente está caracterizado por dinámicas políticas competitivas y polarizantes, por el surgimiento de fuerzas y movimientos políticos ideológica y organizativamente diversos, por patrones de movilización que responden a lógicas que ya no pueden reducirse a cuestiones puras de clase o etnia, por patrones de comunicación pública y discursiva que han caído inevitablemente en la vorágine del mercantilismo, la telenovelización y la digitalización, por una fluidez atolondrante en donde cuestiones de apariencia, imagen, sonidos y “pegue” efectivo y atractivo

12.El trasfondo teórico de estos argumentos proviene, entre otros, de los siguientes autores: Charles Tilly (particularmente sus conceptos de proceso y contingencia), James Mahoney (particularmente su concepto de coyuntura crítica), Franz Hinkelammert (particularmente sus conceptos de guerra total e ideologías del desarrollo totalizantes), e Yvon Lebot (particularmente su idea del “conflicto armado interno” en Guatemala como un conflicto entre dos ejércitos).

se convierten, para bien o para mal, en las cuestiones que perfilan el gusto de los/as consumidores electorales quienes deciden, bajo el efecto deslumbrante de una escena electoral mediatizada, quiénes van a gobernarlos por los próximos cuatro años. Sin duda que se trata de un sistema electoral crudo, entorpecedor y distorsionante, pero es también el único sistema a nuestra disposición y el único, hasta donde nosotros sabemos, con un potencial genuino de automejora y con la capacidad de motivar políticamente a la ciudadanía¹³.

Pues bien, en el nuevo contexto electoral y, más ampliamente, en la pluralidad y diversidad que caracterizan a la nueva esfera pública democrático-discursiva, hay que considerar que:

a) Los viejos referentes ideológicos y organizativos de la izquierda se han evaporado y todo lo que era programáticamente sólido e ideológicamente certero para la izquierda antes de la transición política, ahora ha perdido mucha capacidad de compra dejando de apelar incluso a miembros/as de grupos subalternos y a las generaciones más jóvenes. Esto a pesar del hecho que, todavía a menudo, representantes de grupos y multitudes populares o de la izquierda tradicional siguen creyendo en la existencia de "una izquierda auténtica" que expresa "las necesidades básicas de una población" porque está en contacto con "el propio pueblo y con sus organizaciones." Esto se ha convertido ahora en una mera creencia pueril, de la misma categoría y nivel que las creencias religiosas, y por su carácter de doctrina comprensiva fuente de continua intolerancia política y de conflictos violentos.

b) Justo cuando la vieja izquierda revolucionaria debería haber renovado sus referentes ideológicos, la misma en cambio decidió sacar su imaginario social y político de un pasado cuya interpretación misma está hoy más que nunca sujeta a la argumentación y cuyo significado, sin duda, ha dejado de tener validez indiscutible ante amplios sectores de la juventud y la sociedad del presente, así como ante un número creciente de grupos culturales, políticos e intelectuales autónomos, o simplemente no tiene la certeza de una verdad apodíctica como antes la tuvo.

Aunque haya grupos ideológicamente supeditados a la izquierda tradicional que sigan insistiendo que "hay que rescatar el espíritu de la Revolución de Octubre" y que "todavía hoy, más de cinco décadas después, el pueblo recuerda con nostalgia y añoranza aquellas épocas de primavera", la evidencia que tenemos de las tendencias históricas y la evolución política de la República y su sistema electoral, por lo menos desde el inicio de la transición, demuestran que año con año hay menos gente que se siente endeudada con los ideales de la Revolución de Octubre aunque sí valoren, por sus propias razones, las instituciones públicas que todavía quedan de la misma y de las cuales, les gusten o no, dependen hoy más que nunca.

Elección tras elección también demuestran que de frontera a frontera y de costa a costa, "El Pueblo" sigue escogiendo a líderes caudillistas, populistas y clientelistas aunque este mismo pueblo, elección tras elección, cien o doscientos días después de la elección, pare desilusionado con los sucesivos gobiernos de las derechas y, a la hora de las nuevas elecciones, "El Pueblo" parezca estar dispuesto a darles la espalda y optar masivamente por una opción de izquierda.

c) Justo cuando la izquierda debería haberse dado a la tarea ardua de imaginar otro futuro posible y deseable, de manera creativa, la misma se volcó con veneración supersticiosa ya sea al legado octubrista del pasado o al sueño bolivariano de otras latitudes, y lo hizo para tratar de rescatar una vez más su utopía y proyectarla una vez más al futuro en la forma de "otro mundo posible". Por ello es que se escucha a alguna gente decir, como ocurrió en el proceso electoral recientemente concluido, que "esta vez la población ha tomado conciencia y le va a la izquierda. Así ha ocurrido ya en otros países de América Latina y ocurre ya aquí también"; con cierta confianza representantes de la izquierda afirmaron durante el proceso electoral, sin ningún respeto por las tendencias electorales de la República, que la hora de la izquierda ha llegado a Guatemala precisamente porque hay una "ola de izquierda que se está produciendo en el sur del continente y en el norte y en nuestras barbas."

En lugar de apreciar el carácter profundamente contingente de las luchas políticas, la necesidad de capacitar a muchísima gente para operar en la nueva esfera pública, la necesidad de prepararse para participar en un proceso electoral que castiga la confianza injustificada y la necesidad de construir una izquierda democrática empezando con la autocrítica, la izquierda tradicional y sus clientelas vieron al proceso electoral como una comedia de errores, como una tragedia por el momento inescapable, como un show farisaico en el que forzosamente hay que participar, entreteniéndolo la ilusión de un avance histórico que, por encima de las lógicas políticas y electorales contingentes, barre por todo el continente y necesariamente también va a llegar a Guatemala. La izquierda tradicional prefiere aportar a la lógica de la necesidad histórica y no a la lógica contingente y necesariamente comunicativa de las luchas políticas en el mundo contemporáneo.

13. Este punto se lo debo a George Monbiot, *Manifiesto for a New World Order*, Londres: The New Press, 2003, pp. 45-46.

d) En lugar de cobrar conciencia de su falta de conexión con el presente y de lo selectivo y problemático de su relación –como, de hecho, de cualquier relación– con la “primavera” guatemalteca, la izquierda decidió esconder todo esto en sus armarios ideológicos autovalidadores y aparentemente inmunes a la crítica o en armarios ideológicos ajenos, como es hoy el proyecto bolivarianista, cuyas dinámicas propias responden a contingencias históricas irreproducibles en Guatemala. A pesar de ello, tal y como la vieja izquierda guatemalteca en tiempos de la Guerra Fría y siguiendo el ejemplo cubano hablaba de llegar al socialismo por medio de la lucha armada, hoy la izquierda tradicional quiere entender su posible acceso al poder como una “transición democrática hacia la construcción del socialismo”, tal y como estas ideas se manejan ahora en Venezuela y, en menor medida, Bolivia.

La izquierda opta por renunciar a la creatividad que la situación local, el presente y un compromiso profundo con los principios democráticos demandan a cambio de recetas políticas del pasado o de otras realidades que, en lugar de rechazarlas o aceptarlas a priori, tendrían que estar sujetas a un proceso abierto y tolerante de argumentación pública sin coerciones, amenazas o miedo sabiendo que, al final del proceso, bien puede ser que sean los argumentos de la izquierda misma los que salgan derrotados.

En lugar de buscar los medios de recoger la voluntad generada desde una soberanía popular reformulada en términos de una sociedad civil democrática y comunicativa, la izquierda opta una vez más por ofrecer recetas políticas generadas a priori, insólitamente, por intelectuales “consecuentes”, gente que aunque sí pueda pasar una o dos noches en los pueblos sencillos del interior, comer tortillas y frijoles en las covachas de la gente sencilla de la República o asistir a los ritos públicos tradicionales del panmayanismo contemporáneo, es sin embargo incapaz de operar en la vorágine de la contingencia política y la descentralización discursiva y abierta que define crecientemente a la esfera pública sin apelar al dogmatismo ideológico que sacan de su propia filosofía de la historia.

e) Finalmente, entonces, en lugar de seguir el consejo de Marx en cuanto a dejar que “los muertos entierren a sus muertos”, lo que en el contexto local y regional puede muy bien significar dejar que Arévalo y Arbenz entierren a Martí y a Bolívar, la izquierda quiere resucitarlos y convertirlos en santos patrones de veneración continental.

Lo que no ha podido hacer la izquierda, debido en parte a que por mucho tiempo lo ha desdeñado y trivializado como simple expresión de un “individualismo burgués”, es apelar a una ciudadanía movilizadora autónoma y democrática y motivarla a imaginar, sin contenidos precocinados, otro mundo deseable. Hablar de “Pueblo” no es lo mismo que hablar de ciudadanía. Pero hablar de ciudadanía, sociedad civil y de derechos civiles –que incluyen, por cierto, a muchos de los derechos de las mujeres y los grupos indígenas– parece haber estado fuera de la capacidad discursiva y moral de la izquierda tradicional y “sus” organizaciones de la multitud popular, en parte porque estos grupos ha contribuido enormemente a la neutralización de las energías autónomas de la ciudadanía emergente y a la parcelación de la fuerzas que, debidamente motivadas, pueden reconstituir la soberanía popular en forma de una sociedad civil y solamente dentro de un marco civil de reconocimiento mutuo, es decir, un marco civil de legitimidad justificada y fundamentada.

Es cierto que los grupos neoburgueses que han presidido los últimos gobiernos civiles de la República han tratado al Estado nacional como si fuera su propia finca. Pero es igualmente cierto que dentro de esta finca, la relación que la izquierda tradicional quiere establecer con lo correctamente ideológico y con la única estrategia para salir de la finca o destruirla, es igual a la relación que tiene un capataz amargado y autoritario tanto con el dueño de la finca como con los mozos sumisos e impotentes.

f) Finalmente, el comportamiento electoral de la izquierda exhibe una paradoja interesante como pudo observarse en el proceso del presente año 2007. La izquierda revolucionaria tradicional, ya desde la clandestinidad, estaba acostumbrada a patrones de comportamiento adoptados precisamente para garantizar la sobrevivencia propia, la integridad y predominancia de la organización así como el logro de fines estratégicos, entendido esto último en términos de una acumulación de fuerzas templadas por el realismo ideológico característico de fuerzas políticas de izquierda en el mundo contemporáneo.

En teoría, estos patrones de comportamiento y esas pautas ideológicas podrían haber sido importados a la nueva arena política electoral con cierta facilidad y hasta con ciertas ventajas por encima de otras opciones políticas que no han tenido tiempo suficiente para afilar sus cuchillos políticos y desenfundar sus machetes ideológicos en preparación para la zafra electoral. Sin embargo, para usar una metáfora del mundo de los deportes, lo extraño es que ya en el contexto de “las ligas mayores”, el equipo de la izquierda se ha quedado corto tal y como perennemente le ocurre a las selecciones

nacionales de fútbol en las fases clasificatorias para la Copa Mundial. Parafraseando la vieja expresión de Shakespeare podríamos decir que la vieja izquierda tradicional causa mucho ruido antes de los procesos electorales pero siempre resulta con pocas nueces.

En un medio electoral mercantilista que premia y patrocina el comportamiento estratégico, competitivo, ideológicamente polarizado y distorsionado, un medio en el que prevalecen los lenguajes políticos autoreferenciales y mutuamente invalidantes y en donde, de haber cooperación, la misma existe en función de la expansión o división en las cuotas de influencia o de poder, la izquierda tradicional ha fracasado. Porque se trata de un medio político en el que no basta con pelar los dientes para asustar a los adversarios o gritar más duro una lista de fórmulas precocinadas -como se hace desde algunos pulpitos religiosos- para tocarle el corazón a gente pensante. Este es un medio que exige sobre todo enormes capacidades políticas especializadas, enormes recursos financieros e infraestructuras institucionales y políticas adecuadas. Entre más marginal sea una opción política, por muy ruidosa que la misma sea, más desarrollados tienen que ser estos elementos estratégicos.

Al mismo tiempo, precisamente porque hacen falta estos elementos es que las opciones políticas de la izquierda son incapaces de enfrentarse, sobre bases equitativas, a opciones políticas estratégicas pero con apoyo u organizadas directamente por sectores corporativos. En cierta forma hay que reconocer que la arena política contemporánea se distingue, entre otras cosas, por demandar de los varios partícipes en la misma, el tipo de vicios y artimañas que ya Hobbes describió en una ocasión como un sitio donde se lleva a cabo una "guerra de todos contra todos" y en donde, como una maquinaria perversa, los vicios privados se convierten en virtudes públicas. Este es un medio electoral que, aparte de demandar recursos humanos, financieros e institucionales que la izquierda no tiene, también exagera elementos que la izquierda sí ha tenido en abundancia, es decir, supremacismo ideológico y hegemónico político. En este contexto político altamente descentralizado pero también mediatizado por el mercantilismo electoral, todos los grupitos de izquierda local, ya no digamos la más vieja y reconocida "vanguardia revolucionaria" que podría tener un cierto reclamo legítimo al respecto, quieren ponerse la corona. Sin embargo, contrario al adagio de Hobbes, todos los vicios privados de la izquierda se han convertido aquí en desgracias públicas.

En cualquier otro país del mundo con una cultura política madura, las fallas electorales de la izquierda ya hubieran resultado en un relevo claro, limpio y decisivo de sus cuadros de dirección. Pero en un país como Guatemala todo esto ha servido, paradójicamente, para endurecer el discurso y cementar la posición de las viejas vanguardias. Tal parece que entre más pierde la izquierda tradicional, y entre más dura sea la pérdida, más se afianzan las convicciones victoriosas de sus líderes perdedores y más se empeñan en querer repetir el drama, como ocurre con las fallas de la Carabina de Ambrosio notablemente propensas a fallar, esperando que la comedia de errores al fin les favorezca. ¿No es hora de cambiar esto? Es hora de considerar que, dado el papel problemático de la izquierda tradicional en el medio electoral contemporáneo, es necesario que haya:

- Un relevo democrático pero claro y decisivo de los principales cuadros de dirección;
- Un cambio total de estrategia política orientada al poder de una manera nueva;
- Un proceso de construcción de una izquierda democrática integral basada, pero también diferenciada, en redes reconstruidas y expandidas de una sociedad civil autoconstituida; y,
- Todo un nuevo discurso político, no ideológicamente autoreferencial e invalidante de los discursos de otros, sino un discurso político anclado en el lenguaje de los derechos civiles, políticos y sociales, en la autocomprensión crítica y el reconocimiento mutuo y de otros/as, como un sistema y como eje central de una estrategia integral de izquierda democrática.

Pero este sistema electoral sistémico-estratégico de tendencias mercantilistas y minimalistas, aunque imprescindible también en Estados nacionales periféricos pero crecientemente complejos, en cuyo contexto ya no pueden implementarse de manera regular o como forma permanente de creación de la voluntad política, formas directas de democracia, es sin embargo incompatible con una esfera pública democrático-discursiva en proceso de democratización, que no solo presupone sino que también demanda actores culturales y políticos orientados discursivamente y en la cual una izquierda integral, entendida como movimiento alternativo y no simplemente como partido político, también quiere tener presencia, incidencia e impacto.

El lanzamiento de nuevas iniciativas como el Movimiento Amplio de Izquierda (MAIZ) es, parcial-

mente, un ejemplo de esto. Controlado en lo fundamental por la izquierda tradicional, ya sea por sus ramas ortodoxas o por reincorporación de viejos cuadros o grupos disidentes, MAIZ demuestra sin embargo que la izquierda está comprometida con un rumbo de autorenovación que, en el mejor de los casos, es ambiguo, oscilando entre un pasado apropiado de modo dogmático y un futuro prestado de otras latitudes.

MAIZ ciertamente representó en su lanzamiento la posibilidad de una renovación de la izquierda tradicional, tanto militante como intelectual. El transcurso del proceso electoral de 2007 demostró, sin embargo, que este proceso supuestamente renovador se ha quedado truncado, sin credibilidad y sin capacidad alguna de convocación o interlocución significativa, más allá de círculos relativamente pequeños de población, en su mayoría previamente cautiva. Lo que hoy vemos, sobre todo a la luz de lo ocurrido en el proceso electoral, es que los mismos cuadros de dirección que había antes de la transición, los que contribuyeron a la disolución e instrumentalización de los Acuerdos de Paz, los que han fracasado rotundamente en varias elecciones generales, los que han continuado con una política izquierdista supremacista y divisoria, siguen incrustados en el control de lo que hoy han decidido llamar "movimiento alternativo de izquierda." Y es con tristeza que puede predecirse que esta misma gente es la que va a mantener el control de "la izquierda" hasta el próximo proceso electoral y más allá del mismo.

Tanto desde el Congreso de la República como desde el trasfondo de las formas plebeyas de contestación popular al neoliberalismo, el papel de la izquierda tradicional se ha reducido una vez más, al estilo de un inevitable retorno freudiano de lo reprimido, a lo que el mismo ya era cuando la izquierda operaba desde la clandestinidad:

- a) Un tipo de organización revestida de formas leninistas pero esencialmente tradicional, combinada con el caciquismo local. Así como en los peores años del "enfrentamiento armado interno", cuando la izquierda operaba con base al hegemonismo ideológico y programático, fundamentalmente autoreferencial, hoy la izquierda en muchos casos sigue operando con base a métodos que riñen con la tolerancia y la inclusión de los puntos de vista diferentes y críticos de otros/as. La confianza que la izquierda tradicional siempre puso sobre la efectividad y equidad esencial del viejo principio leninista del "centralismo democrático" permanece, en el nuevo contexto político, incólume e inamovible a pesar de los resultados desastrosos a que dicho principio conduce en el medio cultural y político contemporáneo¹⁴.
- b) Un tipo de liderazgo político que, aunque revestido del concepto moderno de profesionalismo político, es esencialmente carismático y está inextricablemente vinculado al testarudo, aunque apollillado, caudillismo local. Así como la izquierda se auto organizó desde la clandestinidad, hoy en día la misma sigue organizándose con base a una tradición política de "culto a las personalidades" revolucionarias históricas y carismáticas que, más allá del consentimiento ideológico y programático, también esperan y exigen lealtad personal.

En otras palabras, se trata de un modelo de liderazgo basado en el dominio de elites revolucionarias profesionales que ocupan cargos de dirección de por vida, con el apoyo de sus respectivas clientelas, y cuyas decisiones se implementan, desde antes de la celebración de convenciones nacionales y después de las mismas, como "línea política" incuestionable. Aunque estas elites y sus programas se sometan a procesos de elección dentro de sus organizaciones, dichos procesos electorales internos están efectivamente cooptados por los procesos de generación de consenso que los anteceden y que se dan por medio de influencias o coerción ideológica que ocurren de antemano o en el transcurso de los "congresos" o "convenciones", pero que en todos los casos determinan con mucha certeza los resultados de estos procesos.

14. En su famoso trabajo *¿Qué Hacer?* (1902), Lenin describió al centralismo democrático como un método de organización partidaria que incluía un aspecto "democrático", es decir, la libertad de los miembros/as del partido político de la clase obrera para discutir cuestiones en materia de políticas y dirección de la organización, y un aspecto centralista, es decir, una vez se ha tomado una decisión por parte de una mayoría en el partido, todos/as los/as miembros/as tienen que acatar dicha decisión en la práctica y es responsabilidad de la dirección del partido asegurarse que dicha decisión sea implementada. De acuerdo a Lenin, entonces, el centralismo democrático consiste de una "libertad de discusión" y de "unidad en la acción". Este principio ha formado parte de todo documento programático de las varias generaciones de izquierda revolucionaria que ha habido en Guatemala incluyendo, por ejemplo, el documento titulado "El camino de la revolución guatemalteca" que surgió del IV Congreso del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), el cual fue publicado por Ediciones de Cultura Popular (México) el 22 de diciembre de 1969. Éste y otros principios revolucionarios constituyen parte de la herencia política y organizativa que le dejó el PGT viejo a todas las organizaciones político-militares y partidos que le sucedieron o que rompieron con el mismo a partir de la década de los 1970. Como se adoptó en Guatemala, sin embargo, este principio organizativo sistemáticamente fomentó el culto a las personalidades, el elitismo de los líderes vitalicios y sus círculos de confianza, el dogmatismo ideológico y teórico como método verdadero de "unidad" y las negociaciones a puertas cerradas o de trasfondo por parte de las direcciones y corrientes hegemónicas dentro de las organizaciones político-militares y partidistas de la izquierda. Al momento de llegar a los congresos, entonces, ya todas las decisiones estaban "cocinadas" y si había alguna libertad de discusión, la misma parecía siempre adquirir el carácter, ya sea de la autocensura, de repetición de ideas que ya gozaban del apoyo oficial o de simplemente endosar las decisiones que ya se habían tomado. El momento centralista siempre prevaleció sobre todo intento democrático, cuando lo hubo.

Cuando por alguna razón fallan estos mecanismos de influencia y generación de "consenso" partidario, sobre todo a los niveles más altos de la dirigencia y en los contextos más delicados, el resultado tradicional ha sido la predecible acrimonia, el faccionalismo doctrinario, los perpetuos "desconocimientos", los emplazamientos y la inevitable pero eventual división. Todo mundo en la organización sabe que así funcionan las cosas y cuáles son los riesgos de las mismas pero, a la hora de la hora, la gente que pierde a veces no está dispuesta a aceptar los resultados y optan por abandonar la organización, y la gente que gana no demuestra poseer un grano de la famosa virtud de tener "la humildad en la victoria."

- c) Una cultura política que, aunque descansa sobre el auto sacrificio, el heroísmo revolucionario y la abnegación social, es altamente intolerante. Así como sucedió en tiempos de la lucha armada, la izquierda tradicional de hoy sigue orbitando en torno a "cuadros de dirección" que aunque una vez hayan gozado de merecido reconocimiento, hoy están políticamente desgastados y desprestigiados, aunque los mismos hayan sido protagonistas directos de la guerra revolucionaria, los mismos también han tenido mano directa en las escisiones históricas, las inquisiciones ideológicas y las rupturas políticas que han desgarrado y desangrado a la izquierda desde dentro, y aunque su capacidad de liderazgo haya servido para lograr por lo menos la sobrevivencia de las organizaciones político-militares, dicho liderazgo ha sido puesto a prueba una vez más ya en el contexto de la transición política y ha fallado claramente en el nuevo medio electoral y en la nueva esfera pública. La falta de autocrítica mezclada con la intolerancia constituyen pues una receta suicida para cualquier proyecto de izquierda.

Tanto el culto a las personalidades, las direcciones vitalicias, los discursos autoreferenciales así como los métodos de organización obsoletos que se siguen empleando en el nuevo contexto político de hoy riñen con el desarrollo de formas nuevas de liderazgo, con discursos culturales y políticos que enfatizan y de hecho dependen de un pluralismo ideológico vibrante dentro de la izquierda misma, con procesos de democratización interna que deberían caracterizar el "movimiento" amplio de izquierda integral que sobrepasa al "partido", así como con la autonomía organizativa de "las bases" y los procesos de generación de opinión y voluntad política desde abajo y por medios crecientemente discursivos, abiertos y tolerantes.

Equipada con instrumentos de dirección, organización y cultura política obsoletos, la izquierda tradicional no ha podido resistir para nada la avalancha neoburguesa que ha venido creciendo y avanzando desde el inicio de la transición democrática, pero más decisivamente desde la firma de los Acuerdos de Paz. Como es bien sabido, la administración civil del Presidente Berger Perdomo se caracterizó, entre otras cosas, por tener un perfil crecientemente corporativo y neoburgués, a pesar de sus esporádicos y abiertamente clientelistas "gabinetes móviles." Sacando ventaja de la crisis de implementación en que cayeron los Acuerdos de Paz a medida que avanzó la Presidencia de Berger Perdomo -crisis que por supuesto la izquierda no ha dejado de señalar a gritos y berrinches- las representaciones tecnocráticas de la neoburguesía tomaron ventaja de esta tendencia, de las debilidades endémicas y sistémicas de la oposición y del resquebraje de la resistencia comunitaria efectiva para darse a sí mismas, la oportunidad de encarrilar el proceso de transición democrática hacia un modelo mercantilista de democracia electoral mínima, atando los beneficios materiales de la misma así como los beneficios de la paz, no a la implementación de los Acuerdos de Paz como tampoco a políticas públicas orientadas hacia el desarrollo civil, político, humano y ambiental, sino al "crecimiento económico" basado en un modelo económico neoeportador, de "megaproyectos" corporativos y de libre concurrencia (para la poca gente que sí puede concurrir) así como en políticas públicas clientelistas centradas en la distribución de los "gastos sociales".

Para las élites neoburguesas corporativas y tecnocráticas, entonces, la búsqueda del "crecimiento económico" en un contexto de "liberalización política", significa lo mismo que cumplir con la promesa de la paz y también con fomentar el desarrollo humano, la democracia y hasta el multiculturalismo. A pesar de la oposición ruidosa de la izquierda en el Legislativo, combinada con una oposición vocífera y violenta de las multitudes populares en las calles y en las provincias, las elites neoburguesas y sus representaciones tecnocráticas lograron con su mayoría legislativa y desde Ejecutivo, conseguir la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y con ello afianzar su "Visión de País"¹⁵.

15. La firma y entrada en vigencia, en mayo de 2006, del TLC es, sin embargo, insuficiente para las ambiciones y "Visión de País" de los grupos corporativos que han participado directa o indirectamente en la administración del Presidente Berger Perdomo y que han trabajado, unidos o en competencia los unos con los otros, por una "transición" más firme hacia la liberalización y la globalización. Estos grupos tienen sus ojos puestos, en parte, en los "megaproyectos" (aeropuertos, carreteras, desarrollo de la Franja Transversal del Norte, implementación del PPP) que prometió el Presidente Berger pero que, por incapacidades, pugnas intra-elitistas y tecnocráticas por el poder, falta de recursos públicos y varias emergencias nacionales como la crisis desatada por tormenta tropical Stan en 2005, no pudo realizar durante su gestión. Ver Solano, Luis. "La Franja Transversal del Norte: neocolonización en marcha". El Observador. Análisis Alternativo sobre Política y Economía No. 7, año 2, julio de 2007.

Este argumento es parte de lo que me lleva a sostener que una posible forma de reencauzar el proceso de transición hacia el desarrollo civil, político, humano y ambiental como proyecto integral de una izquierda democrática podría ser:

- Luchar por un nuevo alineamiento favorable de la comunidad internacional, cuya fuerza podría ayudar a limitar e incluso controlar las tendencias egocéntricas y hegemónicas de las élites neoburguesas; así como,
- Trabajar por una expansión y consolidación de la sociedad civil para redefinir la naturaleza de la soberanía popular, como fuente última de los mandatos políticos en la República.

El primer punto anterior requeriría, como mínimo, empezar a debatir en la esfera pública local el significado y las implicaciones que puedan tener para el Estado nacional, los principios del cosmopolitismo contemporáneo y los argumentos que abogan por el desarrollo de formas post nacionales de Estado y comunidad política. Un programa de izquierda integral no podría dejar de incluir consideraciones sobre las posibles formas de seguir construyendo o de transformar principios rudimentarios, aunque estén distorsionados, que ya se encuentran, por ejemplo, en el Parlamento Centroamericano (PARLACEN). Hay que profundizar las discusiones, incluso, en torno a una posible "asociación" más fuerte en Centroamérica, e incluso, con bloques regionales como la Unión Europea (UE) que, yendo más allá del comercio libre, pudieran contribuir a sentar las bases institucionales locales a efecto de que los bienes culturales, políticos, económicos y ambientales del Estado nacional, dejen de ser parte de los juegos caprichosos y egocéntricos de las elites neoburguesas locales. Si se logra movilizar actores internacionales poderosos con capacidad material de afectar los intereses estratégicos, la reputación y la imagen de las elites neoburguesas nacionales, entonces sería posible buscar realineamientos locales de nuevo tipo¹⁶.

El segundo punto de arriba, por otra parte, requeriría un programa político que entre otros elementos fomente la tolerancia ideológica, el pluralismo cultural y político, así como la diversidad participativa, al mismo tiempo que se busca el desarrollo de las capacidades humanas, precisamente para participar de un modo efectivo, significativo y sostenible. Aunque este trabajo debe estar vinculado con el trabajo autoconstitutivo de la sociedad civil, no debe ser confundido con el mismo puesto que los fines fundamentales del trabajo de la sociedad civil no contemplan la toma y el control del poder político, aunque sí contemplen la supervisión del mismo o el llamado a que ese poder rinda cuentas. Estos elementos de un programa político integral de izquierda no requerirían empezar desde cero, por cuanto que es posible todavía recuperar y/o aprender de la experiencia acumulada con el proceso de constitución de una sociedad civil autónoma que se inició desde mediados de los años 1980¹⁷.

La izquierda tradicional y el Estado nacional

Y después de haber dicho todo lo que ha sido dicho arriba sobre la izquierda tradicional, ¿Qué queda decir acerca de la misma y cualquier contribución que la misma haya hecho al desarrollo del Estado nacional? A pesar de lo problemático y divisorio que ha sido el papel de la vieja izquierda revolucionaria en la vida política de la República, no es posible ignorar que ésta ha contribuido con elementos importantes al desarrollo político del Estado nacional, sobre todo al desarrollo político de los grupos subalternos y, dentro de éstos, particularmente los grupos indígenas y los grupos de mujeres. Es importante analizar esta contribución con algún detenimiento.

Si tomamos como punto de partida el proyecto octubrista de 1944-1954, la concepción de los derechos sociales, por encima de los derechos civiles (privados, subjetivos) o los derechos políticos (colectivos, públicos), corresponde a cierta concepción de la libertad que era, de hecho, novedosa para Guatemala. La libertad adquirió el significado de una libertad de la necesidad por medio de los derechos sociales. Esta es, pues, una definición de la libertad que no se ajusta a los parámetros tradicionales de una libertad negativa: una libertad para que uno haga todo lo que no está explícitamente prohibido; o de una libertad positiva: una libertad para escoger todo lo que uno quiera sino que busca redefinir esos parámetros a partir de la una condición básica que los hace posible, a saber, la condición de vivir con necesidades básicas satisfechas. De acuerdo a esta visión de la libertad, entonces, los derechos socia-

16. Entre las fuentes que he empleado para desarrollar este argumento, que aquí debe formularse solamente de una manera básica, se encuentran: George Monbiot, *Manifiesto for a New World Order*, New York: The New Press, 2003; Seyla Benhabib, *Another Cosmopolitanism*, New York: Oxford University Press, 2006; y Ulrich Beck, *Cosmopolitan Vision*, Cambridge: Polity Press, 2006.

17. Todas estas propuestas requieren, por supuesto, de más definición y de desarrollos concretos y contables para su implementación a corto y mediano plazo.

les sirven sobre todo para fijar los límites dentro de los cuales, tanto los sujetos privados individuales como los sujetos públicos colectivos y hasta el Estado mismo y el sector privado pueden ejercer su autonomía, es decir, la capacidad de orientarse a la realización de sus propios fines, independientemente de los niveles objetivos de bienestar social. Esta noción de libertad-cum-necesidades satisfechas es un elemento esencial de las nociones contemporáneas del desarrollo humano¹⁸.

Esta concepción de la necesidad social y la libertad política que encontramos en el lenguaje de la revolución guatemalteca corresponde, en cierta medida, a la concepción que encontramos en Marx y que habría de ser elaborada en cierta dirección por Lenin y sus intérpretes y populizadores Latinoamericanos.

Con esta posición sobre la prioridad de los derechos sociales, la tradición revolucionaria claramente se distanciaba críticamente de la tradición liberal, tanto europea-americana como latinoamericana. La crítica revolucionaria al liberalismo descansaba, como siempre lo hizo el marxismo-leninismo, en el presupuesto de que había una conexión interna -conceptual y estructural- entre el liberalismo y el capitalismo. En el contexto del capitalismo agrario y el liberalismo autoritario que tomaron forma en Guatemala desde el siglo XIX, como lo demuestra una tradición crítica local que va, por lo menos, desde Mario Monteforte Toledo hasta Carlos Guzmán Böckler, esta conexión entre liberalismo y capitalismo era fácil de corroborar sin necesidad de leer dogmáticamente *El Capital*, como en muchas ocasiones lo haría Marta Harnecker para los revolucionarios latinoamericanos, o "aplicar" doctrinariamente al caso guatemalteco *El desarrollo del capitalismo en Rusia* como en su momento lo hizo Agustín Cueva para Latinoamérica.

En tanto que el liberalismo autoritario estaba diseñado para proteger y garantizar los derechos de sujetos privados, colectivamente entendidos como parte de una oligarquía terrateniente y comercial minoritaria y étnicamente exclusiva, que empleaba esos derechos para limitar los derechos civiles de los grupos subalternos o para justificar la represión de cualquier intento de limitación jurídica, política o práctica que grupos subalternos quisieran imponerles, el capitalismo agrario funcionaba, entonces, como un sistema que respondía a una normatividad autoritaria, patrimonial, racista e intolerante que definía la cultura política local de modo inmanente y autoreproductor.

La crítica revolucionaria fue, sin embargo, particularmente pertinente en cuanto al derecho liberal autoritario del siglo XIX que el octubrismo buscó desesperadamente superar. En el discurso legal esencialmente híbrido de la República liberal-autoritaria (1870s-1944), el derecho no tenía una función socialmente integradora sino, como Michel Foucault entiende la función microfísica del poder, fundamentalmente disciplinaria, represora y fáctica desde la interioridad de lo cotidiano hasta las cúspides del poder estatal. La ausencia de una función integradora para el derecho descansaba, a su vez, en la presencia de una función fundamentalmente coercitiva e instrumental en función obvia de grupos hegemónicos oligárquicos. Estos últimos no concebían el derecho como el resultado de un proceso de deliberación universal e inclusivo, sino como producto de la conciencia ilustrada y patrimonial de elites educadas que sabían, de antemano, lo que era bueno para todos pero particularmente para ellos mismos. En ese sentido, el derecho liberal autoritario era efectivamente la expresión ético-política, expresión del autoentendimiento, de los grupos hegemónicos y de su Estado nacional. Las sospechas que la izquierda tradicional entretuvo acerca del derecho liberal autoritaria estaban, pues, altamente justificadas.

En la lógica del derecho liberal-autoritario, los sujetos del derecho no tienen el derecho de buscar la justificación y/o validez de la ley por medios deliberativos directos o indirectos sino que, al contrario, tienen que justificar su propio comportamiento ante una ley puramente externa o fáctica que así lo demanda y que se les presenta como un hecho bruto e inevitable. Para justificar el comportamiento propio, entonces, los grupos subalternos no tenían otro recurso mas que apelar a las nociones comunitarias del bien común -reconocidas en cierta forma por el patrimonialismo de las elites oligárquicas- que eran precisamente las nociones en las que directa o indirectamente descansaba el derecho liberal-autoritario para conseguir la autoregulación de los grupos subalternos, para quienes el derecho del Estado nacional no podía servir de mecanismo integrador precisamente por su falta de validez inmanente.

Así, en tanto que el derecho liberal-autoritario no podía, por su propia naturaleza normativa, regular el comportamiento de grupos subalternos inmanentemente, el mismo sí podía descansar en formas de autoregulación tradicional, comunitaria e incluso de la multitud popular, siempre y cuando las mismas no buscaran desafiar la majestad legal de última instancia que reclamaba para sí el derecho liberal-autoritario mismo. En gran medida, entonces, el derecho liberal-autoritario apelaba a una

18. Ver el trabajo de Amartya Sen y Marta Nussbaum.

especie de "prudencia ética" -prudencia generada a partir de nociones tradicionales y comunitaristas de lo bueno y lo justo- por parte de los grupos subalternos a cambio de "orden y progreso" como marco positivista para la autorealización comunitaria y la multitud popular. En caso de un desconecte en la relación patrimonial entre elites hegemónicas y grupos subalternos, lo que había que hacer era, ya sea aplicar las sanciones del derecho liberal-autoritario o buscar la restauración del balance tradicional con base a un intercambio entre elites oligárquicas y grupos subalternos sobre la base de lo tradicionalmente bueno y justo dentro del marco positivo liberal-autoritario. Fue precisamente esta lógica y cultura del liberalismo-autoritario lo que la tradición revolucionaria logró romper en gran medida y con ello desatar una lógica nueva de soberanía popular, aunque no sin generar sus propias paradojas.

No hay duda que la tradición revolucionaria ha contribuido a diseminar una noción de la soberanía popular como principio político legitimador o deslegitimador de las políticas públicas del Estado nacional. Aunque se trata de una noción de soberanía popular en donde el significado político e ideológico de la misma se asemeja, si es que no equivale, a un acto voluntarista, eminentemente colectivo, sin contradicción -como una voluntad general homogénea- y de "auto-determinación popular", esta noción ha indudablemente jugado un papel "concientizador" dentro de grupos sociales subalternos y mayoritarios, particularmente de indígenas y de mujeres, que no han tenido alternativas en términos de su educación cívica, política o social. En gran parte, entonces, la izquierda ha contribuido a crear una verdadera conciencia nacional sustituyendo con ello el trabajo que debió haber sido hecho por el Estado nacional mismo. La insignia particular que la izquierda le ha conferido a la conciencia nacional ha estado fuertemente condicionada por la experiencia de la Primavera Guatemalteca. Esta última ha sido generalmente entendida como un acto incuestionablemente digno y representativo de legislación soberana encabezado por la representación vanguardista y revolucionaria de las masas.

La tradición revolucionaria ha reducido, entonces, el acto constante de refundación de la soberanía popular al acto uno de legislación total a partir de la cual se plantea garantizar los derechos colectivos sociales - no necesariamente los derechos civiles - de una coalición de clases, o de una clase social en particular, en el contexto del Estado nacional y entendida de manera estratégica, es decir, como un acto de legislación para conseguir otros fines por encima y más allá del reconocimiento democrático mutuo, particularmente fines sociales. Es en estos términos que la izquierda tradicional conmemora y perpetúa la idea de la Revolución de Octubre, y es en esos términos nobles que la misma también plantea la reconstrucción del sueño revolucionario en la hora contemporánea. Para entender la distorsión conceptual e ideológica introducida por el lenguaje de la revolución, sin embargo, es preciso desempacar la noción de soberanía popular y su significado en el contexto del Estado nacional subdesarrollado y dependiente pero que, también, se encuentra en proceso de transición hacia formas democráticas de política y formas básicas de desarrollo humano y ambiental.

La tradición constitucional guatemalteca se caracteriza, entre otras cosas, por su carácter comprensivo y sistemático. Así, la Constitución Política de 1985 dio por resuelto, de una vez por todas, de modo completo, el significado, procedencia y competencia de la soberanía popular.

Pero hay que ir más allá de la vaguedad con que se maneja la noción de soberanía popular en la tradición legal vernácula. Lo que requiere una noción de soberanía popular democrática es capacidad de entendimiento en cuanto a las implicaciones del reconocimiento mutuo de derechos civiles; capacidad de adoptar la perspectiva del otro o de una segunda persona del singular; es más, capacidad de adoptar la perspectiva social de la primera persona del plural.

El modelo del contrato privado es insuficiente: es un medio para fines ulteriores de carácter estrictamente estratégico. El modelo de un contrato social es un tanto mejor por cuanto que el mismo es un fin en sí mismo. La "unidad" que el contrato social hace posible es, entonces, una unidad de ciudadanías moralmente movilizadas a partir de una apropiación normativa de los derechos civiles (derechos de libertad de escoger, de disentir, de argumentar, de acordar). De aquí surgen, en última instancia, las leyes del Estado nacional. Este modelo de contrato social se convierte, entonces, en un principio político deontológico de soberanía popular o, en mis términos, de ciudadanía. Entendido como tal, entonces, los derechos civiles como conciencia moral y el procedimiento democrático como principio de soberanía popular se presuponen mutuamente. Sin derechos humanos -sistema de derechos del que forman parte los derechos civiles- no hay soberanía popular moderna y, mutatis mutandis, sin ciudadanía no hay derechos humanos.

De este punto fundamental arranca la segunda parte del presente ensayo.

¡ POR EL DERECHO A LA ALEGRÍA ; ¡ NO A LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES ;

El 25 de noviembre recién pasado, las organizaciones de mujeres conmemoraron el Día Internacional por la No Violencia contra la Mujer, con una muestra artística creativa que hizo una reflexión en torno a la ruptura de las ilusiones de la felicidad perpetua de las mujeres en el matrimonio. Varias decenas de mujeres se vistieron de "novias", con el vestido blanco, para "confrontar el amor y las ilusiones que se quedaron retenidas en el traje, el día de la boda, con toda la violencia vivida por las mujeres en nuestra sociedad, sin distinción de edad, etnia, religión y clase social, debido al sistema conservador, patriarcal y misógino".

Esta muestra fue parte de una marcha y un acto político impulsado por la Coordinadora 25 de Noviembre, integrada por Tierra Viva, la Red por la No Violencia contra las Mujeres, CALDH, Sector de Mujeres, Pro Mujer Villa nueva, UNAMG, GGM, IMUSAC, Plataforma Urbana de Mujeres, Consejo de Mujeres Cristianas, AMES, Sobrevivientes, Mujeres del STINDE, Colectivo Lésbico Somos Todas, la Colectiva Feminista de Izquierda, entre otras, con el propósito de demandar el cese a la violencia e impunidad contra los actos y crímenes violentos contra las mujeres, el acceso y la aplicación efectiva a la justicia y el respeto a los derechos integrales de las mismas, como una condición fundamental de la vida, derechos integrales y de la alegría.

La designación de esta fecha como un día de denuncia de la violencia contra las mujeres surgió a partir del Primer Encuentro Feminista de Latinoamérica celebrado en Colombia en 1981, en el cual se asumió como una reivindicación la lucha política de las mujeres y en homenaje a las hermanas Mirabal, asesinadas por la dictadura de Trujillo en la República Dominicana.

En Guatemala, entre los años 2000 y 2007 se han registrado más de 139 mil 682 denuncias de violencia intrafamiliar, seis mil 25 denuncias de violaciones sexuales y tres mil 281 muertes violentas de mujeres, pero sólo el 2% de los casos han sido resueltos. Lo más grave de esta situación es la campeante impunidad, que evidencia la responsabilidad del Estado por omisión y permisividad de este tipo de violencia, agravada por las situaciones específicas por género que sufren las mujeres. El nivel de impunidad alcanza la institucionalidad guatemalteca en el 98% y en el caso del feminicidio, el cien por ciento.

El origen de la violencia contra las mujeres radica en las condiciones estructurales económicas y sociales del sistema patriarcal y racista, que nos impone la represión política para que las mujeres no nos asumamos como sujetas políticas, para que no nos atrevamos a cuestionar las injusticias y opresiones como la religión, las normas sociales, la desigual distribución de la riqueza, discriminación. Uno de los aspectos más graves es la invisibilización social en torno a la violencia contra las mujeres, ya sea ésta familiar, social, los asesinatos violentos y la falta de respuesta pública a esta problemática.

Para asumir estos retos, en Guatemala se ha estructurado a partir de la incidencia de la lucha de las mujeres hacia las políticas públicas, la Comisión Nacional para la Prevención y Eliminación de la Violencia contra la Mujer (CONAPREVI) desde el año 2000, y desde el 2003 se estructuró el Plan Nacional para la No Violencia contra la Mujer (PLANNOVI), que posee ejes transversales que el Estado debe impulsar para la gestión pública en este sentido. Sin embargo, existen vacíos nodales ya que la erradicación de la violencia atraviesa los tres poderes del Estado y la crisis de la institucionalidad pública en Guatemala genera condiciones complejas, en las cuales no se ha logrado la institucionalización coordinada de este plan dentro de los tres organismos de Estado.

La inclusión del enfoque de la lucha contra la violencia contra la mujer y la búsqueda de la igualdad y vigencia de derechos integrales para las mujeres son parte central de la lucha humana por una sociedad justa y por los cambios estructurales contra todas las formas de opresión y desigualdad. Es fundamental dejar de invisibilizar este fenómeno, o desvincularlo de las reivindicaciones por un proyecto nacional, incluyente y transformador. Por esta razón, las mujeres rescatamos el derecho a la alegría y el fin de la violencia que sufrimos, como proceso irrenunciable de la búsqueda de la liberación humana integral.

